

Aidan Bell y El Libro del Destino

María Elena Sofía



Image not found.

Capítulo 1

Aidan Bell y

El Libro del Destino

Novela juvenil

María Elena Sofía

* * *

Capítulo I

AIDAN

Después del accidente el joven Lucas Egmont permaneció en coma profundo durante cuarenta días. En ese período su esposa y su pequeña hija atravesaron innumerables dificultades, su casa fue destruida por un incendio y un camión de carga mató a su perro Zeta. ¿Pesadilla? No, la vida real, tan real como esa gota que caía a intervalos regularísimos desde el globo de suero, sin esperanza de discontinuidad. ¿Estás bromeando, esto es real? Había alguien allí, otra voz, junto a él, o casi podría decir que estaba dentro de su cabeza. ¡Bromeando! No puedo mover ni el dedo de un pie, no siento una pulgada de mi cuerpo. Ciertamente, hasta los párpados han perdido sus reflejos. Pudiste evitarlo. ¿Cómo? Lo soñaste con antelación ¿recuerdas? Fue un sueño premonitorio, era el destino, nadie puede escapar... ¿Crees en el destino? Casi todos creemos, mi religión lo permite. ¿Qué es una religión? Pues...Un sistema de creencias. ¡No vengas con eso! ¿Crees en los sistemas? ¡No, Dios, sí!

De pronto el goteo cesó y una chicharra lejana comenzó a sonar, alzando paulatinamente su volumen, como la urgente sirena de una ambulancia

que va a sobrepasarnos. Lucas procuró un largo suspiro y sus párpados cayeron como dos paños de vinagre sobre sus ojos. Una lágrima enseguida alcanzó el lóbulo de una oreja y la otra, apeándose de la nariz, le saló la boca. Entonces la voz salió de su mente y sonó a una cierta distancia, con un tono infantil, dulcísimo.

-¿Te encuentras mejor?

Lucas abrió los ojos sin dificultad. Ya no ardían. Dos nubes ligeras desfilaban su blancura ante él sobre un azul profundo que lo conmovió, y una suave calidez recorrió su cuerpo. Recobró todos los sentidos, descubrió el murmullo de aguas corrientes de un arroyo. A un lado los extremos de algunos árboles de floresta oscura apenas se movían. Mas allá, cercando el horizonte, las cumbres heladas de las montañas parecían observar. Permaneció largo rato boca arriba y con los brazos en cruz, sin preocuparse por contestar la pregunta. Para ser sincero y exacto debía chequear su estado. Quizás había muerto y eran esos los primeros instantes de su nueva vida. Pero no, sentía la dura resistencia de la roca en la espalda y podía escuchar su propia respiración armoniosa, como en el despertar de un sueño pleno. Estaba vivo, despierto y curado. Alzó una mano y después la otra hacia el cielo y a contraluz las observó minuciosamente: tenía una pequeña herida en una de ellas, cerca de la muñeca. Un grueso hilo de sangre coagulada era su evidencia. Las dejó caer sobre su estómago mientras en su memoria se precipitaban las imágenes en torbellino incontenible: un hombre con el rostro descompuesto por la furia le gritaba órdenes e improperios. Estaban en un avión que volaba a gran altura. El arma se movía amenazadora frente a sus ojos. Recordó un forcejeo, las facciones desencajadas por el esfuerzo. El otro pretendía quitarle su mochila, donde guardaba algo muy valioso. Cuando sonó el disparo el hombre –a quien no conocía– se aferró al tesoro y destrabó la puerta. Jadeantes, los dos temblaban de pies a cabeza, en la mano de Lucas empezaba un dolor que le impedía pensar con claridad. El otro, con una mano agarró la mochila y con el mismo puño que llevaba el arma lo empujó al vacío. Enseguida la sensación de la caída libre, el viento, el ahogo y el grito. Ya nada importaba, era su último viaje, la escena final de su vida. Sin embargo, instintivamente, palpó y tironeó los ganchos que colgaban de su pecho antes de perder el sentido. Su cuerpo por un instante se crispó, giró la cabeza y el niño, que permanecía sentado en una roca lo miró afectuosamente.

-¿Mejor?

-N-no lo sé –contestó Lucas, y de inmediato se sintió aliviado. Se incorporó lentamente y respiró el aire fresco en profundas bocanadas. Considerando lo que le había ocurrido disfrutó cada movimiento hasta enderezarse, como si en cierta forma le hubiese sido concedido en acto

inaugural erguirse y andar por sus propios medios.

El sol se incendiaba a espaldas de la cordillera. Lucas pudo verse, perfectamente recortada su flaca silueta en una enorme roca plana. ¿Dónde se hallaba? ¿En una expedición, en un sueño, en la vida de otro? Observó de soslayo al niño: el niño estaba desnudo, su cuerpo no proyectaba sombra alguna. Lucas sonrió con disgusto: pronto vendría la noche oscura, fría y llena de misterios y peligros. Las correas del paracaídas tironearon de él recordándole que aún estaba sujeto. Se consoló pensando que ello probaba un pasado evidente y real transcurrido en la civilización. Sus pertenencias, los elementos que acompañaban el camino de Lucas Egmont, estaban allí y le inspiraban seguridad. Ajustó el cuchillo en su cintura y guardó la libreta de notas en el abrigo con piel de cordero. ¿Qué había en la mochila cuya custodia acababa de perder? ¿Por qué aquel hombre estuvo dispuesto a matar para obtenerla? ¿Dónde había abordado ese avión? Se acomodó junto al niño como si fuesen a ver una película maravillosa: el espectáculo del atardecer. El valle era una suave colina rocosa embargada de verdes arbustos; bajando fluían las aguas con apagado rumor. Más allá de las lengas, hacia la naciente del arroyo, empezaba el majestuoso bosque custodiando pies y faldas de las cumbres: allí ya se había instalado la dama de negro, cuyo temido reino se extendería hasta el amanecer. “Estúpido, inconsciente –se dijo Lucas a sí mismo-, ni siquiera cuento con un plan.”

-¿Por qué llegar a tal extremo irracional, incomprensible? –inquirió el niño.

Lucas quedó paralizado. La inquietud y el miedo le subieron hasta el estómago como un aceite caliente.

-¿Quién eres? ¿Dónde estoy? –preguntó Lucas, sin dejar de mirar hacia delante las hojas enrojecidas de aquellos árboles que había visto en las paredes de las agencias turísticas.

-Mi nombre es Aidan Bell y en cuanto a este lugar conozco tanto como tú.

-¿Qué edad tienes?

-Siete, menos pregunta a Dios...

Lucas se volvió con una agitación emocionada. El niño estalló en una risa infantil, tan inofensiva que lo hizo sentirse ridículo.

-Es una frase.

-Hablas como un adulto –reconoció Lucas, justificándose.

-Eso dicen –asintió Aidan, sin orgullo. Bajó la vista hacia sus piecitos de porcelana y un mechón de pelo rubio le cubrió el perfil angelical.

-¿Por qué estoy aquí? –pensó Lucas.

-El paracaídas se abrió, es automático.

-¿Cómo sabes eso?

-Conozco todos los inventos que el hombre ha construido para volar.

-Entonces conoces de sueños –averiguó Lucas, que no preguntaba exactamente y sólo eso.

-Imagino que es la razón por la que estoy aquí –dijo el niño, sosteniéndole la mirada. Sus ojos eran muy claros, casi transparentes. Lucas suspiró y se levantó. Desconocía el lugar y su destino. ¿Desconocía su destino o estaba tratando precisamente de evitarlo? ¿Por qué no investigaba de inmediato el motivo, el medio o el acto de magia increíble que lo había transportado como en un corto sueño desde la cama 16 de aquel hospital donde yacía completamente inmóvil hasta ese remoto valle junto a las montañas, con el cuerpo pleno de salud y exaltado aún por la reciente aventura? Más de tres mil metros de caída libre y apenas algunos rasguños le dolían. ¿Por qué?

Envolvió como pudo las pruebas de su presencia. Le llevó gran esfuerzo plegar la tela del paracaídas, pero deseaba ocultar su paso, los colores vivos podrían verse desde el aire. No fuese que aquel malvado regresase a terminar su trabajo...

-¿A qué se debió aquella pregunta?

-¿Si estabas mejor? Cortesía.

-La siguiente. Soy joven pero no irracional, ni irresponsable.

-Pero reconoce que has llegado a un extremo...

-No por mi culpa.

-Oh, pero leíste el Libro. Eres el único en muchos siglos que lo ha hecho.

-¿Te refieres al libro de mi sueño?

-Sí, el Libro del Destino. El último hombre lo tuvo en sus manos en 1513. Era un general muy atrevido.

-¿Qué le ocurrió?

-No querrás saberlo.

Hubo un silencio denso, lleno de presagios.

-¿Me ayudarás? –preguntó Lucas, dando vueltas.

-No lo sé. Representas una prueba para mí.

-¿Eres un ángel?

Aidan Bell rió de buena gana.

-Oh, ustedes llaman ángel a cuanto niño desnudo ven. Las cosas no son tan sencillas, hay varias categorías...

Lucas echó un vistazo alrededor: todo se oscurecía gradualmente. Con otro ánimo y en diferentes circunstancias hubiese disfrutado el paisaje.

-¿Por qué soñé que leía el Libro del Destino, por qué quise saber sobre los días que vendrían? –se lamentó-. ¿Por qué no soñé con algo hermoso?

-Alguien lo puso allí.

-¿Qué? ¿Dices que alguien plantó ese sueño en mi... sueño?

-Sí –murmuró Aidan.

-Es ridículo. Eso no es posible. ¿Quién puede hacerlo?

-Oniro.

-¿Y quién...?

-Oniro es el Cancerbero del Señor de los Sueños. Pero muchas veces le ha desobedecido interviniendo en los buenos sueños de la gente. Eso ocurre cuando el Señor encuentra a un joven gran soñador como tú y le permite total libertad. Entonces Oniro, loco de celos, interviene para arruinarlo todo y humillarlo ante el Señor.

-¿Yo, un gran soñador?

-Ahá.

-¡Llévame ante ese Señor! –pidió Lucas, considerándose a un paso de

arreglar sus problemas.

-No, aún no estás listo. Además no poseo ningún poder, sólo por mi sabiduría he sido enviado para guiarte.

-La sabiduría es poder –insistió Lucas.

-Tú lo has dicho. Pero sólo la sabiduría producto de tu experiencia es el valor que te servirá.

Callaron. Lucas recordó que había leído sobre su accidente como en una crónica periodística, hasta el mínimo detalle, en un gran libro de tapas azules: el Libro del Destino. Pero de este encuentro con el niño que parecía un ángel nada sabía. ¿Acaso se trataba de una nueva oportunidad, el segundo paracaídas que se abría para salvarlo?

-¿Guiarme, eh?

-Ahá. Has cometido un error, ese libro es tan frágil... Una rápida lectura, la avidez de una mirada bastan para incendiarlo y no se deben quemar los días que aún no pasaron.

-¿Cómo lo subsanaré?

-Ya veremos. El primer paso es encontrar al profesor Geffroy.

-¡Pero estamos a miles de kilómetros de la ciudad!

-Geffroy está aquí –dijo Aidan, señalando con un dedo el enmarañado monte.

-¿Estás seguro? Yo mismo visité su laboratorio de la Quinta Esquina, en la calle Europa.

-Aquel era un impostor, tal vez un secuaz de Oniro. Intentaban confundirte.

En ese instante no era el día ni la noche, pero una luz especial los iluminaba.

-Dime, ¿cuál fue el sueño más lindo que tuviste? –preguntó el niño.

Lucas intentó buscar en su memoria: allí estaba todo revuelto.

-Pues... -empezó, dando grandes zancadas alrededor.

-¿Quieres... detenerte, por favor? –pidió Aidan, en tono de protesta.

Lucas dio dos pasos más y se quedó quieto.

-Está bien. Déjame pensar. Tuve un sueño hace muchísimo tiempo, creo que aún era un bebé, en el que sólo había naranjas. Cielo y naranjas, hasta el infinito... Yo era feliz allí, no sé por qué...

El niño le dedicó una mirada límpida, seria y tierna.

-¿Te gustan las naranjas?

-Sí, grandes y jugosas –respondió Lucas.

-¿Acá hay?

Lucas se echó a reír: en verdad ese niño tan sabio, Aidan Bell, no sabía nada acerca de ese lugar y de muchas cosas.

-No, tendríamos que caminar bastante para encontrar un naranjo.

-Una naranja –corrigió Aidan.

Lucas Egmont se divertía. ¿Cómo era posible que supiera tratar cuestiones tan importantes e ignorar eso?

-Naranjo: una planta que da naranjas –explicó.

-Ah –murmuró Aidan con el ceño fruncido. Señaló un punto a espaldas de Lucas: -Mira hacia allí.

Lucas se volvió: allí se veía el resto del paisaje, no había nada extraño, sólo esa turbadora inmensidad.

-Qué, ¿qué hay?

-Sigue mirando, por favor.

-No veo nada.

-Es que debo hacer pis.

Maldición. Lucas lanzó una carcajada que liberó completamente su pecho de temores y dudas. Aidan era sólo un niño perdido al que debería abrigar y cargar durante la marcha. Giró, cubriéndose los ojos. Apenas lograba contener la risa.

-¿Por qué estás desnudo?

-Ciertamente no lo sé. No es demasiado púdico.

-No digo eso, pero sentirás frío.

-¡Y claro!

-¡Oh! –exclamó Lucas. Enseguida desplegó su abrigo y se lo ofreció. Empezaba a gustarle ese niño.

-Gracias. Escucha: careces de la habilidad de observación. Eso puede confundirse con egoísmo, falta de interés...

-Bueno, basta –cortó Lucas, riendo-. Partiremos ya, no debe tomarnos la noche aquí.

Aidan lo miró con dulzura.

-No te preocupes, yo estaré a tu lado.

Lucas no contestó. Adelantándose, el niño le hizo una seña para que lo siguiera.

* * *

Capítulo II

Un espejo de agua y un sueño premonitorio

Cuando hallaron el manantial era medianoche. No había luna, y una niebla lechosa y densa, casi consistente, creaba velos misteriosos que los rodeaban y les impedían avanzar. Paso a paso el monte se transformaba en una maraña peligrosa. Los árboles se cerraban sobre sus cabezas y oscuras e intrincadas enredaderas parecían adquirir vida propia para alcanzarlos y anudarse alrededor de ellos. Gritos y lamentos, como ecos de aullidos y batir de alas poderosas, resonaban unas veces lejos y otras tan cerca que en cualquier instante amenazaba aparecer una criatura horrible, desde las sombras... Lucas trataba de no mirar ni pensar. Seguía al niño, que marchaba con paso resuelto abriéndose camino con seguridad. Esa decisión lo envalentonaba, pero los temores crecían en su corazón, oprimían su cuello y le encadenaban las piernas. Ignoraba dónde se encontraban, adónde iban y qué les ocurriría. El, que había leído en aquel libro extraordinario, paradójicamente no podía saber los hechos

subsiguientes, qué sucedería luego de este viaje, luego de este momento, ahora... De a ratos Aidan Bell se volvía y murmuraba "No temas", como si adivinase los sentimientos que lo conmovían.

En el manantial bebieron lentamente hasta sentirse ahítos. Carecían de víveres pero no pensaban en las cuestiones prácticas de supervivencia, la misión era más importante que mantener el estómago lleno y por ahora unos tragos de agua bastarían. Lucas se pasó la mano húmeda por la frente y sintió un gran alivio. Pronto hallarían al profesor Geffroy, le explicaría todo desde el comienzo y su vida retornaría a la normalidad. ¿Normalidad? ¿Qué era la normalidad, una vida normal? Lucas fijó la mirada en el espejo oscuro del agua; "y esta es la parte en que el personaje recuerda convenientemente los hechos que lo llevaron a la presente encrucijada", pensó. Pero nada de esto tuvo lugar. Por sobre el hombro vio al niño que también se asomaba con su beata expresión. Sintió vergüenza: él era un joven atolondrado, débil y temeroso, mientras su pequeño compañero mantenía la calma y pensaba en una salida. Aidan sonrió.

-¿Acaso lees mi mente? -desaprobó Lucas.

-No hace falta -contestó el niño-. Mira bien: usaremos este Espejo de la Sabiduría para que puedas recorrer tu "vida normal", recuperar el concepto que has perdido.

-¿Espejo de la Sabiduría?

-Sí, existen muchos como él diseminados sobre la tierra, en lugares remotos, mágicos.

-¿Para qué sirven? -averiguó Lucas, comprendiendo que no los había guiado hasta allí precisamente la casualidad.

-Un espejo es un reflejo del mundo, pero también se puede decir que es un mundo reflejado.

-No entiendo.

-Comprenderás su utilidad, no te preocupes. Todo lo que debes hacer es sumergirte en él y andar; volver a casa si lo deseas, hacer lo que te plazca, tus acciones no modificarán el mundo real.

-¿Una especie de simulador? ¿Así llenaré estos vacíos que experimento?

-Eso espero.

-¿Vendrás conmigo?

-No –dijo Aidan y unió la acción a la palabra, empujándolo con un movimiento recio y breve. Lucas Egmont no alcanzó a inspirar ni a sorprenderse, en cuestión de segundos escuchó el sonido del chapuzón y percibió el cambio de medio. Sin embargo no se trataba de un medio acuático: una luz verdosa iluminaba todo, la vegetación, las piedras, el camino por donde habían venido. No se sentía mojado ni necesitaba contener la respiración. Era un lugar realmente bello y extraño, los sonidos le llegaban como zumbidos cortos y apagados y su propia mirada parecía acercar las cosas cuando deseaba verlas mejor. Procuró dar unos pasos y con asombro descubrió que ganaba grandes distancias con cada movimiento. En principio se aterrorizó, pero luego le resultó hasta divertido. Intentó un rápido paso hacia su derecha y se encontró al borde de un acantilado: había puesto el pie en la costa sur del continente y se asomaba a las aguas frías y tumultuosas del Estrecho de Magallanes. ¿Qué otro lugar podría ser ese, donde el viento contagiaba furia a las olas y el cielo era una continua amenaza? Impresionado, Lucas volvió rápidamente hacia atrás. De una sola zancada llegó al lugar de la caída, con otra atravesó por completo el valle hacia el norte y con una tercera cruzó un gran río. Luego comenzó a correr sorteando montes, sierras y campos sembrados y en pocos minutos se detuvo en medio de una calle situada en las afueras de Ciudad Esmeralda, a cien metros de la autopista de acceso, frente a una casa evidentemente deshabitada, con el aspecto de desolación que provoca el abandono: era su hogar. El corazón de Lucas pareció detenerse y luego arrancar con mayor ímpetu, coloreándole las mejillas. ¡Dios! ¡Allí había comenzado todo! Pero el tiempo, ¿qué hacer con el tiempo? ¿En qué momento llegaba? Por supuesto antes de la catástrofe, porque su casa –hasta donde sabía- en el presente estaba destruida por un incendio. Confiaría en Aidan, ese niño desconocido que de alguna forma ahora lo guiaba, rescatándolo de la muerte. Confiaría, sin dudas.

Cuando abrió la puerta de esa casa, sólo un año atrás, lo había recibido el olor a encierro y el aire tibio cargado de humedad. Había salido después del almuerzo, en la camioneta de la compañía, obviando avisar en la mesa familiar que iba a la nueva propiedad, pues no deseaba testigos de su entusiasmo o su desencanto. La inmobiliaria lo había conminado a cerrar el negocio que se presentaba accesible a sus flacas finanzas. En verdad, su salario en la empresa constructora no daba lugar a proyectos demasiado encumbrados, una discusión empañaría su hallazgo. Lucas –y con él su familia- estaba hipotecando trece años de vida. Aunque le pesaba el inconformismo de su esposa Dorina –que hubiese preferido un departamento en un barrio más próximo a sus rutinas de trabajo y la escuela-, estaba decidido a salir de ese caos en que se estaba convirtiendo la ciudad.

“Comprar una casa en esas condiciones es una tontería”, diría Dorina. Por el momento era una buena excusa para quejarse. Tenía razón, pensaba Lucas, pero cuando la viese le gustaría tanto como a él esa tarde, a primera vista. Nada le caía bien en esos tiempos, ninguna idea, ningún proyecto. Daba penitencias a la pequeña Liz por cualquier motivo y disentía hasta consigo misma. Lucas sospechaba que algún secreto insondable producía esa inquietud en ella, pero no encontraba la manera de abordar el tema con claridad y hacer girar con delicadeza los goznes de su corazón. Tal vez sólo era miedo. Dejar la ciudad donde había crecido para vivir en un lugar nuevo y por completo diferente, con vecinos distantes y desconocidos, e infinidad de cuestiones acerca del futuro agitaban su espíritu impidiéndole pensar con lucidez. Además la hija de ambos, Liz, que era el sol de sus vidas, cumplía cuatro años y reclamaba tener una mascota y aprender a tocar el piano, instrumento para el que no había espacio físico en el departamento. Cuánta preocupación ahorraría si Dorina hablase con franqueza, si se abriese a él y se tomasen el tiempo de mirarse a los ojos como antes. Ellas eran el motor de sus impulsos, el amor que daba sentido a todo lo que hacía. ¿Por qué lo embargaba ese presentimiento inquietante de haberse subido a una carrera desenfrenada? ¿Por qué ahora les costaba abrazarse, o simplemente tomarse las manos? Dorina era una muchacha hermosa. Aunque de rasgos casi infantiles, su fisonomía mostraba la rectitud de su carácter, su decisión y su genuina bondad. Lucas se consideraría afortunado si Dios le permitía vivir junto a ella muchos años y procurar una familia llena de bendiciones. El también era un joven bello y de buenos sentimientos. Trabajaba en la compañía constructora sin escatimar esfuerzos, con el afán insaciable de perfeccionarse y poner inmediatamente su inventiva y sus logros al servicio de su trabajo. Era capaz de contagiar ese entusiasmo en sus pares y conseguir que los demás descubriesen cada uno lo mejor de sí. A pesar de su juventud era un líder natural depositario de confianza y respeto.

El sueño de la casa había nacido el día en que Dorina y Lucas se conocieron y se enamoraron, cuando aún eran casi niños. Después lo alimentaron en cada interminable caminata por los parques: decidieron un estilo campestre, hicieron aberturas de cedro, sumaron una habitación y una galería en el patio trasero; al fondo, cruzando el parque de grandes proporciones –en el que no faltaría la piscina–, y levantaron el garaje para un automóvil también soñado. Pero el tiempo transcurrió, el peso de las obligaciones fue empujando el proyecto hacia el final en la lista de prioridades. Pero como evidentemente los sueños no valen por sí mismos sino por el coraje de arrojarse a cumplirlos, una mañana Lucas decidió reflotarlo, al descubrir en el periódico el aviso de venta de una casa, y a pesar de las dudas y temores de Dorina –que se traducirían en apatía y falta de colaboración– empuñó el teléfono y resueltamente inició las tramitaciones necesarias.

Aquella tarde llegó a la nueva propiedad con su caja de herramientas, y apenas la apoyó en el piso del living ya consideraba que comenzaría revisando la instalación eléctrica y las redes de agua y gas antes de pensar en el color que iría en las paredes. Suspiró calculando que los arreglos le costarían un dinero extra sumado al valor de la escritura, y sobre todo las tareas le ocuparían los días libres de noviembre, que se insinuaba radiante abrumado de olores y brisas veraniegas. Pero cuando viniese Dorina y comprobase que aquel era el lugar de sus sueños, y Liz se perdiese correteando por el jardín aún ganado por la maleza, la felicidad multiplicaría sus fuerzas y el agotamiento se aliviaría. Decidido buscó el tablero eléctrico y empezó a trabajar. La esperanza le daba el aliento que pedía, pues era entusiasta, incapaz de abandonar un trabajo inconcluso. No se detuvo hasta que las sombras de la noche penetraron en la casa, impidiéndole continuar. Reunió las herramientas y cerró las ventanas que habían permanecido abiertas como brazos hacia la luz. Entonces la visión de esa casa extraña y vacía lo conmovió, lo embargó la idea de que aún estaban en las habitaciones los ecos de las voces y el trajar familiar. En las paredes las marcas de muebles y cuadros quitados y los estantes vacíos de la cocina le inspiraron una sensación de melancolía inexplicable. Se hallaba exhausto y aún debía conducir durante una hora. Sería bueno y hasta prudente descansar antes de emprender el regreso. Dorina ya se acostumbraba a sus tardanzas, no se preocuparía. Cerró la caja de herramientas, echó su abrigo sobre un sofá desvencijado que encontró en un cuarto y apoyó la espalda suavemente en él para reposar unos minutos. Se quedó dormido y soñó con el Libro del Destino. Fue un sueño breve pero fulgurante como un rayo, tan claro y preciso que despertó con la sensación de haber comprendido todo, hasta el sentido de la existencia.

El libro era algo especial. Acababa de caerse de las alforjas de un camello que pertenecía a una antigua caravana y con sus delicados nervios de oro del fino lomo había golpeado en la arena suavemente, con un sonido apagado. Sin embargo el golpe alcanzó para romper la faja platinada que lo mantenía hermético, al resguardo de un mundo profano. Sus tapas eran de color azul marino con lomería de terciopelo y una letra D sobreimpresa justo en el centro. La sencillez de su diseño contrastaba con el valor de los materiales que lo componían, quizás este detalle lo hacía un ejemplar único en el universo. El impacto de la caída –u otra misteriosa causa– hizo que se abriese mostrando un par de páginas inmaculadas en las que se veían anotaciones perfectamente legibles. El audaz soñador se apresuró a leer. ¡Oh, Dios, fue sólo una mirada ingenua, un impulso movido por esa curiosidad innata que era su marca! ¿Qué castigo le depararía echar un vistazo? Una suave brisa se levantó, volviendo la página, y Lucas no pudo reprimir la tentación de seguir leyendo, pues notó que el libro se refería a su propia vida, a la restauración de la nueva casa, el piano que tendría Liz, el ascenso que lograría en la empresa. Hasta llegó a escuchar una canción de cuna que siempre tarareaba Dorina para Liz, y ahora Liz intentaba tocarla en el piano una y otra vez, mientras se acercaban como

traídas por el viento las risas y gritos de sus compañeros de trabajo. Todo eso era bueno y se sintió a sus anchas. Pero de pronto el sueño se veló, las hojas tomaron un color meloso y luego se oscurecieron desde los márgenes, torciéndose sobre sí mismas como viejos pergaminos. ¡Se estaba incendiando! Lucas se desesperó y trató de leer más rápido, pero todo era confuso. Se esforzó por quitar la mirada de ese libro extraordinario, pero no pudo. Allí estaba escrita su vida, y al final... ¡Oh, un enorme camión precipitándose sobre su camioneta! La imagen lo echó hacia atrás como un recio golpe. Mientras tanto la brisa se transformaba en huracán furioso, cubriéndolo todo de arena, cortando la respiración. El camello huyó y Lucas supuso que también los demás, pues el ruido de la muchedumbre huyendo a campo traviesa era ensordecedor. El libro quedó sepultado allí, incendiándose, pero alguien se destacó de la confusión y se lanzó sobre él, ¡un niño alado! y desplegó dos alas maravillosas que arrojaban reflejos azulinos y olían a perfumes silvestres. Lucas ya no podía leer y se esforzaba, esas alas parecían aprisionarlo, y la presión lo despertó. ¡Aidan! ¡Ahora lo reconocía! Aidan lo había rescatado de aquel sueño maravilloso y terrible. Muy oportuno. Le impidió que siguiera leyendo, el daño hubiese sido mayor. Ese niño sí que sabía estar atento. Pero, ¿por qué no lo recordó cuando volvió a verlo? Lucas sintió que la magia se desvanecía a su alrededor y las penumbras extrañas se fundían con la oscuridad plena de la noche. Aún existían enormes baches en su memoria, le urgía buscar respuestas que le permitieran arreglar las cosas. Luego de leer en ese libro prohibido, según Aidan, no bastaba con pedir disculpas y marcharse muy orondo. Había que subsanar el daño, pero ¿cómo? ¿Por medio de algún hechizo? Era un recurso muy usado y además ¿qué sabía Aidan de eso? Parecía un ángel. ¿De dónde venía ese niño? Los interrogantes se multiplicaban, encadenándolo en cuerpo y alma, pero Lucas no se amedrentó, inventaría alguna forma de moverse en ese mundo conocido y amado, aunque ahora se presentara peligroso y ajeno.

En primer lugar se imponía una visita al laboratorio de la Quinta Esquina, donde un apócrifo profesor Geffroy se había burlado de él. "Ah, diría Aidan, ¿por qué la inmediata venganza? ¿Por qué no usar el tiempo para reconstruir?". Lucas sonrió, el niño tenía sus recursos. No lo acompañaba físicamente pero su espíritu podía alcanzarlo hasta allí, y aunque no quisiera reconocerlo completamente la confianza entre los dos iba acentuándose. Sin dejar de sonreír se movió un poco, pues había permanecido totalmente inmóvil, como viendo la película de lo sucedido. Le resultó normal: sus pasos ahora medían casi un metro, sus saltos eran cortos como habitualmente y se agitaba como cualquiera lo haría. Con el ánimo mejorado y las ganas multiplicándose en su interior sintió que volvía a ser el Lucas Egmont entusiasta y perseverante. Se arrojó sobre la hierba para pensar mejor, acostumbraba hacer eso cuando buscaba soluciones para sus propios problemas o alguna cuestión laboral. Simplemente dejaba ir y venir sus pensamientos con libertad, hasta que hallaba una salida. Nunca había reconocido ni valorado la real importancia

de poseer este don hasta que Aidan le advirtiera que ello había despertado los celos de Oniro, el Cancerbero del Señor de los Sueños. ¡Oniro, él y sus secuaces eran sus verdaderos enemigos! ¡Sorprendería a esos malditos y les daría una lección! Después buscaría a Dorina y a Liz para asegurarles que pronto volverían a reunirse. Y luego recurriría al profesor Geffroy, el legítimo, de cuya búsqueda se encargaba el niño, y ¡santo remedio! Lucas era un joven valeroso, pero decirlo así sonaba fácil, no lo sería hacerlo. Se encontraba perdido y a la vez luchando, tirado sobre la hierba fresca, mirando las estrellas que parecían titilar sólo para él, reconfortándolo. De pronto escuchó un retumbo lejano que no alcanzó a distinguir. Prestó oído. Se acercaba. Miró alrededor pero sólo en la carretera había luz, el resto era la noche total. Su corazón se aceleró hasta el punto de equipararse con el sonido. ¡Un galope! Y enseguida la sombra le pasó por encima y se detuvo a unos metros, resoplando. Lucas no atinó a levantarse, percibiendo aún la conmoción de la tierra y los cascos brincando a los costados de su cuerpo. Una dentadura perfecta brilló en la oscuridad y la carcajada llenó el descampado.

-¡Pero si es usted, don Lucas! ¡Casi lo aplasto! ¿No es un demonio este caballo?

-¿Rahué? –balbució Lucas, como si presenciara una aparición. Un río de alivio corrió por sus venas. Rahué era su vecino, uno de los primeros en asentarse allí, lejos del ruido y la persistencia del hollín. Vivía austeramente en una casa modesta. Reciclaba papel y metales. Todo lo que necesitaba para subsistir lo hallaba en la basura. Recorría la ciudad en un carro tirado por un caballo huesudo y lento, juntando objetos de cierta utilidad que luego vendía. Esta noche caballo y jinete parecían exaltados, pero el cambio no preocupó a Lucas, lo entusiasmó. De un salto se puso enfrente y tomando las riendas por debajo del hocico gritó:

-¡Si supieras cuánto aprecio tu llegada, Rahué! Llévame a la Quinta Esquina.

-¿En la calle Europa? –contestó preguntando a la vez el hombre, extendiéndole un brazo-. ¡Arriba nomás!

Lucas no cabalgaba desde que era niño. Un hueso mal soldado en su pierna le recordaba aquellas aventuras buscadoras de emociones. Por alguna razón consideraba que repetir la experiencia una vez adulto resultaría diferente. Comprobó que, en verdad, las complicaciones saben crecer con uno cuando las cree olvidadas. Mientras tanto, en las orillas del espejo, Aidan Bell ejercitaba sus alas intuyendo una noche poblada de sobresaltos.

* * *

Capítulo III

La Quinta Esquina

La noche en Ciudad Esmeralda era profunda. Una suave brisa había dispersado el smog y las estrellas competían con las luminosas terminaciones de los rascacielos. Lucas Egmont cabalgaba aferrado a la cintura de su amigo Rahué, que presentaba el magnífico porte de un caballero. Poco a poco, cuando fue habituándose a que el caballo levantara vuelo, sorteando vehículos y pequeños edificios que se interponían en la carrera, Lucas empezó a observar los cambios en la ciudad. Es que luego de la medianoche Esmeralda era tierra de duendes, gnomos y soñadores. Los sueños se concretaban sin orden ni lógica y el tiempo se transformaba en sustancia inmóvil, un espacio en el que todo era posible.

Una gárgola de piedra se desplomó desde lo alto, obstruyéndoles violentamente el paso. Pero en lugar de hacerse trizas contra el suelo tomó vida frente a ellos y se incorporó lanzando un aullido escalofriante.

-No crea en lo que vemos, don Lucas -dijo Rahué-. Se lo digo yo, que ando por las noches. Imagínese las cosas que he visto, pero sólo está en la imaginación.

-¿Estás seguro? -murmuró Lucas, aferrándose con fuerza.

-Claro. Para mí ese bicho no es tan terrible, usted es quien teme.

Lucas meditó un instante, esforzándose entre su confusión. Era verdad. Al cabo de algunos minutos el caballo se había tranquilizado y la terrible bestia se inclinaba casi servilmente. Era su miedo. Sólo un hombre valiente podría transformar un monstruo en poco más que un animal doméstico: sintió admiración por Rahué, una persona a la que había considerado débil y marginal porque vivía en una casa modesta, no tenía familia ni ambicionaba progreso alguno. Vivía al día, rescatando cosas de la basura que otros arrojaban le había despertado aversión. Pero en cuanto entabló amistad con él hizo el descubrimiento de un hombre extraordinario. Ahora se alegraba de corroborarlo una vez más. Rahué carecía de instrucción e ignoraba cantidad de otras cosas, pero sabía perfectamente qué necesitaba para vivir, cuánto costaba el plomo y el aluminio y dónde vendían buena comida. Cuidaba sus plantas con una delicadeza conmovedora y estaba orgulloso de las margaritas que poblaban el patio de su pequeña morada. El día del incendio este hombre arriesgó su vida para sofocar el fuego que al final, a pesar del esfuerzo,

destruyó la casa de Lucas.

-Le digo más: usted lo hizo caer.

-Yo no hice nada, Rahué.

-Veremos.

El caballo reinició su carrera y la bestia los siguió. Esta vez Lucas dominó sus temores y pudo observar el increíble espectáculo que atravesaban, como un cuento de hadas: los automóviles volaban, los animales hablaban, una pareja de novios bailaba cerca de las estrellas, un niño viajaba sobre el lomo de un pato... Todo ocurría simultáneamente y en un clima de beatitud. Pero de improviso todo cambió. Los animales profirieron gritos agudísimos, la gente huyó por las calles y las terrazas, mientras los niños lloraban y unos sonidos extraños, como poderosos retumbos venían desde abajo, desde lo profundo de la tierra.

-Sitio de pesadillas –rezongó Rahué.

-¿Qué hacemos?

-Llegamos, don Lucas.

-¿Es...por acá?

-La Quinta Esquina, sí.

Lucas se apeó. El miedo volvía. Miró alrededor: el lugar estaba lleno de fantasmas, las casas tenían paredes blandas y transparentes que dejaban ver otra casa, y otra y otra hasta el infinito.

-No estoy seguro, Rahué.

-Quédese con el perro –dijo, señalando a la bestia que los había seguido y lanzó una carcajada con un desenfado que Lucas consideró inoportuno. ¿Lo abandonaría allí, junto a ese monstruo impredecible?

-Lo espero allá, a la vuelta –dijo. Lucas volvió a sentir un alivio agradecido. -No tarde mucho, está cayendo cualquier cosa del cielo.

Lucas quedó solo. La bestia se acomodó a sus pies, calentándole los dedos con su aliento, demostrándole sumisión y fidelidad. Lamentó haber sido siempre un poco prejuicioso, apresurado en el juzgar y en el accionar. Eso lo había transformado en un joven progresista en el ambiente laboral, pero... Sacudió la cabeza para espantar esos pensamientos y concentrarse en la peligrosa entrevista que le esperaba. Hallaría a Oniro en pleno reino de la noche, custodiando las puertas de su Señor. Lucas presintió que

Oniro reunía poder y cómplices. Ese caos no era obra del buen Señor sino de otro que ganaba terreno aprovechando cada oportunidad. Estaba tratando de impresionarlo y amedrentarlo. Se puso en marcha, de otra manera las dudas acabarían con él.

La bestia se levantó y caminó adelante. A Lucas le asombró que supiera hacia dónde dirigirse, pero no hubo tiempo para suspicacias: un torbellino de viento y tierra y después agua, se desató con una furia inusitada. Joven y bestia corrieron a guarecerse en un portal. Todo tipo de objetos volaban hacia el epicentro que los engullía como una gran boca. También las sombras de los fantasmas y una pequeñas bolas de fuego eran atraídas hacia... ¡La Quinta Esquina! ¡Allí donde él se dirigía estaba el origen de la tempestad!

-¿Y ahora, perro, cómo entraremos? -murmuró Lucas.

La bestia se inclinó y comenzó a arrastrarse hacia la mitad de la calle. Una vez allí se irguió y el vendaval se lo tragó: había entrado. Lucas no dudó ni por un segundo. Salió corriendo y pronto sus pies dejaron el suelo, dio varias vueltas sobre sí mismo y luego enderezó hacia la boca negra que se abría en la Quinta Esquina. Sólo atinó a gritar con todas sus fuerzas.

Cuando abrió los ojos yacía en una gran bóveda celeste. Adentro, pensó, ¿y el perro? Junto a una puertita dos hombres vestidos con traje y sombrero hablaban entre sí y reían discretamente. De vez en cuando lo miraban para ver si había despertado. Parecían dos compadritos de Buenos Aires. Usaban cuchillos relucientes cruzados en la cintura y fumaban sin parar. Al ver que Lucas se incorporaba arrojaron los cigarros y fueron hacia él. Sus movimientos parecían sincronizados. Se acercaron, muy seguros, desalentando cualquier intención de fuga o enfrentamiento. Además, a quien deseaba enfrentar Lucas era Oniro.

-¿Qué buscas...? -empezó uno.

-¿...Imprudente? -terminó el otro.

-Hablar con tu Señor.

Los hombres intercambiaron miradas y rompieron a reír. Lucas se irguió: no permitiría burlas aún considerándose en inferioridad de condiciones.

-¿Oniro? -dijo uno.

-Sí -aseguró Lucas.

-Imposible -dijo uno.

-No da entrevistas –completó el otro.

-Debo ver a Oniro –insistió.

-¿Oniro o el Señor, el verdadero? –dijo el otro.

-iOniro se metió en mi sueño! –explotó Lucas-. ¡Me tentó a leer en el Libro del Destino!

-iAjhh, shhh...! –gritaron ambos, aterrorizados, gesticulando graciosamente-. ¡No menciones ese objeto aquí!

-iQuiero ver a Oniro! ¡Ya! ¡No me obliguen...! –gritó más fuerte Lucas, aprovechando la inesperada ventaja.

-iShhh...! –chistó uno.

-Veremos qué hacer. Espera –propuso el otro. Hizo una seña y los dos se alejaron hacia la puertita. Allí cuchichearon durante algunos minutos. Lucas deseaba que todo ocurriese rápido, fuese bueno o malo.

-iLos delataré con el Señor! –amenazó.

-iShhh...! –chistaron los dos, volviéndose. Se movieron rápidamente. Desenvainaron sus cuchillos y los introdujeron en sendas ranuras junto a la entrada, luego giraron las empuñaduras como si fuesen llaves y la puerta se desvaneció. Lucas frunció el ceño, ese tipo de trucos lo inquietaban. No fue todo: los compadritos, ahora desarmados, se quitaron los sombreros y los arrojaron adentro. Los sombreros volaron, es decir, se convirtieron en dos aves de plumaje negro, brillantes aún en la oscuridad.

-iVamos! –dijo uno.

-iRápido! –siguió el otro.

Lucas obedeció. Ahora ellos parecían hombres corrientes, quizás más jóvenes.

-Sigue el vuelo de las aves...

-...Sin mirar dónde caminas.

-Y pronto estarás...

-... En el templo de Oniro.

Lucas se concentró en los pájaros que volaban sobre ellos: eran tan extraordinarios como los atardeceres que sucedían en el patio de su casa.

Sintió que tanta belleza lo adormecía. Así continuó la marcha, embelesado, junto a esos hombres que ahora se veían como dos jóvenes.

-¿Qué sucede, por qué los veo así?

-En los sueños...-empezó uno.

-Todo cambia –terminó el otro-. Sigue. No quites la vista de esas plumas.

-Son tan bellas...-suspiró Lucas.

-Son espíritus...-dijo uno.

-... De dos célebres soñadores –completó el otro.

-Tú sabes quiénes –dijo uno. Ahora los compadritos parecían dos niños.

-Ahá, sí –contestó el otro-, tu intuición es más poderosa de lo que crees.

-¿Acaso... pueden leer mi pensamiento?

-¡Sólo diiiiioooo...! –se impacientaron al unísono.

-Está bien. ¡Marco Polo y Leonardo!

-¡Eso! –aplaudieron los dos niños. Al oír sus nombres, las aves regresaron y volaron sobre ellos. Y como si tuviesen alguna especie de tinta en sus alas trazaron en el cielo un círculo perfecto por el cual descendió una escalera de luz, es decir, haces de luz que constituyeron sus peldaños uno a uno. Las aves se acomodaron en el primer descanso, custodiando el camino y Lucas sintió que su cuerpo volvía a tener peso, haciendo pie en un suelo granítico. Los niños se apartaron, cuchicheando de una manera intrigante.

-¡Ey! ¿Qué sucede? Vamos a subir –gritó Lucas. Sentía una especial exaltación, ganas de enfrentar a Oniro, reclamar por su intromisión fatal.

-Nosotros...-empezó uno.

-Llegamos hasta aquí –terminó el otro.

-¡Esperen! ¿Cómo regresaré?

Los niños rieron y Lucas presintió algo malo en sus risas.

-¡Ji, Ji! Deseabas venir...

-Y aquí estás.

-Haz lo que tengas que hacer...

-¡Y trata de volver! ¡Ji, Ji!

-¡Fuera! Yo subiré –dijo Lucas, con severidad-. ¡Niños maleducados, eso son!

Los niños retrocedieron hacia una región oscura. No por temor a Lucas, sino porque alguien bajaba la escalera, en ese instante, apagando peldaño a peldaño con cada paso. El sonido de una voz estremeció el suelo e hizo voltear al audaz joven.

-¡Malcriados, es la palabra correcta! –comentó Oniro, bajando con la confianza de un rey en su palacio-. ¡A nada le temen! ¡Marco y Leonardo, dos niños terribles! ¡Pero el Señor los protege, no tiene caso!

-¡Oniro! ¿Qué has hecho con mi sueño?

-¡Lucas Egmont! Has sido un privilegiado, ¿así me lo agradeces?

-Quemé los días que aún no pasaron.

-Por curioso.

-¡Perdí a mi familia! –insistió Lucas.

-Lo siento –dijo Oniro, con falsa afectación.

-¡Perdí mi casa!

-¡Yo no provoqué ese incendio, eh!

-¡Te has hecho pasar por el profesor Geffroy, impostor! Perdí también el tiempo y las cosas sucedieron como las había soñado. ¿Así te diviertes, Oniro? ¿Ese es tu principal entretenimiento?

-Asume tu parte de culpa, joven soñador. Nada es gratuito, ni en los sueños.

-¡Oniro, iré con tu Señor, deseo restaurar las páginas del Libro del Destino!

-¡Shhh...! ¡Shhh! ¡Discreción, discreción! Eso es imposible.

-¡Entonces pagarás! –gritó Lucas, con inusitada violencia.

Oniro lanzó una carcajada horrible. Recién entonces Lucas pudo verlo en todo su esplendor y comprender al instante que su vida estaba en peligro.

-¡Amenazas a Oniro! ¡En su propio reino! –bramó. Su cuerpo que parecía humano se transformó. Extendió los brazos y su capa negra trajo la noche. Sus ojos, de un color verdoso, se agrandaron con una expresión maligna. Lucas tuvo miedo, no llevaba armas para defenderse. Una fuerza invisible lo alzó en el aire para soltarlo con furia sobre el suelo de granito y una carcajada siniestra llenó todo el espacio. Lucas pensó que era el fin. ¿Por qué Aidan le había permitido semejante incursión? Acostado de espaldas, indefenso, observó como la sombra avanzaba sobre él con un frío poderoso. Las aves desplegaron sus alas para retirarse prudencialmente. Lucas los siguió con la mirada: eran tan bellas que por unos segundos se distrajo. Oniro tronó:

-¡Mírame! ¡No te atrevas a despreciarme!

-No mereces tanta belleza a tu servicio, maldito. ¿Dónde está tu Señor?

-¿Lo preguntas como último deseo? –se burló Oniro-: Ahh, veré si quiero concedértelo...

Las aves huyeron por un hueco de luz. Entonces Lucas alcanzó a ver el perfil de la gárgola, agazapada en un altísimo capitel gótico. "¡Oh, ayúdame, fiel monstruo!", pidió. Y como si lo hubiese escuchado, el fabuloso se arrojó al vacío para caer sobre las espaldas de Oniro. Pero el choque nunca se produjo, pues en el aire le crecieron unas alas maravillosas, sus garras se transformaron en pequeñas manos y sus orejas se escondieron bajo una rubia cabellera rizada. Lucas se desesperó, no podría solo contra la magia de ese terrible cancerbero, capaz de transformar un monstruo belicoso en un niño. ¡Un niño! ¡Aidan! Volvió a mirar, todo ocurría a gran velocidad. Una larga espada, tan fina como un alfiler, brillaba en la diestra de Aidan Bell y abría grandes agujeros en la poderosa capa de Oniro. Lucas gritó de asombro y júbilo y se irguió, dispuesto a dar pelea él también. Aidan le dedicó una leve sonrisa y se reconcentró en su rival.

Oniro consideró opciones con la velocidad de un sueño: estaba prohibido luchar con ángeles, o lo que fuese esa aparición, justo allí en el portal. Si de todos modos lo hiciera, presentando luego una buena excusa ante el Señor, perdería, pues ese niño conocía perfectamente el lugar y sus zonas vulnerables y estaba dispuesto a usar las ventajas. El humano era débil, pero no lograría llegar a él sin exponerse a esa espada mutilante. Huir, el otro camino. El suelo comenzó a resquebrajarse. Oniro rió escandalosamente: justo, un despertar tormentoso, derrumbes,

confusión... Empezaba a divertirse, pero un recio puño colisionó contra su cabeza y lo obligó a retroceder. ¡Lucas Egmont, ese humano imberbe, acababa de atreverse...! Su furia hizo caer rayos y truenos, pero Aidan se había apoderado de Lucas y sosteniéndolo en sus brazos volaba raudamente hacia el infinito, con un destello bravío en la mirada. Atrás quedaban las imprecaciones y amenazas de Oniro. Habría una próxima vez. Junto a ellos, como una celosa escolta, viajaban las dos aves guías.

-¡Llévanos contigo, Aidan! –gimieron.

-No puedo –contestó el niño.

-¡Por favor! –dijo uno.

-No. Aléjense.

Lucas se esforzaba para no gritar y pedir algo él también. Ciudad Esmeralda se empequeñecía bajo sus pies. El cuerpo le pesaba y no lograba respirar con normalidad. Escuchó al niño murmurar “No temas” y se desvaneció.

Aún era de noche cuando despertaron junto al lago. La brisa estremecía suavemente la superficie. El corazón de Lucas corría como un caballo loco. Estaban congelados. Aidan se asomó por debajo del abrigo.

-Tranquilízate. Estamos a salvo.

-¿Qué pasó?

-¿Lo olvidaste?

-¡No, pero...!

-En los espejos de agua es difícil –explicó el niño-: La mayoría de la gente sale con una mala experiencia.

-Entonces, ¿por qué permitiste que fuera?

-Nunca te diré qué hacer. Eres libre.

-He fracasado –se quejó Lucas.

-No, si te queda una enseñanza.

-¿Y qué hemos aprendido?

-Entre otras cosas –dijo Aidan lentamente-, que no puedes enfrentar a los

poderosos tú solo y por una causa privada.

-¿Qué?

-Eso. Crees que puedes contra el mundo porque tienes razón. Eres un hombre honesto pero un poco tonto.

-¿Tonto, yo?

-Así es. Desperdiciaste la oportunidad que te otorgó el espejo de agua: en lugar de echar un vistazo por tu vida y recabar información que nos ayudase fuiste en busca de Oniro, para vengarte.

-¡Pero si es el culpable! ¡Me debe una explicación! Además, yo deseaba hablar con su Señor, arreglar todo.

-Dos veces tonto. ¿Crees acaso que el Señor de los Sueños te concederá una entrevista? Madura. Tendremos suerte con una oportunidad, si se presenta. Pero aún no es tiempo, todavía ves la apariencia exterior de las cosas.

Lucas suspiró. "Con que habías sido esa gárgola, niño". Debería aprender a no juzgar con tanta ligereza.

-¡Diablos! ¡Rahué! -recordó-. Debe estar esperándome.

-No hay problema -dijo el niño.

-Cómo.

-Simplemente soñará contigo. Te aguardará y luego se irá.

-Está bien. Siempre tienes una respuesta.

-Es mi oficio

* * *

Capítulo IV

Madre e hija

y el sueño de un vecino

Cuando salieron de la sede policial amanecía. A pesar de la avanzada primavera los crepúsculos eran bastante fríos. Liz Egmont iba en brazos de su madre Dorina, Rahué un poco atrás en la escalera. Dos agentes ofrecieron llevarlos a casa. Aceptaron. El agotamiento que les provocaron los trámites se sumaba al dolor y la preocupación. Rahué se mostraba desconsolado y se declaraba culpable de no haber cuidado como correspondía a Lucas en el hospital. Simplemente se había dormido. En aquel sillón pequeño e incómodo destinado a los acompañantes, a la medianoche del día cuarenta, Rahué sucumbió al cansancio y durmió. Fueron algunos minutos, en los cuales juró haber hablado algo con Lucas, quien le pedía lo llevase a caballo a tal lugar, no recordaba... Se esforzaba y luego entristecía. Dorina trataba de calmarlo, también debía explicar a la pequeña Liz que papá quizás tardaría en volver.

Los investigadores los trataron con toda delicadeza, no obstante sin datos relevantes la búsqueda era bastante compleja y de resultados inciertos. Se había producido un corte de energía en esos minutos y las cámaras de seguridad del establecimiento se apagaron. Además –y esto era desorientador–, el joven no reunía condiciones físicas para andar por sí mismo, estaba en coma.

Los tres subieron a la parte trasera del móvil policial y viajaron en silencio. Rahué era un hombre de mediana estatura, delgado pero con una barriga inusual, de modales simples y mirada franca. Vestía con sencillez y olía a jabón desinfectante. Todas las noches a las veinte en punto aparecía en el hospital y permanecía hasta el amanecer, frente a la puerta de la sala donde Lucas luchaba por vivir. No podría haber hablado con él, sólo en sueños, pero no hallaba respuesta a esas imágenes que había visto.

El automóvil circulaba por una ciudad que comenzaba a despertar. Los rumores no eran buenos, la gente ignoraba si era una propaganda del gobierno o una estrategia de negocios de alguna empresa, pero ya habían evacuado toda la zona portuaria y al sur las poblaciones ribereñas. Los noticieros mostraban información contradictoria y a veces extravagante para ganar audiencia sin considerar que estaban sembrando incertidumbre y pesar. Aquellos que contaban con recursos económicos podrían radicarse en otras zonas geográficas sin demasiados problemas, pero los otros deberían sostenerse allí.

Los dos agentes policiales eran muy atentos, a veces hablaban entre ellos en monosílabos y otras veces sobre temas incomprensibles.

-He visto mi nombre en uno de esos vehículos de transporte público, ¿es

eso posible? -dijo uno.

-Todo es posible en este mundo -respondió el otro.

-¿Cómo es que tengo el nombre de un vehículo? ¿O el vehículo se llama como yo?

-Es la postmodernidad.

-¡Basta ya! -golpeó uno al otro en el brazo-. Te lo pasas mirando las esculturas.

-Y tú los vehículos -dijo el otro, respondiendo el golpe.

-¡Alto! Detenga la patrulla, por favor -gritó Rahué.

Pasaban frente al Museo. El edificio adjunto era una antigua construcción.

-¿Qué ocurre? -preguntó Dorina. Liz, que estaba por dormirse, abrió los ojos.

-He visto, he visto... -tartamudeó el hombre-... He visto lo que vi...

Los agentes se miraron.

-¿Quiere explicarse? -dijo uno.

-¿O bajarse? -dijo el otro.

-¡Vayamos a ver! -pidió Rahué.

Bajaron los hombres. Dorina y Liz permanecieron expectantes.

-¿Por aquí? -dijo uno-. ¿Qué vio, señor?

-Por aquí... y por allá -dijo Rahué señalando hacia arriba, en el tejado del edificio antiguo.

Uno de los agentes se adelantó, observó el lugar y recitó:

-Es una de las típicas casas de Art Nouveau, construidas por encargo de alguna legación imperial o poderoso empresario. A principios del siglo XX había una gran necesidad de ornamentar, generalmente los edificios se remataban con cúpulas, pero en este ejemplar ya no existe o fue modificada y reemplazada por dos gárgolas sentadas en el peso del edificio, como podrán ver asimismo los atlantes en otras construcciones

emergiendo de la piedra que sostiene la fachada...

-¡Un momento! -dijo el otro.

Rahué pensó que aquel agente en sus horas libres leía mucho.

-Yo... -contó modestamente, señalando la gárgola-. Soñé que iba con el señor Lucas por aquí, y en un momento ese perro se nos vino encima. Pienso que deberían buscar por este barrio, es importante.

-Ah, bien... bien -dijo uno. Sacó una libreta y anotó rápidamente lo que Rahué explicaba.

-¿Lo soñó? -dijo el intelectual.

-Sí, señor -respondió Rahué.

-Dice que lo soñó... -escribió el que anotaba.

Volvieron al auto y viajaron en silencio. El que anotaba condujo, el otro leyó lo que había anotado el que conducía. Dorina no preguntó. Al llegar interrogaría a Rahué. Los dejaron en el pequeño departamento que Dorina había alquilado luego del incendio. Los acompañaron hasta el interior y revisaron cuidadosamente para asegurarse de que todo estuviese en orden. Liz espiaba a los agentes, le causaba gracia escucharlos hablar o discutir.

Se despidieron y salieron satisfechos.

-Haz el bien... -dijo uno.

-Sin mirar a quién -dijo el otro.

La pequeña Liz se dejó llevar a la cama por su madre. Estaba muy cansada para escuchar explicaciones. Se abrazaron y enseguida le llegó el sueño. Entonces Dorina se levantó y fue a refrescarse el rostro. Se miró al espejo detenidamente. Como si quisiera comprobar que era ella efectivamente quien estaba allí reflejada, posó su atención en esa cara delgada y larga que le infundía delicadeza, aunque el mentón recio la endurecía. En la nariz y la frente la dureza se atenuaba y cuando sonreía se podían descubrir en sus ojos algunos destellos de ternura. Esto ocurría a menudo cuando observaba a su hijita Liz luchando con sus manecitas sobre las teclas del piano, fortaleciendo esos dedos que comenzaban apropiadamente a crecer, alargándose.

Los hombros también flacos pero dibujando ángulos perfectos sumaban elegancia y los cabellos rojizos, largos y sedosos cayendo sobre ellos la hacían una mujer hermosa. Lucas le repetía ese cumplido a menudo, ella

le respondía como una vieja gruñona.

Volvió al comedor. Rahué seguía allí con un gesto de desorientación. En un día normal a esas horas clasificaba los metales y los preparaba para la venta. Pero ya iban varios días diferentes, y el futuro era incierto y desalentador. Pensó que debía disculparse e irse, pero no se movió.

-¿Qué ocurrió en el Museo? –preguntó ella.

-Les dí unos datos que recordé.

-Quizás... -suspiró Dorina-. Pero es un momento difícil...

-La ciudad cambió –dijo el hombre con tristeza.

-¿Usted qué piensa hacer? –preguntó Dorina, preparando café.

-Ni idea –respondió él-. Hay mucha desorganización, no hay control, así ya no se puede trabajar...

-¿Conoce un pueblo que se llama Árido, en las sierras? –preguntó ella.

-¿Allí donde viven sus padres?

-Sí. Los llamé anoche. Quieren que nos vayamos para allá –dijo Dorina, en tono de pedir opinión.

Rahué carraspeó.

-Bueno, pienso que está bien... -comenzó, y luego se iluminó-: ¡Yo las llevo!

-¿En el carro? –preguntó Dorina incrédula, poniendo las tazas de café en la mesa.

-Por supuesto. Conozco los caminos alternativos, tomaremos atajos, no es una gran distancia... Piense que las autopistas estarán congestionadas, podemos ganar tiempo.

-Pero... ¿Usted dejará su casa? –dijo Dorina, imaginándose en el carro de Rahué.

-Ah, qué importa. Voy y vuelvo, mi casa es mi carro, señora –respondió el hombre de manera terminante-. ¿Tiene un mapa?

-Sí... Pensándolo bien, no hay muchas cosas para cargar, no nos quedó

nada...

-Ah, no piense en eso, cuando vuelva el señor Lucas empiezan de nuevo.

Dorina quedó mirándolo: esa era una idea en verdad rara, que Lucas volviese y que recomenzaran. Se calló. Puso su pensamiento en la organización del viaje. Rahué prometió pasar a buscarlas al mediodía.

Dorina recordaba sus clases en la Escuela de Bellas Artes. Si bien había concluido sus estudios exitosamente y sus trabajos comenzaban a llamar la atención, se vio obligada a aceptar un empleo administrativo en el bufete de abogados en que trabajaba su padre. La vacante tan ansiosamente esperada nunca se presentó en las escuelas de la ciudad, existían puestos en otros puntos del país pero en Esmeralda Lucas tenía su trabajo y para ella la realización de su esposo primó sobre sus propias expectativas.

Cuando su padre se retiró fueron con su madre a radicarse en un pueblo serrano, para recuperar la salud y la tranquilidad, y esperaban que ellos pudiesen hacer lo mismo algún día. Adoraban a Lucas como un hijo y él respondía con sus atenciones.

Lucas y Dorina trabajaban mucho, eran muy compañeros, no había motivos para empañar la armonía. Sin embargo, transcurrido cierto tiempo, Dorina comenzó a sospechar que en el trajín de la vida habían perdido algo en el camino. Esta sospecha creció en ella como una sombra, oscureciendo las alegrías y el amor que sentían. Cuando Liz nació tuvo algunos problemas de salud y debió dedicarse a su atención. No estaba arrepentida, pero ya no quedaba en ella esa muchacha inquieta que dibujaba todo. Poco a poco su carácter se avinagró y sus dibujos fueron a parar al altillo polvoriento que nunca se abría. Después el incendio terminó el trabajo del olvido.

Sólo algunas ilustraciones sobrevivieron: el dibujo de un piano, un verdadero estudio de perspectiva, estaba en casa de sus padres. Las margaritas del jardín de Rahué, lo primero que miró al llegar allí, antes que a su recién comprada casa. Le había obsequiado el cuadro a su vecino. Una ilustración muy colorida de un típico Café caraqueño, regalado a un amigo de su esposo. Y un retrato de Lucas sin terminar que un día llevó a la oficina y quedó oculto en un armario.

Luego del accidente de Lucas Dorina comenzó a buscar el retrato inconcluso. Allí estaba. Lo desplegó sobre el escritorio. ¿Por qué no lo había concluido? Lucas no tenía mucho tiempo para posar y menos

paciencia para quedarse quieto. Ella había decidido tomarle una fotografía en la posición tres cuartos para orientarse, pero esto no fue de gran ayuda: esta pose es particularmente expresiva y debe captarse directamente del modelo presente. Le dieron ganas de terminar el dibujo. Pensó que le daría una sorpresa a Lucas cuando despertase. Lo llevó con ella y cada día, en su escaso tiempo libre, trató de seguir delineándolo, completar los rasgos, recurriendo a su memoria. Algunas partes estaban resueltas, como el eje central en el ángulo correcto y la línea del nivel de los ojos, esto era muy importante para lograr un parecido. Ya estaban las formas de la nariz recta de Lucas, del orificio, los contornos de las mejillas un poco alargadas. La curva exacta de la boca insinuando una sonrisa. La naciente del pelo y los cabellos castaños, las orejas armoniosas. En pocos trazos Dorina había delineado la mandíbula y la barbilla, como si lo acariciara. Era el rostro de un joven noble, vivaz. Ella sonreía recordando esas líneas. Había dejado los ojos para último, pues no debía dibujarlos sino con las formas que los rodeaban. Y comenzó con las partes adyacentes a los párpados, la parte blanca, él siempre tenía un brillo especial en sus ojos pardos, con algunos reflejos verdosos. Las pestañas, que eran abundantes y comenzaban rectas pero luego se curvaban bruscamente. ¿Cuánto daría por que la mirase así de nuevo? Un suave sombreado le daría tridimensionalidad, pensó, aquello que da la sensación de real.

Lo empacó junto al resto de las cosas con la intención de terminarlo en las sierras. Sería su manera de no renunciar a esperarlo. Unas líneas y un sombreado cada día...

* * *

Capítulo V

Un medio de transporte fabuloso.

Confesiones.

Avanzaban con mucha dificultad, siempre ascendiendo por senderos pedregosos, tramos borrados por montañas desbarrancadas y vegetación rústica. Lucas Egmont consideró que esos caminos no habrían sido transitados en mucho tiempo, tal vez en siglos.

-No por seres humanos, pero sí por otro tipo de... seres –murmuró Aidan Bell, leyendo el pensamiento de su compañero.

-Já –dijo Lucas-, y parece que hasta el día de hoy es así.

-Lo dices por mi presencia. Es verdad –respondió Aidan, y se puso serio-: Pero no trates de racionalizar todo, no es bueno y además lleva un gran esfuerzo.

-¿Qué quieres decir?

El niño se volvió un momento.

-Desde que nos encontramos estás tratando de clasificarme. Los seres humanos se preocupan más por saber y etiquetar todo lo que ven, en lugar de ocuparse en saber de sí mismos.

-Conócete a ti mismo –recordó Lucas, de algún texto lejano.

-Exacto –dijo Aidan, reanudando la marcha-, aunque esa frase tiene muy amplio significado.

Ahora rodeaban un peligroso precipicio, el camino seguiría así por un gran tramo y ello les demandaría la jornada completa. Por la noche deberían llegar ante la gran roca deslizante, el portal de Geffroy.

-No lo tomaré como algo personal –dijo Lucas, con cierta angustia-, tampoco tú deberías verme como un ejemplo de la humanidad.

-Ya lo sé, eres sólo un hombre.

-Sí. Bien... –contestó Lucas, aliviado.

Aidan hizo otro breve alto en su marcha, para acentuar sus palabras.

-Un solo hombre es una maravilla en sí mismo.

-¡Ah! Eso nos decía el profesor Geffroy, entre otras tantas cosas raras que nos inculcaba.

-¿Cómo supiste de Geffroy? –preguntó Aidan de pronto-. ¿Por qué recurriste a él?

-Por desesperación, supongo. ¿No sabes cómo sucedió? Pues bien, te contaré.

-Soy todo oídos –sonrió el niño cálidamente-, tenemos un buen trecho de camino por delante.

Lucas se aclaró la voz para soltar su relato. Pero Aidan lo detuvo:

-Espera un momento. Mira hacia allá.

-¿Qué ocurre? ¿Otra vez pis?

-No –respondió el niño con un mohín gracioso-. Es el amanecer. Observémoslo.

Algo contrariado Lucas giró hacia el punto dicho, detrás de las montañas, donde comenzaba una creciente claridad. Realmente no veía que aquello pudiese resultar más importante que su historia. Acostumbrado a llegar temprano a su trabajo había visto tantas veces la salida del sol sin darle mucha importancia.

-Ahá –dijo-, el amanecer. ¿Nunca has visto uno?

-¿Desde la Tierra? Muy pocos –explicó Aidan-, esto es diferente.

Lucas Egmont guardó silencio. Por primera vez sintió que el camino que iniciaba junto a ese niño significaba un aprendizaje. De esa escuela debería graduarse para salvar su vida y el bienestar de sus seres queridos. Recordó el momento en que nació su hijita Liz: envuelta en una sábana rosa la enfermera la había puesto en sus brazos con una sonrisa radiante. Tanta suavidad entre sus manos y el peso ligero lo hizo temblar de ternura. Se la llevó a Dorina, que la esperaba para alimentarla. Había aparecido el sol más brillante de sus días.

Lucas observó al niño muy atento, como si estuviese escuchando un mudo y maravilloso discurso y le agradeció desde su corazón por haberlo hecho detenerse y traer ese hermoso recuerdo. Su espíritu convulsionado sintió paz y él también observó el amanecer. Aidan le sonrió suavemente y enseguida se movió.

Reanudaron la marcha. El terreno pedregoso, irregular y accidentado, los obligaba a repetidos descansos. Aidan sugirió:

-Cuéntame de Geffroy, vamos.

-¡Ah! –contestó Lucas, con entusiasmo-. Geffroy fue mi profesor en el Colegio Básico, en la materia Biología. Siempre nos hablaba de cuestiones incomprensibles para nosotros y realmente sin interés para mí. Nos explicaba cómo cuidar el medio ambiente, que el ser humano debía convivir en armonía con la naturaleza... Yo ya me sentía atraído por las construcciones y juzgaba sus ideas contrarias al progreso.

-Pero tú eres un pionero en construcciones naturalistas.

¡Vaya! Este niño estaba bastante informado. ¿Por qué motivo entonces desconocía a Geffroy? Aidan prosiguió, contestando:

-Conozco al doctor Geffroy. Nada más quería saber lo que sabes tú.

¡Rayos y centellas! ¡Qué despierto! Lucas se echó a reír, Aidan lo imitó. Allí estaban los dos, en un lugar inhóspito, en un tiempo improbable, en la búsqueda de sus mundos destruidos, riendo.

-Como te digo, me desesperé. Tal como lo había leído en ese libro todo comenzó a cumplirse: terminé de preparar la casa, conseguí un ascenso en la empresa, hasta mi pequeña Liz tuvo su piano... recuerdo aquellas largas horas de práctica, esa canción que ella misma había compuesto, muy sencilla pero tan... -Lucas suspiró. Llegaba el momento crítico de su relato: -Acudí a Geffroy antes de que ocurriese el accidente, pero no pude evitarlo. Supongo que mi perro Zeta también...

Aidan asintió. Hizo una pausa respetuosa.

-Oniro sabía que buscarías al profesor, se hizo pasar por él...

-¿Crees que el verdadero Geffroy me hubiese ayudado entonces?

-Tal vez, basándose en sus conocimientos. Es difícil saberlo. Eres intuitivo, prestando atención hubieses reconocido a Oniro bajo el disfraz...

-¡Ese maldito! -gruñó Lucas-, ¿cómo lo hizo?

-Recuerda que obra con los sueños, es un maestro en el arte de enmascararse -explicó Aidan.

-¿Quieres decir que todavía puede alcanzarnos y volver a engañarnos?

-Hay muchas fuerzas que operan en el universo -dijo Aidan-, todas nos influyen de alguna manera.

Lucas calló. Estas respuestas no lo tranquilizaban. Además, Geffroy había ocupado los noticieros y espacios en programas especiales anunciando cambios climáticos muy violentos. Trataba de advertir.

-Además nos hablaba del fin -dijo Lucas. Había reunido bajo su brazo izquierdo algunos trozos de ramas secas y hojas pequeñas y las colocaba dentro de un montículo de piedras.: -Encenderé un fuego, si no te importa, para beber algo caliente. Lástima que no hay naranjas, pues tendríamos

un desayuno completo.

La alusión pasó por alto, Aidan estaba serio.

-¿A qué fin se refería, lo sabes?

-No, ¿el fin del mundo? Estaba un poco loco...

-Pero recurriste a él –dijo Aidan sacando de bajo su abrigo unos puñados de pequeños frutos del bosque.

Lucas no se asombró, sacó un pañuelo y lo desplegó para que los depositara.

-Ya te expliqué, en mi desesperación... Además, a pesar de mi apatía, creo que era su alumno predilecto. Ignoro qué veía en mí, pero... Por ejemplo, me obligaba a leer una extraña lista...

Hubo un silencio. Aidan Bell completó la frase.

-¿De animales que nunca habías visto?

-Si.

Otro silencio. Los pájaros del bosque despertaban. Por primera vez el niño mostraba el ceño fruncido. Lucas Egmont se inquietó.

-¿Qué ocurre?

-Me guío por señales. Pienso que si hallamos a Geffroy deberemos tomar importantes decisiones.

-Está bien –dijo Lucas, sosteniendo sobre el fuego el pequeño jarro con agua que comenzaba a calentarse-. ¿Y cuál es esa señal?

-Estoy esperando –respondió Aidan y se mantuvo quieto. Envuelto en el abrigo de Lucas sólo parecía un niño preocupado.

Lucas se calló, aunque dudaba que en ese lugar pudiese producirse algún tipo de señal. No había poblaciones cercanas, ni turistas, ni audaces cazadores o aventureros. El medio de la nada, así lo definiría él. Metió una mano en el bolsillo inferior del pantalón y sacó un sobrecillo de té instantáneo. Lo colocó en el recipiente y lanzó una queja cuando el fuego incendió la etiqueta y gran parte del hilo que le permitiría sacar el sobrecillo. Ahora se quemaría los dedos. Miró al niño para ver si se divertía, pero Aidan estaba expectante, mirando hacia el pequeño valle al

que accederían en breve.

De pronto Aidan Bell abrió los ojos muy grandes y levantó el índice de una mano.

-¡Escucha! ¡Ahí está!

Lucas escuchó. Detrás de todos los sonidos de la naturaleza, como una música de fondo, sonaba el transcurrir de aguas a gran velocidad.

-Parece un arroyo –murmuró Lucas-. Pero recién no estaba allí.

Aidan lo miró sonriendo, su ceño se había distendido.

-Sólo cuando te detienes a escuchar... escuchas.

-Entonces no se trata de un arroyo común y corriente –supuso Lucas.

-Tienes razón. Las aguas murmurantes son portales –explicó Aidan-. Generalmente son utilizadas para saltar entre una línea de tiempo y otra, con la finalidad de mejorar las condiciones de vida. Pero para lograrlo el individuo debe haber aprendido a controlar sus pensamientos.

-¿Pues si no...? -inquirió Lucas.

-Oh, se desataría un torbellino... Me ocurrió la primera vez, apenas entré pensé en naranjas, ¡había hecho mis ejercicios, pero...! –rió, recordando- ¡Y todo se llenó de naranjas! Casi me asfixio, además es incómodo andar entre ellas.

-¿Cómo lograste salir?

-Pedí volver a mi estado anterior.

-Oh –aceptó Lucas-, ¿por aquel dicho “Golpea y se te abrirá”?

-Algo así, pero no es tan sencillo.

-Aidan querido –exclamó Lucas con desaliento-. Yo no podría. Ni siquiera aprendí meditación, tal vez mi esposa Dorina hubiese entendido lo que dices, pero yo...

-Es que no hay otro camino para llegar al valle, debemos ir contra corriente y esas aguas son muy frías y caudalosas.

-¿Estás seguro? ¿Allí se encuentra el profesor Geffroy?

-Sí.

-Entonces ¿me darás un curso acelerado? ¡Haré un desastre!

-Si eso piensas, así resultará –afirmó el niño-. No debes temer, yo iré contigo esta vez. ¿Me convidas un poco de té?

-Sí, sí... -respondió Lucas y le alcanzó el jarro.

El murmullo de las aguas sonaba cada vez más nítido. Aidan bebió y le devolvió el recipiente. Luego tomó una grosella y comió. Lucas sintió que se le llenaba la boca de saliva al verlo comer y también tomó una. Así comieron y bebieron en silencio durante algunos minutos, preparándose.

Una hora más tarde llegaron junto a las aguas murmurantes. Lucas Egmont quedó extasiado, el agua parecía un grueso muro echado en el suelo, a simple vista sólido y de un color azulino. Pero fijando la atención se podía ver en el movimiento rapidísimo del agua que en vez de seguir el cauce hacia el valle parecía correr hacia las alturas, exactamente al revés, como las ruedas de un automóvil que va a gran velocidad. Tembló. Al acercarse podían percibir el frío mortal que emanaba.

Lucas recordó que llevaba unos trozos de tela que había rasgado del paracaídas, les sería útil para envolverse el torso y las piernas, aunque ignoraba cuál era el plan. Si debían cruzar a nado tendrían escasas posibilidades, por más control mental que alcanzasen.

-Tú dirás qué hacer, niño –dijo al fin. Pensaba en su familia y en cómo resolver el asunto para volver a su vida de siempre. Este niño no lo había decepcionado, debía confiar en él.

Aidan le sonrió.

-Muy bien, considera esto como un juego. Cuando yo te indique “No pienses” pon tu mente en blanco. Bastarán unos segundos.

-¿Pero cómo es? ¿En qué debo pensar? –insistió Lucas.

-¡No debes pensar! En nada, un lienzo en blanco, un cielo vacío de nubes, o mejor visualiza la llama de un cirio, sostenla encendida todo el tiempo que puedas.

-¿Eso bastará?

-Así es –respondió Aidan, observando atento a la corriente-, y saltarás cuando te lo diga. Del resto me encargo yo.

-¿Saltar? ¿Vamos a cruzar de un salto? –preguntó Lucas mirando el ancho del arroyo. Ningún hombre normal daría una zancada de cien metros.

-No cruzaremos –dijo Aidan-, brincaremos hacia adentro, tomaremos un vehículo muy especial para viajar contra corriente.

Lucas observó la seguridad y determinación del niño y sintió vergüenza de sí mismo. Entonces dio unos pasos, se colocó a su lado y lo tomó de la mano.

-Estoy listo –anunció.

-Nos divertiremos. Aquí viene –respondió Aidan complacido. Comenzó a reír y le contagió la risa a Lucas. De pronto gritó “¡No pienses!”. Lucas Egmont calló y todo pareció detenerse. Una gran fuerza tiró de su mano derecha, su brazo y luego todo el cuerpo.

-¡Salta! –ordenó Aidan.

Lucas obedeció. Entraron. Pero allí no había agua. Rodaron hasta dar con unos troncos de árboles, pero la caída había sido suave. Cuando logró sentarse Lucas retuvo el aliento hasta ponerse rojo. Una pequeña mano le dio palmadas en el rostro y reconoció la risa dulce junto a él.

-Ya, respira –le avisó el niño.

Lucas obedeció con ganas. Respiró normalmente y no sólo comprobó que allí no había agua sino que la temperatura era agradable. Había escasa visibilidad, la vegetación era tupida, de un color pardo claro.

-¡Lo logramos! –exclamó Aidan, muy satisfecho.

Al verlo así Lucas comprendió su preocupación y la responsabilidad que demandaba ser su guía, demasiado para un niño. Sintió agradecimiento.

-¿Dónde estamos? –preguntó, siempre impulsado por esa curiosidad.

El niño hizo un mohín misterioso.

-¡Oh, menos averigua a Dios...!

-Ya sé, ya sé... –respondió Lucas-, yo mismo investigaré.

Se incorporó, asiéndose de uno de esos árboles tan extraños.

-Está bien –dijo Aidan-, pero sostente fuerte y no te alejes demasiado.

Lucas deseaba saber qué tipo de árboles eran esos, nunca los había visto. Eran casi idénticos y se encontraban en gran cantidad. Los troncos rectos parecían carecer de corteza pues se veía el interior donde corría un líquido rosado. Por sobre sus hombros comenzaban las copas frondosas de color pardo y gris y ocultaban todo, no se veía cielo por ninguna parte. Donde lo esperaba Aidan los árboles eran más pequeños y parecían copos de algodón, con sus ramas muy suaves saliendo del tronco principal.

El suelo era extraño. Se hundía levemente al pisar y al contacto de las manos estaba caliente.

El niño se adormeció despreocupado. Lucas consideró que no había peligro alguno y se arrastró hacia la espesura. ¿Estamos viajando?, se preguntaba. ¿A qué velocidad? ¿Qué clase de vehículo es este? ¿Cómo sabe adónde nos dirigimos?

Dio unos cuantos pasos y tropezó con algo duro. Se detuvo, lo palpó, parecía óseo. Era de color amarillento y se movió! Lucas brincó hacia atrás, "eso" se había movido, podría jurarlo. Nada ocurrió. Esperó un poco más y se aproximó de nuevo. Pensó llamar al niño pero caramba ¿dónde estaba su valentía? No tocó el objeto, prefirió observar dónde continuaba, qué era... Escuchó un gorgoteo, un ligero temblor. Prestó más atención, ¿era agua? No. ¿Algún animal salvaje? Podría ser. Se inquietó, pero siguió adelante. Allí la extraña vegetación se abría, y este objeto que parecía tener un latido era de color gris y volvía a moverse! Todo alrededor se revolucionó, escuchó chillidos y de pronto dos agujeros negros brillantes se abrieron frente a él, se cerraron y se abrieron otra vez, como si sus puertas fuesen automáticas. Pero los agujeros eran redondos y estaban rellenos de alguna sustancia húmeda que brillaba y formaba parte de esa "cosa" que se removía. ¡"Eso" era una cabeza, con pico y ojos! Lucas corrió y gritó.

-¡Aidan! Maldición, ¿qué lugar es este? ¡Ayúdame!

Había retrocedido con tanta violencia que atropelló al niño y los dos rodaron por el suelo. Lucas lo tomó de la solapas. Esa cosa ahora estaba sacando el cuerpo de entre la espesura y venía hacia ellos.

-¡Por el amor de Dios, pequeño! ¿Qué es eso? –preguntó Lucas tartamudeando.

Aidan observó, quitándose a Lucas de encima y poniéndose de pie.

-Es un polluelo de pato cortacorriente –respondió con la mayor naturalidad.

-Un po... ¿Qué? ¿Escuchas lo que dices? –dijo Lucas pensando que no debió seguirlo en esa prueba. Ahora sí, ya basta, era el colmo. Insistió -:

¡Un polluelo! ¡Tiene nuestro tamaño!

Aidan asintió sonriendo.

-Es verdad, escucha –dijo, levantando un dedo.

Se oyeron unos graznidos lejanos y luego dos “Cuác” con golpes que les pasaron cerca. El polluelo temeroso volvió a esconderse en la fronda que eran plumas.

-¿Qué ocurre? –preguntó Lucas. Tenía la boca abierta aún.

-Es la mamá poniendo orden. No te muevas o recibirás un picotazo.

-Pero... –insistió Lucas por lo bajo-: ¿Cómo es posible? ¿Estamos viajando en el lomo de un pato? Hay un viejo cuento infantil...

-Sí. Viste esa imagen en el cielo de Ciudad Esmeralda, ¿recuerdas? Los sueños y fantasías infantiles son muy útiles en la vida adulta de las personas. Lamentablemente los olvidan. Pero en este caso resultó. Somos dos pulgarcitos ¿no?... Estos animales soportan grandes travesías. Gracias a él nos acercamos a nuestra meta, sanos y salvos ¡y secos!

-Pero...

-Trata de no pensar demasiado –aconsejó Aidan-, puedes arruinar el viaje. En las aguas murmurantes todo es maleable, tamaños, formas...

-Aún no lo creo –dijo Lucas, levantándose y yendo hacia una mata de suaves plumones.

-Asómate y comprueba por ti mismo –propuso Aidan y fue a echarse de nuevo para viajar más cómodo.

Lucas lo miró, el niño quería divertirse con él. Pero ya lo había expresado, lamentó su imprudencia.

Aidan dijo con suavidad:

-Hazlo sólo si quieres ver algo maravilloso. Nada tienes que demostrarme.

Lucas Egmont bajó la cabeza, lamentándose por su vano orgullo.

-Es verdad. He cometido muchos errores con este temperamento.

-Ah, ya... –cortó Aidan, haciendo un mohín-, no te castigues tanto.

También eres quien leyó ese libro extraordinario.

-¡Oh, sí! Y mira la tragedia que he desatado –completó Lucas.

-Y aún sientes la curiosidad.

Rieron.

-¿Un pato cortacorriente has dicho? –preguntó Lucas interesado.

-Así es. Hembra, con tres polluelos.

Lucas sintió un cosquilleo en la cabeza, su memoria soltaba como una hoja al viento, casualmente, esa información que él conocía y había olvidado. “También se le llama pato forzado y habita en la Cordillera de los Andes, desde Atacama a Tierra del Fuego, en ríos corrientes con rocas y pozas. La hembra tiene la parte posterior de la cabeza y el cuello de color gris, las plumas marginales más oscuras y en los escapulares y manto negros, en la panza generalmente pardos. Se alimenta de vegetales y pequeños peces, larvas y gusanos. Por sus colores es imposible confundirlos con otra especie.”

-Tienes razón Aidan, esta es la prueba, nos acercamos a Geffroy.

-¡Vamos, anda! –dijo el niño, levantándose-. Te ayudaré, pon tus pies sobre mis hombros.

-¿Tú crees? –dudó Lucas.

-Echa un vistazo. Trata de no llamar su atención. Recuerda que tienen un amplio campo visual.

-Lo sé –respondió Lucas, haciendo pie en un hombro del niño y tomándose con fuerza de las plumas mayores.

Sacó la cabeza de entre la maraña: allí los colores cambiaban, en verdad todo el mundo se veía diferente desde ese lugar. Lucas no cabía en sí. Hizo un esfuerzo y se asomó hasta la cintura. La cabeza del animal le hacía sombra y podía ver sin encandilarse. Viajaban por el arroyo contra la corriente, sorteando las rocas. En ese tramo la vegetación era tan rica que algunos árboles ponían sus ramas dentro del agua. Más adelante distinguió otra ave que viajaba, más corpulento y con varios colores en el plumaje, Lucas calculó que era el macho. Si lo descubría tendrían problemas. Decidió volver a esconderse, tenía frío y el agua que salpicaba lo humedecía.

Al bajarse, volvieron a rodar. Lucas pidió disculpas. Tenía los ojos

radiantes.

-¿Sabes? Ví las cosas igual que cuando era niño, bellísimas y grandes. Un mundo enorme lleno de maravillas...

-Y así es –respondió Lucas-. Luego creces y te vuelves selectivo, ves sólo lo que te interesa. Pero lo extraordinario siempre está allí.

Hubo un silencio gozoso. Lucas consideró oportuno preguntar.

-¿Y tú Aidan, cuál es tu historia?

-¿Historia? Poseo una ficha de las misiones que he realizado.

-¿Y por qué te enviaron conmigo? Imagino que eres un ser de las alturas, venir al mundo real puede resultarte frustrante.

-Yo también cometí un error. Decidí aceptar esta misión complicada para recuperar mi escalafón, en caso de llegar a buen fin.

Lucas chasqueó los dedos.

-¡Tú! No puedo creer que hayas errado, niño, no.

Aidan calló unos momentos, evaluando si era correcto referirlo.

-Debía cuidar a una niña –comenzó lentamente y con calma-. Apenas nacida fue atacada por una infección nueva, nunca vista. Se suponía que no viviría demasiado, pero era muy valiente y logró superar el tratamiento y todos los obstáculos que te imaginas. Debía quedarme hasta que se recuperase totalmente y eso llevó algunos años. Entonces comencé a sentir por ella algo... inapropiado, ¿entiendes?

Lucas quedó mudo. Iba de un asombro a otro. Aidan no mostraba gesto de nostalgia o dolor. Había asumido su enamoramiento como un hombre.

-¿Y cómo era ella? –quiso saber Lucas-. ¿Y sus padres?

-No lo sé, no se permite recordar misiones anteriores.

-¿Por qué? –preguntó Lucas, pues tenía una idea del valor de la experiencia.

-Esa circunstancia fue perjudicial para mi crecimiento –suspiró Aidan-. El hecho de recordar lo que acabo de contarte significa que aún no lo he superado completamente.

-Tú mismo dices que la experiencia da sabiduría.

-Sí, pero en mi escalafón ya no recuerdas la experiencia sino la enseñanza residual. El resto se olvida.

-¡Vaya!

Otro silencio. Lucas trataba de entenderlo, pero el niño le había advertido de no racionalizar todo.

-A ver, dime... -sonrió Aidan, cálidamente. El otro no podía callarse.

-Pienso -dijo Lucas, también sonriente-, de acuerdo a mi lógica limitada, que quisiera felicitarte porque salvaste a esa niña.

Aidan negó con la cabeza, los rizos se movieron.

-Ayudé, inspiré... Ella se salvó sola.

-¡La misión fue un éxito! -insistió Lucas. Ahora sentía ganas de abrazarlo y decirle que enamorarse en este mundo no es un pecado, pero eso seguramente el niño ya lo sabría.

Aidan le dio palmadas en el pecho con su pequeña mano.

-Que el árbol no oculte el bosque... -murmuró-. Anda, intentemos dormir.

-De acuerdo -se rindió Lucas-, pero debiste defenderte, la misión fue cumplida!

Rieron. Se acomodaron entre los plumones calientes. Aidan se durmió de inmediato. Lucas no logró pegar un ojo, atento a cualquier imprevisto que pudiese surgir.

* * *

CAPÍTULO VI

El arca de Geffroy

Lucas permaneció con todos sus sentidos alertas durante el resto del viaje. Aidan durmió suavemente. Advirtió los primeros aleteos (lo supuso al oír golpes y sentir el cuerpo en tensión) y despertó a su compañero. Aidan abrió los ojos y escucharon el piar de las crías. Otra vez el aleteo y

graznidos múltiples.

-Prepárate. Saltaremos –avisó el niño.

Evidentemente los polluelos habían dejado a la madre y echado a corretear. Estaban en zona tranquila. Sintieron una carrera, el movimiento de los músculos laterales, ¡las alas!, y una sensación de estar en el aire.

-¡Estamos volando! –gritó Lucas.

-¡Salta, ahora! –ordenó el niño, y él lo hizo primero.

Lucas lo siguió. Cayeron entre unos pastizales duros y secos. Aidan reía. Lucas rezongaba tratando de comprobar si tenía algún rasguño o hueso quebrado. Miró hacia el arroyo: era un fino cauce de agua brillando bajo el sol. La familia de aquellos coloridos patos retozaba en el agua y husmeaba entre las hierbas de la orilla buscando larvas e insectos para alimentarse. Todo había vuelto a su tamaño.

-Niño: ¿por qué no usamos uno de estos trucos para ir donde mi familia y asunto resuelto?

-Porque estos son lugares mágicos –explicó Aidan-, la magia no es permanente. Tú quieres una solución para siempre, ¿verdad?

Lucas asintió con la cabeza.

-Ánimo, ya casi llegamos –aseguró el niño, señalando hacia la montaña.

Echaron a andar, primero con cuidado, entre piedras y pastizales endurecidos llamados calafate, luego pudieron ir más rápido pues el suelo era más llano. Aproximándose a la montaña volvió a empinarse y les provocó gran agotamiento. Parecía cercana pero debieron caminar durante horas.

-¿En qué piensas? –preguntó Aidan. Generalmente era Lucas el inquisitivo.

-Pienso en mi familia –respondió-. Dorina y Liz deben necesitar mi presencia. Lamento haber desperdiciado la oportunidad del espejo de agua para encomendarle a Rahué...

-¿Cuentas con alguien más para pedir ayuda?

-Sí, claro, pero no sé si él... -dijo Lucas, que dudaba en pedir favores extraordinarios basándose en la amistad.

-¿Tienes un mejor amigo? –preguntó Aidan-. ¿Quién es?

-Papillon.

-Es un nombre de animal –sonrió Aidan, sin detenerse.

-Es un alias –explicó Lucas, marchando más de prisa para empatar los pasos menudos pero rápidos del niño. –Su nombre es José Del Río, creció en la calle, con muchos problemas con la policía. Visitó muchas prisiones hasta que se redimió. Por sus deseos de libertad lo apodaron Papillon. A él mismo le gusta el mote. Leyó una vieja novela y se convirtió en admirador del personaje principal. Dice que se parece a él y tiene sus mismos ideales. Hasta se hizo tatuar una mariposa en la mano derecha.

-¿Y lo aprecias mucho? –preguntó Aidan con ingenuidad.

-¡Por supuesto!

-¿Lo aprecias tanto como para hacerte cargo de su familia si él estuviese en problemas? –insistió el niño.

-¿Qué dices? ¡Claro que sí! –contestó Lucas con seguridad-. Además lo admiro, ¿sabes?, es un hombre que logró superar sus circunstancias, llegó a ser uno de los ingenieros de la empresa en que trabajo.

-¿Te ha confesado tener algún sueño, aunque ilusorio?

-Uf, sí, miles –dijo Lucas, recordando sus charlas durante los almuerzos o en el trabajo. Los demás se burlaban porque ellos divagaban mucho, eran dos soñadores.

-Elige uno, un sueño –pidió Aidan, deteniéndose.

-¿Qué? ¿Para qué? –Lucas no entendía.

-Para contarme, elige uno, miles es una gran cantidad.

Lucas se rió. Por momentos deseaba que esa travesía se extendiese. Pensó, suspirando, y eligió:

-Bueno... Él había investigado sobre el personaje de aquel libro, Papillon, al que admiraba. Se tejían muchas historias acerca del hombre: que no había vivido en las prisiones todo lo que contaba, que en realidad no logró escapar la última vez... Pero otras versiones referían que logró reiniciar su vida en una ciudad de Sudamérica donde instaló un Café en cuyas mesas de madera escribió sus memorias.

-¡Qué interesante! –exclamó Aidan.

-El sueño de José Del Río era ser el dueño de un Café, como Papillon.

Aidan Bell no hizo comentario alguno. Simplemente giró y extendiendo su brazo mostró el lugar al que habían llegado.

Atardecía. El color de la piedra se oscureció rápidamente. La montaña se veía como un gran trozo de chocolate. Acercándose observaron un detalle: había una gran roca que parecía estar desprendida de la montaña.

-Es la roca deslizante –dijo Aidan-. Llegamos.

-¿Y dónde está el profesor Geffroy? –preguntó Lucas.

Ni que lo hubiese escuchado. Tuvieron que mirar hacia el cielo. Detrás de la montaña emergió una bandada de aves que al pasar sobre ellos les ocultó el sol. Lucas quedó extasiado viendo las sombras sobre la piedra como en una pantalla. El bullicio los ensordecía. Y no se dio cuenta de lo increíble hasta que el niño lo señaló:

-¡Mira, es Geffroy!

Delante de la bandada, cuyo número de aves no podría Lucas calcular pero serían cientos, iba un “pájaro” de mayor tamaño, llevado con un aparato con motor muy liviano. Geffroy, vestido de blanco, manejaba este aparato guiando al resto con sonidos que salían de pequeños altoparlantes adosados.

-¡Hola! –saludó el profesor- ¡Acérquense a la roca, enseguida estoy con ustedes!

Desapareció por el otro lado y con él los animales con gran bullicio. Lucas y Aidan se miraron. Aidan (pleno de risa pero disimulando) explicó:

-Esta roca es una curiosidad. Se desliza, abriendo la entrada a la caverna, que es horizontal y consta de varias galerías.

-Ahá, se desliza –repitió Lucas, que todavía no lograba digerir la última imagen vista y ahora ignoraba cómo conseguirían mover una piedra de tal tamaño.

-Sí –dijo Aidan-. ¿Ves la explanada del frente? Bueno, si uno coloca el pie en ciertos lugares la roca se mueve.

-¿Y tú cómo sabes eso?

-Si has estudiado la geografía...

-¡Claro que estudié! –se quejó Lucas, pues no le gustaba que lo tildaran de ignorante-. Pero sólo conozco una piedra movediza en el continente y está muy lejos de aquí.

-¡Oh! Hay varias en todo el mundo. A los geólogos no les interesa catalogarlas, se ve...

Lucas suspiró.

-Ahora dudo que este hombre pueda ayudarnos, aunque debo admitir que me sorprende, pero...

Aidan miró por su costado e hizo una mueca graciosa.

-Sht, aquí viene.

El profesor Geffroy se acercaba a ellos dando largos pasos y levantando cada vez las rodillas bien alto. Esta manera tan singular de marcha despertó curiosidad en Lucas y risa en Aidan, que se rió sueltamente sin reparos. En fin, el hombre no podría ofenderse ante la carcajada de un niño si se presentaba con esa apariencia...

-¡Hola! ¡Bienvenidos! –gritó Geffroy.

Al acercarse pudieron ver que el profesor tenía puestas en los pies una especie de patas de rana con tobilleras de color rosado. Estaba vestido de blanco, con chaqueta suelta y pantalón muy ceñido al cuerpo. Pero lo más llamativo estaba en su cabeza, allí donde debían dirigir la atención para hablar con él: usaba un pico gigante color naranja que se agrisaba hacia la punta, amarrado con un hilo elástico que le rodeaba por la nuca y sobre las orejas. Para hablar cómodamente se lo había puesto sobre la coronilla como un par de anteojos. Un pañuelo naranja rojizo le rodeaba el cuello.

Lucas miraba duramente a Aidan para que callase pero en verdad deseaba romper en carcajadas también él.

Geffroy se quitó el guante de la mano derecha, también blanco y con algunas plumas grises adosadas a la muñeca, y la tendió para saludar.

-¿Cómo está, profesor? –dijo Lucas.

Geffroy sonrió.

-Lucas Egmont... Pensarán que estoy loco, pero a estas grullas las he criado yo mismo. Eran sólo un puñado de aves perdidas y enfermas

cuando llegaron a mi clínica.

-Las guiará cuando llegue la época de migrar, ¿verdad?

-¡Exacto! ¡Qué inteligente eres, niño!

-Aidan Bell, mucho gusto.

-¡Lo mismo digo! –respondió complacido. Terminó su explicación: -Luego, durante el vuelo, una de ellas tomará la delantera y yo les diré adiós.

El doctor era extraño más allá de su disfraz. Parecía un chino delgado y con los ojos muy pequeños, pero su piel era blanca. Siempre, para evitar preguntas, aclaraba su genealogía:

-Mi madre era hindú, mi padre francés. Dios sabe cómo y dónde se conocieron y por qué eligieron este continente para vivir... ¡Por su calidad de extraordinario, supongo!... Vamos a entrar, amigos.

Lucas lo siguió hacia la explanada de la gran roca.

-Un momento –dijo Aidan-. Debo realizar un trabajo pendiente. Volveré en unas horas. Ustedes tendrán mucho que hablar.

Geffroy asintió, aunque ignoraba qué tipo de trabajo realizaría un niño como él. Lucas se sintió desamparado: ¿lo dejaría a solas con Geffroy? Había sido su profesor, pero ahora estaba diferente.

-Aidan, recuerda que nuestro tiempo es escaso –dijo, sin seguridad alguna.

-Ve, niño. Le mostraré las instalaciones a Lucas mientras tanto.

Subieron a la explanada y la roca se deslizó lateralmente franqueando el acceso. Lucas miró hacia atrás: Aidan Bell se había ido.

La cueva era enorme y natural, pero en algunos sitios se notaba el trabajo humano, en hierro y madera finamente tratados. Lucas comprendió enseguida la finalidad de esa construcción, gritos y sonidos de animales de toda especie llegaban desde las galerías.

-No te preocupes, no están sueltos –advirtió el profesor.

Menos mal, sentía que había ingresado a la espesa selva. Había agujeros naturales proveyendo aire y luz.

Geffroy caminó adelante. Se había quitado las patas y el pico, allí su

aspecto podría causar alboroto.

-¿Y cuál es el motivo de tu visita, hijo? –preguntó de pronto el doctor.

-Es un tema complicado. Esperaré el regreso de Aidan para describírselo con mayor claridad –dijo Lucas, pues en verdad él no comprendía aún hacia dónde se dirigían y qué necesitaban puntualmente pedirle a Geffroy.

-Está bien –aceptó el profesor, entrando a una cocina de grandes dimensiones. Lucas pudo ver recipientes de todos los tamaños y formas, grandes hornos y calderos. Había un sector con mesas e instrumentos que semejaban un laboratorio, allí prepararía los alimentos, vacunas y otras atenciones para los habitantes de aquel extraño zoo.

Geffroy abrió un armario y guardó los objetos que lo disfrazaban de grulla, también cambió su ropa por una chaqueta, pantalones amplios y pantuflas. Lucas alcanzó a volverse de espaldas para no verlo en ropa interior, pero esto a Geffroy no pareció preocuparle.

-Pero... -insistió, remarcando-, pienso que me has buscado por algún motivo importante, ¿te encuentras en algún asunto relacionado con la ciencia?

-Algo así.

-Bien... -contestó Geffroy, animado.

-Yo... siempre creí que era su alumno predilecto. Pensé que podría ayudarme –aclaró un poco Lucas.

-¡Y lo eras! Muy vivaz, indagabas sobre muchos temas, buscabas probables soluciones, nada veías imposible... Cuando comenzaste un día a hablar sobre los hábitats de los animales, que el hombre debería observarlos para imitarlos, me recordaste a tus padres...

-¿Qué? –saltó Lucas-. ¿Conoció a mis padres?

-Así es. Ellos... Adelaida y Lucas, eran dos jóvenes maravillosos, últimamente expedicionarios, pero en los años anteriores habían desarrollado mil disciplinas, mecánica, matemáticas, ciencias... Fueron radioaficionados, dibujantes, consejeros espirituales, profesores, escritores.

Lucas sintió la ansiedad de las preguntas que se agolpaban en su pecho. Pero temía las respuestas, estaba consciente de ello porque él nunca se

había atrevido a bucear en el pasado.

-Y... usted ¿sabe las circunstancias en que desaparecieron?

-Sólo lo que publicaron los medios, una versión que me pareció creíble. Ellos habían organizado esa expedición a las cuevas. Tu madre me lo había dicho en la última reunión que celebramos, en Machu Pichu. Manejaban la teoría de la existencia de una ciudad subterránea en el Ecuador, perfectamente conservada, que en el futuro podría significar la salvación para gran parte del planeta. Eran diez personas, ninguno regresó. Te llevaron a una institución, enseguida te adoptaron y me quedé tranquilo. Imagina el gran asombro que sentí al verte ingresar al colegio donde yo trabajaba.

-Sí... -dijo Lucas con tristeza. Sentía que le acababan de dar la noticia de la muerte de sus padres. Miró alrededor con desamparo, necesitaba que Aidan estuviese allí, y Dorina y su pequeña Liz.

-Piénsalo así -dijo Geffroy intentando un consuelo-: ellos se fueron siendo muy jóvenes, pero vivieron tan intensamente... Mira, ninguno de nosotros en nuestras largas vidas llegaremos a experimentar lo que ellos. Hicieron cumbre en el Himalaya, ¿lo sabías? Tu padre era inventor, creó una cámara autosustentable en la que vivieron seis días bajo el agua, en el océano.

-Yo nunca supe nada de eso -murmuró Lucas. De pronto sentía que le estaban otorgando una nueva identidad.

-¿Qué te contaron?

-Una mujer sola me adoptó, yo ya tenía tres años y los matrimonios preferían a los bebés. El mismo día que vino a conocerme hizo los trámites y me llevó con ella. Algunos años después me mostró una foto de mis padres y dijo que habían muerto en un viaje. Nada más.

-¿Te trató bien?

-Sí... Me hizo trabajar mucho. Ella poseía un pequeño campo, yo le ayudaba en las tareas, esperaba que fuese agricultor. Cuando cumplí los dieciocho reuní mis cosas y tomé el tren rumbo a la ciudad. Volví una vez pero ya era una anciana y estaba muy enojada conmigo.

-Una lástima.

-Yo guardo buenos sentimientos por ella, Geffroy, le estoy agradecido.

-Eres un buen muchacho.

-No lo sé. Tal vez pensó que iba a buscar a mis padres. Muchas veces soñé que ellos volvían de un largo viaje, estaban tan jóvenes y risueños como en aquella fotografía.

Geffroy carraspeó. Trató de ocuparse en la tarea de preparar alimento para los loros, que se volvían muy conversadores si a la hora indicada no aparecía con la comida. No pudo dejar de lamentarse.

-De todas maneras habían prometido que era la última expedición.

-¿Por qué?

-Sufrías mucho cuando ellos partían. Querían estar más tiempo contigo, esperar a que crecieses y pudieses acompañarlos.

Lucas se entristeció aún más. Geffroy echó diversas semillas en un recipiente y con un palo comenzó a mezclar.

-Anímate un poco, vamos. ¿Me ayudas?

Lucas se incorporó de mala gana. Cargó con los recipientes y se entretuvo alimentando a los animales. A pesar de todo pudo admirar la organización que había conseguido el profesor. En un pabellón todas las aves, desde águilas hasta pequeños colibríes en continuo aleteo, tucanetas y bulliciosas urracas. Más allá, las zancudas. En un pantano artificial estaban los temibles cocodrilos. En otro lugar los corrales de la familia cervidae, bien distinguida, porque no es lo mismo cuidar a un huemul que a un ciervo rojo, a un pudú que a un alce. Lucas, aunque su estado de ánimo era pésimo, comenzó mentalmente a atar cabos. Allí se hallaba aquella extraña lista que el profesor le hacía memorizar. Por ello Aidan Bell estaba interesado en Geffroy. Toda la cueva y el pequeño valle habían sido preparados para albergar estas especies. ¡Un arca! ¡Se trataba de un arca!

-¡Lucas! –gritó el profesor acercándose-. ¡Quita el dedo de esa jaula, puedes perderlo!

Lucas se sobresaltó y obedeció automáticamente, sacando el dedo que ya rozaba el puntiagudo pico del tucán. Estaba como hipnotizado.

-¡Oh, perdón, pensé que era una especie frugívora!

-Lo es, pero aquí en cautiverio le he enseñado a comer carne picada, es mucho más fácil que conseguir frutas frescas tropicales o insectos. A este le llamo Pilín, como los mexicanos. Es un macho solitario que está

condenado a extinguirse si no le encontramos compañía urgentemente.

Siguió estático frente a la jaula. El ave lo miraba también, torciendo un poco el cogote e inclinando el pico. Lucas comenzó a hablar, con la voz monocorde repitiendo una vieja lección.

-Esta especie forma parte de la familia de las Ranfastidas, Ramphastos, aves trepadoras con los dedos primero y cuarto hacia atrás, y al orden piciforme. Existen por lo menos cuarenta especies de pájaros del trópico americano, géneros propios de la fauna neotropical con caracteres sumamente peculiares que los hacen distinguirlos a primera vista.

Levantó la mirada: una jaula gigante que parecía colgar del techo de la caverna, pero estaba hecha en la roca, contenía diversidad de árboles y enredaderas gigantes entre las que se veían cantidad de aves similares.

-iSiempre admiré esa memoria tuya, muchacho! –exclamó Geffroy, asombrado.

Sin escucharlo Lucas caminó y se detuvo frente a otra jaula. Le llamó la atención su estructura artística, parecía un castillo hecho de alambre, con sus columnas al frente y sus capiteles tipo loto abiertos, y en la puerta una especie de puente levadizo que servía para llenar los recipientes con la comida y volver a introducirlos hasta el “patio” de la morada. Estaba pintada de blanco, su exquisitez debía estar acorde a la elegancia de sus habitantes. Allá arriba se veía una pareja de halcones, mientras tres polluelos andaban por allí picoteando y probando vuelos cortos.

-iHalcones, eh!

-Sí, fueron los primeros. Yo la construí, en casa. ¿Sabías que pueden vivir más de veinte años?

-Ahá. Y curiosamente la hembra es de mayor tamaño que los machos. Familia Falconidae, Pechirufos.

Se concentraron en ellos por un instante, deslumbrados por esas alas azuladas, el cuerpo y los muslos rojizos, la aristocrática cabeza negra y ese detalle blanco en el pecho.

-¿Qué les ocurrió?

-Los pesticidas inhibieron su capacidad de producir calcio, como resultado ponen un huevo con cáscara muy débil y se rompen -explicó el profesor, con un gesto ambiguo.

Lucas señaló el corral de los flamencos, ahora parecía exaltado.

-Los últimos se vieron en los canales fueguinos libres de hielo, pero vivían por toda la Patagonia. Orden de los Phoenicopteriformes. Son inconfundibles por su color rosáceo, el cuello largo en forma de S y el pico corvado con la punta negra. Las patas son largas y verdosas, los jóvenes se diferencian porque son grisáceos y tienen las patas oscuras. Su nombre vulgar es flamenco austral y cuando son adultos exteriormente no hay diferencias entre ambos sexos. Es gracioso verlos levantar el vuelo, porque son lentos y deben carretear sobre el agua.

Visualizó un largo corredor abierto en la roca y corrió hacia él. Detrás de unas gruesas rejas y bajo una cascada natural, saltando o descansando sobre las rocas, había una familia completa de osos panda. Lucas se aferró a las barras de la reja con fuerza.

-¡Dios mío! ¡Familia Ursidae! Pensé que ya no los vería vivos, Geffroy. A mi hija Liz le fascinan ¿cómo los consiguió?

El profesor se acercó lentamente, no estaba orgulloso sino cansado.

-Son los últimos. El macho ha perdido su capacidad para reproducirse, no se adaptó al cautiverio, las últimas tres crías que nacieron fueron hembras.

-¿Es probable que haya sido por un cambio en la alimentación?

-Tal vez, me fue imposible traer bambú, entonces mandé buscar caña de azúcar, y además aquí hay cantidad de roedores... He realizado contactos con un agente del gobierno chino, pero ellos también creen que se han extinguido.

Lucas se volvió hacia el profesor. Debía quitarse esa gran duda que lo estaba emocionando.

-Dígame, Geffroy: ¿es un arca, verdad? Como el arca bíblica, destinada a salvar las especies.

Geffroy lo esquivó y comenzó a caminar dando grandes zancadas. Buscaba cómo explicar una idea tan extravagante de manera que su ex alumno no lo tildase de viejo loco. Aún más, debía convencerlo de asociarse con él en la misión. Se paró frente al yagareté, que estaba dormitando bajo unas matas y cada tanto clavaba sus garras en un pequeño fardo de paja que al soltarlo salía rodando. Parecía un gato inofensivo despuntando el ocio. Sin interés levantó la cabeza y observó a los dos hombres con los ojos entrecerrados.

Lucas alcanzó al profesor, insistiendo:

-Vamos, profesor, si lo hizo para salvarlas y ahora resulta que estamos viviendo en el tiempo que, según mis cálculos, es el tiempo marcado...

-¡Yo no pensé que esto se convertiría en algo así, de estas dimensiones, muchacho! –explotó Geffroy-. ¿Puedes creer que ni siquiera lo sospeché? Primero fueron un par de aves, las llevé al laboratorio... luego otros...

Para él también había llegado la hora de dar un salto hacia adelante, tomar decisiones. A Lucas lo embargó la desazón. Habían hecho el viaje en vano. Este hombre no podría ayudarlos, al contrario, estaba a punto de escucharle decir...

-La aparición de ustedes fue providencial para mí. No sé cómo me encontraron, pero realmente lo agradezco.

Lucas terminó de redondear la idea:

-Porque si esto es un arca, ha sido construido para ser trasladado en el momento crítico a un lugar seguro. Y sospecho que ese momento se aproxima.

Geffroy se entregó.

-Está bien, me pillaste. ¿Qué cálculo has hecho?

-Un cálculo... es difícil explicar ahora... Yo... Siento un gran agotamiento, ¿sabe?

Geffroy se pegó en la cabeza con una mano.

-¡Oh, pero qué desconsiderado soy! ¡Sígueme por favor!

Lucas Egmont siguió a Geffroy a través de la caverna, caminando con lentitud, casi encorvándose hacia delante. El cansancio lo había asaltado como un depredador.

Subieron por una escalera corta hecha en la piedra y entraron a una amplia sala. En la puerta, con un toque de humor, Geffroy había colgado su placa profesional: "Dr. Daniel Geffroy, profesor en Biología y otras materias hasta ser despedido".

El lugar estaba limpio y contenía sólo lo necesario, cama, mesa y sillas y un mueble cerrado. Lucas alcanzó a ver en un rincón, sobre un pequeño escritorio, un viejo aparato de radiotelefonía.

Sin atender modales se arrojó sobre la cama y se durmió. Geffroy entrecerró aún más sus ojos como dos ranuras se alisó pensativo sus finos y largos bigotes de sabio.

-Que descanses, muchacho –murmuró, y enseguida salió pues tenía mucho quehacer.

Lucas durmió profundamente durante varias horas. A veces se sobresaltaba y creía estar despertando pues oía cercanas conversaciones. Calculaba que Aidan ya había regresado y discutía con Geffroy la solución de su problema. Esto lo hacía sentir bien y volvía a disfrutar del sueño reparador.

Pero Aidan aún estaba ocupado siendo el visitante furtivo en los sueños de aquel joven al que llamaban Papillon. Debía prepararlo para lo que vendría.

Lucas despertó y enseguida olió a café recién preparado. Por un instante se sintió en su hogar, que Dorina lo esperaba para el desayuno de todos los días. Pero no era así. Apenas se incorporó vio la espalda flaca de Geffroy sentado en su pequeño escritorio. Le hizo una seña con la mano.

-Allí tienes, come y bebe para recuperar fuerzas. Espero que hayas descansado, hijo.

-Sí, gracias –dijo Lucas, desentumeciéndose-. ¿El niño aún no regresó?

-No. Ya es plena noche.

Lucas salió de la cama y tomó asiento frente a la mesa. El aroma del café y los panecillos lo reconfortaron.

-Tengo un amigo que también manipula esos viejos aparatos de radio. Se llama José Del Río.

Geffroy se volvió simpáticamente y dijo aquello que lo sorprendió:

-Papillon.

-El mismo, sí... ¡Pero cómo es posible! –exclamó Lucas, en un tono demasiado alto.

Geffroy vino a sentarse frente a él.

-Comprenderás que no existen ya hoy en día muchos aficionados a esto –dijo-. Además, yo... fui varias veces a la cárcel. Perdí mi trabajo en las universidades, mi carrera se fue por la borda, ¿entiendes? En un momento comencé a decir cosas políticamente incorrectas. Fui detenido. ¡Y quién no

conoce a Papillon en las penitenciarías de Esmeralda! En aquellos días era un muchacho difícil, no trabajaba, su vida había perdido el rumbo. Contaba escasas pertenencias, entre ellas un equipo de radio.

-¿Usted sabía que trabajábamos juntos, en la misma empresa? –insistió Lucas, ahora desconfiado.

-No. Hace mucho que no se comunica. Tal vez el aparato se averió, o dejó de usarlo.

Lucas se tranquilizó juzgándose tonto. Era evidente que este hombre llevaba adelante un proyecto de grandes dimensiones, mayor y más importante que el suyo.

Habló, empezando por un lugar algo insólito.

-Papillon y yo estudiábamos los camalotes y el basamento de las islas en el Delta Esmeralda. Se nos había ocurrido una solución para los habitantes de las islas que sufrían constantes inundaciones y el deterioro de sus viviendas. Diseñábamos un prototipo de casa flotante construida con materiales del lugar. Era una idea aún, pero iniciamos estudios y mediciones. Entonces descubrimos que el nivel de las aguas subía, sin relación con las crecidas históricas del río. Subía desde el mar. Se lo comunicamos al directorio de la empresa y como respuesta nos trasladaron a otro sector. Nos dieron un ascenso y archivaron el caso. No pudimos hacer nada.

Hubo un gran silencio. Sólo el ruido nocturno de los animales en descanso. Geffroy se sirvió café parsimoniosamente.

-Esas personas debieron irse de las islas, ¿no? –murmuró.

-Seguramente –respondió Lucas con tristeza franca-, espero que sí...

Otro silencio. Geffroy se animó. Dio un golpe con el puño sobre la mesa.

-¡Ahora que mencionas casas! Ven, muchacho, te mostraré algo –dijo, levantándose y marchando sin esperarlo.

Lucas rápidamente lo siguió. Bajaron por una escalera y luego tomaron un pasillo recortado en la piedra, hasta una cueva pequeña, natural.

-¡Aquí está! –gritó Geffroy. Hacía años que no visitaba ese lugar, donde guardaba celosamente el pasado-. Es esta, una especie de escafandra gigante autónoma, funcionaba usando una campana de aire auxiliar. Les advertimos que estaban locos. Bajaron a veinte metros, ¡toda una hazaña!

¿Qué te parece?

Lucas se acercó al objeto que semejaba en verdad una escafandra de astronauta pero hermética, cubierta por una especie de globo aerostático desinflado. La casa submarina de sus padres.

-Pero, ¿cuánto duraron allá abajo?

-Uf, subieron a los seis días. Y por lo que alcanzamos a ver con las cámaras de vídeo, es muy probable que allí te hayan engendrado, muchacho! -dijo Geffroy, riendo de buena gana y dándole palmadas en la espalda.

Lucas estaba demudado, indeciso entre maravillarse o echarse a llorar. Comprendía que el profesor trataba de animarlo y convencerlo de que era el hombre apropiado para enfrentar lo que fuese que les esperaba.

-¿Y cómo la introdujeron en esta cueva? -preguntó.

-Ah, esa roca enorme da directamente al valle.

-Otra deslizante.

-No, es un mecanismo hidráulico. Fue difícil instalarlo.

-¿Cómo es que hizo todo esto, Geffroy? ¿Quién le ayudó?

-Fundaciones, gente interesada, un gobierno, la providencia... -dijo el profesor abriendo los brazos-. Qué se yo... Y aquí me encuentras, custodiando un arca, tienes razón es un arca, con especies ya extinguidas allá afuera, esperando una señal para iniciar la gran migración!

Aidan le había avisado: deberían tomar decisiones cuando hallasen a Geffroy. Y bien, allí estaba evidente la nueva situación.

-¿La gran...? Geffroy... -comenzó, titubeando-, yo... aún no le expliqué mi problema... Cuando venga Aidan lo verá claramente, yo... no puedo.

-¡Tengo una idea! -cortó Geffroy-. Intentemos comunicarnos con su amigo Papillon.

A Lucas no se le había ocurrido tal cosa, utilizar ese viejo sistema de radio. Aceptó, sin olvidar las aclaraciones que aún quedaban por hacer.

Volvieron a la habitación del profesor. En la puerta los esperaba Aidan Bell, con un mohín gracioso en el rostro. Lucas sintió franca alegría.

-¡Aidan! –exclamó-. ¡Te esperábamos!

-Adelante, niño –dijo Geffroy-, hay café y algunas galletas.

-¡Gracias! –respondió Aidan, entrando con ellos.

Los tres rodearon la mesa. El niño habló:

-Contacté al señor Del Río, alias Papillon. Puede ser de gran ayuda, pero por ahora está muy preocupado en sus asuntos: ya iniciaron la evacuación de la ciudad.

El silencio que se hizo significaba muchas cosas. Para cada uno de ellos era una noticia determinante.

-¡Vaya! –exclamó Geffroy-, deben haber traído un equipo sofisticado, están con la información del día.

Lucas sonrió.

-Ningún equipo, profesor, ya le explicaremos.

-Existe un libro –empezó Aidan, yendo al grano y tomando una galleta, - debemos reconstruirlo. ¿Usted podría ayudarnos?

-¿Qué libro es ese? –preguntó el profesor.

-El Libro del Destino.

-¡Rayos! –gritó el profesor-. Pero ese libro es sólo una leyenda.

-No. Existe. Él lo vio –respondió Aidan-. Y lo leyó.

Geffroy hizo un gesto incrédulo. Lucas asintió.

-Debo restaurarlo, no sé cómo.

El profesor pensó unos instantes.

-Depende del factor que lo haya destruido –dijo-. Hay materiales que pueden imitarse.

-Fue incendiado –cortó Lucas, que deseaba saber pronto si habían hallado por fin la solución.

Geffroy movió la cabeza en gesto desalentador.

-Entonces no, amigos. Es imposible reconstruir desde las cenizas con métodos sólo y puramente científicos. Lo siento.

Lucas puso el rostro entre las manos. Aidan no perdió su calma infantil. Dijo:

-Está bien, profesor, no se lamente. Pensábamos que lograríamos un acuerdo de ayuda mutua: si usted podía ayudarnos a recuperar el libro nosotros colaborábamos en el traslado del arca a un sitio seguro. Deberemos continuar, entonces.

Lucas anotó mentalmente esa perspicacia de Aidan. Levantó la cabeza expectante. Él no debía alejarse de ese niño, era el único que podía llevarlo a salvo junto a su familia.

El profesor Geffroy se vio obligado a discurrir rápidamente una salida. De otra forma esos dos providenciales muchachos en los que veía capacidades óptimas se marcharían en unos minutos. Quedaría solo con esos animales esperando el fin. Aunque no los engañaría, él había logrado muchos adelantos en su laboratorio, pero desde las cenizas, como el Fénix... no. A menos que... Allí, en su vasta memoria asomó un dato importantísimo y lo refirió de inmediato:

-Existe un hombre que en su juventud fue un colega científico, pero luego se le dio por las artes mágicas. Compartíamos un círculo de amistades con intereses afines. De pronto un día anunció que se iba en un largo viaje. No volvimos a verlo. Uno de sus amigos más cercanos nos informó que había fallecido en un incendio. Vivía en Norteamérica pero había recorrido el mundo estudiando y desarrollando sus artes mágicas con el fuego. Obtenía su sustento con la adivinación y curaciones. Le llamábamos El Licnomante.

Aidan y Lucas intercambiaron miradas neutras.

-¿El Licnomante? –murmuró Aidan.

-Usted dijo “existe” al referirse a él. ¿Vive aún? –preguntó Lucas.

-Vive, de una forma que no sabría explicarte, muchacho. Pero podemos encontrarlo.

-¿Y por qué cree que nos ayudaría? –insistió Lucas.

-Esta persona que lo conoció más que nosotros, nos dijo que últimamente había logrado grandes avances. Que se entregaba a largas meditaciones y en el punto de mayor concentración lograba que todo a su alrededor se incendiase. Y así continuaba durante días en ese estado, envuelto,

alimentándose de las llamas.

Lucas sintió la ansiedad.

-¿Entonces?

-Se dice que luego de este trance él se quedaba con las cenizas. Pensaba que esas cosas purificadas por el fuego volverían a tener vida.

-¿Guardaba los objetos que habían sido quemados? –preguntó Aidan vivazmente.

-Exacto. Se dice que actualmente atesora todo aquello que ha sido incendiado para una posterior... recreación –dijo el profesor, eligiendo las palabras que mejor lo explicasen.

-¿Dónde lo encontraremos? –preguntó Aidan.

-Tiene su morada en la región de los volcanes, hacia el Noroeste. Son algunos días de marcha. Mi caravana debe en principio marchar hacia allí.

-¡Compro! –gritó Lucas, loco de alegría, levantó los puños-. ¡Compro esta historia! Yo sabía que encontraríamos una solución.

Geffroy, sorprendido, echó a reír.

-Bueno, es un camino...

-¡Preparémonos para la travesía, profesor! –dijo Lucas muy entusiasmado.

-¡Está bien, muchacho! ¡Andando!

Viéndolos así, alegres y seguros, Aidan no quiso intervenir y desmoralizarlos. Permaneció callado. Sabía que aquel hombre, El Licnomante, era el otro Cancerbero del Señor de los Sueños. El y Oniro estaban en lucha continua para congraciarse y acercarse al Señor. En vista de los resultados del último encuentro con Oniro, Aidan imaginaba que la entrevista con el Licnomante no sería menos.

* * *

Capítulo VII

La gran migración

Primero marcharon los mamíferos herbívoros. Iban sueltos. El profesor Geffroy se movía entre ellos como un animal más, pero inteligente. Lucas creyó en algún momento haberle oído decir “Ey, ustedes, muévanse” a un par de cebras que molestaban el paso de los antílopes. Familia de los bóvidos –memorizó Lucas-, los antílopes se diferencian de los ciervos porque poseen los cuernos huecos. También había ciervos. Y guanacos, cuyo nombre viene de la palabra quechua wanaku, formando un pequeño grupo que se mantenía inmóvil en un gesto de esbeltez maravillosa. El corpulento huemul estaba solo, era el último de su especie. Entre ellos sobresalía con todo su cuello la jirafa, que viajaba con su cría. Adelante saltaban los canguros, parecían un poco locos. Y luego iban mezclados dos rinocerontes marchando muy lento y un jabalí que parecía enfermo. Aidan Bell se había trepado a un elefante y desde allí gritaba y daba órdenes. Ciertamente él estaba viendo maravillas.

Por su gran porte o por ser muy pequeños, por ejemplo: los osos panda y los koala, algunas especies deberían viajar en sus respectivas grandes y pequeñas jaulas. Igual destino para el orangután y los conejos.

Geffroy llevaba una estricta organización y dirección. Los omnívoros, que se alimentaban tanto de hierbas como de carne, conformaban otra escala en la cadena alimentaria, entonces debían estar apartados de aquellos que podrían ser su alimento. La caravana llevaba dos vehículos de motor, camiones-jaula con sus respectivos acoples con divisores adecuados y varios carros con tracción a sangre. Los caballos, que era la especie más abundante, tiraban aquellos donde iban las jaulas con las aves de corral y otras exóticas, desde gallinetas chicas, patos de varias clases y gansos, hasta cormoranes, y pájaros de todo plumaje como el carpintero, el cardenal amarillo y el tordo. Geffroy había marcado algunas postas donde dejaría en libertad a los nobles caballos y los reemplazaría por mulas, que sabían cómo trepar mejor los caminos de montaña.

Al amanecer del primer día la gran migración comenzó con el espectáculo formidable de las grullas. Guiadas por el profesor –perfectamente camuflado-, iniciaron el viaje hacia un lugar más amable para sus fines reproductivos y expectativas de subsistencia. Las grullas, sencillamente, necesitaban tranquilidad, un hogar apacible. Los ruidos y la industrialización contaminaron los entornos que eran su hábitat y los cables de alta tensión cortaron sus vuelos migratorios. Aidan y Lucas quedaron largo rato mirando el horizonte hasta que la bandada bulliciosa se transformó en una mancha irregular en la lejanía. A Lucas le dieron muchos deseos de poder volar también, pues los animales se dirigían

hacia el norte, donde estaban sus seres queridos. Por la tarde volvió Geffroy, de a caballo, muy contento: naturalmente uno de los animales había tomado el puesto de guía y las grullas continuaron perfectamente sin él. Hubo risas, una rica comida y el mejor ánimo. Les esperaba una tarea fabulosa.

En la noche, junto a las piedras cubiertas de musgo recibiendo la espuma de las olas, Lucas y Aidan miraban la superficie del mar como si esperasen respuestas acerca del futuro que les deparaba esa travesía. El agua proyectaba reflejos brillantes. Algunos animales que merodeaban sueltos se acercaban. Geffroy, agotado, descansaba en su tienda. Aidan sintió que debía informar a Lucas. En definitiva la marcha atrás era imposible.

-Has estado todo el día muy serio, Aidan –comenzó Lucas.

-Es un asunto serio, ¿no crees? –respondió el niño.

Tomaron asiento sobre unas rocas. Algunas aves curiosas picoteaban en la orilla, a su alrededor.

-Sí –respondió Lucas-. Estoy preocupado por estos animales, no concuerdo con Geffroy de llevarlos sueltos, podrían escapar, o atacarnos.

-No temas –dijo Aidan, en ese tono que Lucas le había escuchado en otras ocasiones.

-Pero, ¿por qué venir hasta la costa? Damos un rodeo que nos retrasará...

-El profesor Geffroy piensa que en este lugar los animales “entenderán” lo que ocurre. Su instinto les “explicará” la situación y lo seguirán mansamente.

Lucas no estaba de acuerdo.

-¡También podrían huir despavoridos! O ponerse agresivos. Yo por lo pronto llevo el látigo y la pistola anestésica que me proveyó.

-Como desees –respondió el niño-, pero recuerda que si portas un arma la ocasión de usarla se presentará.

-Me tranquilizaría saber... -suspiró Lucas-. ¿Adónde vamos? por ejemplo.

-Existe una ciudad subterránea, unida a otras por túneles y galerías formando un sistema intraterrestre.

-¿Ciudades bajo tierra?

-Así es. Son refugios, se utilizan en última instancia.

-¿Y cómo es su nombre?

-Tangram.

-¿Tangram, como el juego chino?

-Ahá. Está perfectamente subdividida en siete formas geométricas. Quienes la hallaron le pusieron ese nombre porque cada parte puede rotar en el lugar formando figuras. Se desconoce cómo es que esto sucede.

-¿Rota bajo la tierra? –preguntó Lucas, bastante escéptico.

-Así es. Se encuentra en un mar interior, y la amplitud de la caverna es tal que allí podría volar un helicóptero sin problemas.

-Has dicho ciudad. ¿Hay edificaciones, personas?

-Habrá gente. Y en las orillas de ese gran mar interior soltarán a los animales.

-He oído hablar de ciudades subterráneas, pero nunca fueron encontradas –murmuró Lucas, mostrando algo de erudición.

-Afortunadamente. Esta es una de ellas –explicó Aidan-, es secreta y está aquí, en los Andes Meridionales. Su entrada se encuentra a unos 800 metros de altura, es custodiada por una tribu indígena belicosa.

-¿Qué, guerreros? –exclamó Lucas- ¿Y nosotros vamos hacia allí?

Aidan sonrió.

-Ellos saben que llegará un hombre, un viejo acompañado por miles de animales exóticos. Esperan este momento desde hace siglos, lo dicen sus profecías. Cuando aparezca lo dejarán entrar, lo acompañarán y le ayudarán. Nosotros seguiremos nuestro camino.

Lucas arrojó una piedra al mar que al caer produjo un sonido dulce.

-¿Y tú has visto esa ciudad? –preguntó.

-Sí.

Lucas arrojó otra piedra.

-¿En última instancia, has dicho?

-Ahá –dijo el niño.

-Allí es donde todo vuelve a empezar, ¿verdad?

-Es la idea.

Lucas tomó otra piedra y le dio vueltas en su mano.

-Digo yo: el mundo está en peligro ¿y a ti te envían a salvarme, a mi?

Aidan se levantó y comenzó a andar hacia el campamento. El aire se helaba. Había muchos animales desacostumbrados a dormir a la intemperie.

-Vamos a descansar un poco –dijo.

Lucas lo siguió pero quiso respuestas.

-Respóndeme.

-Es que no has preguntado –dijo Aidan-, pues tu pregunta debería ser “¿Por qué?”. ¿Por qué priorizar la vida de un hombre cuando el mundo todo corre peligro?

-¿Y bien...?

-Debo ajustarme a las órdenes.

-¿De quién recibes órdenes, niño? –insistió Lucas.

-No puedo decirte eso –explicó Aidan-. Pero debes saber que nadie ni nada es más grande o importante que otra persona o cosa, en este mundo lo microscópico es tan importante como lo enorme, todo es tan importante como uno. No haber comprendido eso ha hecho equivocarse a la humanidad.

En el campamento se metieron en sendas camas, mirando las estrellas. Lucas tuvo una pregunta más, pues siempre antes de dormir le daba un beso a su pequeña Liz.

-¿Crees que El Licnomante guarde las cenizas de mi casa?

No escuchó ninguna respuesta. Aidan se había dormido.

El itinerario del profesor no era caprichoso: además de organizar y cuidar su arca exótica se había encargado de recorrer los alrededores descubriendo y cuidando especies en peligro, manteniéndolas en sus hábitats. Durante la marcha se detuvo en varias oportunidades para controlar por última vez y de alguna manera despedirse.

Estuvieron en un hermoso lago formado en una meseta basáltica viendo a los atractivos zambullidores. Geffroy se divirtió como un niño y pensó probar la memoria de su discípulo. Pero Lucas no le permitió pensar preguntas:

-Macaes, somormujos... son una especie cosmopolita –describió-, de la familia podicipedidae. Buenos buceadores, machos y hembras se diferencian en el plumaje sólo en la época de reproducción.

-Son una de las aves más antiguas, ¿sabes? –comentó el profesor-. Ellas no migrarán.

En otra zona árida pero fertilizada por un hilo sibilante de agua encontraron un grupo de choiques y avutardas, entre los matorrales creyeron ver una liebre. El paisaje les llenaba los ojos y el alma de belleza. Lucas se preguntaba si se debía a un estado de especial sensibilidad, pero cuando el sol se escondía entre los cerros lo conmovía al punto del llanto.

Con Geffroy continuaban el desafío de los conocimientos, un poco para entretenerse y como un acto de justicia: allí estaban ellos, en nombre de todos los hombres, ofreciéndoles su cuidado, admiración y celebrando su existencia.

-Es una de las especies que más nombres tiene... -señaló Lucas, bajo la mirada mansa de un choique joven-... Ñandú, choique, ammanik, suri, mañik, avestruz americano, oóiu...

-Es verdad –aceptó Geffroy-, en las historias indígenas toman varios nombres... Todos estos animales fueron bautizados y rebautizados, confundidos, perseguidos, maltratados... Pero ellos pertenecen a este lugar, hace mucho tiempo que están aquí, son el paisaje... ¿Cuándo podremos ser nosotros lo mismo?

-Eso no será posible –argumentó Lucas-. Somos depredadores, profesor, no hemos dejado especie sin probar. Y las que no nos gustaron para comer o interesaron como negocio, las matamos por diversión, las disecamos como pasatiempo.

Callaron. Era preferible el silencio. Lucas abrió los brazos, la belleza era tal que parecía al alcance de las manos. Geffroy revisaba con sus binoculares.

-¡Mira! –exclamó-, un martín pescador.

Lucas tomó los binoculares y miró.

-Alcedo atthis, de la familia Alcedinidae –recitó Lucas-, cabeza y alas azules con destellos verde-metálico, la panza color naranja y en la zona de la garganta y orejas es blanco.

-¿Sabías que excavan una galería de casi un metro donde colocan los huevos? El macho y la hembra hacen todo ese trabajo, si tienen suerte encuentran un nido abandonado y lo modifican –comentó Geffroy.

Lucas asintió. Esos pájaros diseñaban sus propios hogares, como el hornero, como él mismo... A pesar de esas distracciones su preocupación iba en aumento. ¿Cómo sería reconstruir algo desde las cenizas? ¿Cómo lograrían que El Licnomante accediese a realizar tal trabajo para ellos? Caminaba junto al elefante que llevaba Aidan y trataba de hablar sobre sus inquietudes, que el niño le diese noticias tranquilizadoras. Hasta el momento lo alegraba que hubiese contactado a Papillon, pero ¿cómo diablos podría ayudarlos su amigo desconociendo todo lo sucedido? Aidan reía y contestaba con evasivas.

-Vamos, riéte un poco, le he puesto nombre, ¿sabes? –dijo palpando la cabeza del elefante.

-¿Y cuál es? –preguntó Lucas, que esperaba no se le ocurriese ponerle nombre a todos los animales que llevaban.

-Ele –respondió Aidan.

-¡Vaya, qué original! –se burló Lucas-. Ele, elefante...

-Pero ellos no saben que le hemos puesto ese nombre a su especie, y como para mi es único entre miles, puedo identificarlo así –explicó el niño.

-No es un argumento muy contundente –siguió Lucas.

-No tiene que serlo –rió Aidan-. Mira, si yo digo la palabra “mujer”, ¿en quién piensas?

-En Dorina –respondió Lucas rápidamente.

-¿Ves? Porque ella es única para ti. Si digo "perro"...

-¡Zeta! Mi perro... -recordó Lucas, entristeciéndose.

-Perdón...-dijo el niño-, era un ejemplo.

Lucas quiso seguir hablando pero el elefante se alejó, tocaba la hora de la comida. Entonces Lucas recordó su tarea de preparar los comederos, llenar los cubos de agua, mezclar semillas... y se concentró en ese trabajo.

Durante el segundo día se les presentó una situación nueva. El conflicto puso a los tres en crisis y arriesgó la caravana del profesor y la misión del niño. El camino que seguían no se ajustaba a una carretera o línea o accidente geográfico. Geffroy había marcado en su mapa por donde irían y ellos no se opusieron, respetaban el trabajo que el profesor había preparado durante años. Así que marchaban, como se dice, "cruzando campo". Tarde o temprano hallarían intersecciones con rutas y caminos.

Y así sucedió. Pero allí –en una zona que usualmente era desértica- había gran cantidad de gente, unas cien personas entre hombres, mujeres y niños, acampando y deambulando. Habían hecho una especie de medialuna con los vehículos y allí estaban, asombrados con la aparición de semejante caravana.

Dos hombres se adelantaron para hablar, Lucas y Aidan llegaron rápidamente. Uno de ellos era de piel cetrina y macizo, el otro un muchacho delgado, de voz aguda y muy irascible. Esas personas se habían marchado de una pequeña ciudad puerto ubicada en la costa debido a las grandes olas que la azotaban, de manera que ya era imposible mantener las casas en pie. No demasiado previsores, llevaron escaso alimento y agua y a poco de andar los vehículos se estropearon y acabaron el combustible. El clima riguroso los estaba castigando más fuerte que en sus hogares. Llamaron a la gendarmería pidiendo auxilio pero nadie apareció en tres días. Estaban hambrientos, sobre todo los niños. Fueron breves y claras las palabras del hombrecillo delgado. Aidan se apeó del elefante. Lucas miró a Geffroy, quien debía tener una respuesta.

-Encontramos un lago, pero sabemos que el agua no es apta para beber –explicó el hombre macizo.

-Es verdad, poseen un alto contenido iónico –respondió Geffroy-. Un momento.

Geffroy fue hasta su camión y volvió con un mapa. El hombre macizo caminó hasta el campamento y trajo una mesa de plástico. Geffroy desplegó el mapa, los otros lo rodearon.

-Hay un lago, y otro aquí y aquí... -señaló el doctor.-. Deben llegar a esa zona, muy cerca hay una ciudad que se llama Gregores, allí los ayudarán, deben seguir por este camino unos 12 kilómetros hasta la intersección con la otra carretera.

-Pero, profesor... -lo interrumpió Lucas.

-¡Acaso piensa que podremos ir caminando hasta allí! ¡En el estado en que estamos! -explotó el hombre pequeño.

-Eso quería explicar... -dijo Lucas.

-No entiendo, Lucas, no veo qué solución podemos darle a esta gente -dijo Geffroy.

El hombre macizo habló, bajo pero en tono amenazante:

-Somos ciento catorce personas... Hace dos días que no probamos bocado, ¡y ustedes se presentan con dos camiones y varios carros repletos de animales! Piense.

-¡No sacrificaré a estos animales! ¡Son especies en extinción! -se negó Geffroy.

-¡Nosotros también! -gritó el hombre pequeño.

La gente hizo un movimiento para acercarse a ellos, todos juntos.

-¡Alto, deténganse! -gritó Lucas, sacando la pistola anestésica. Se parecía mucho a un revólver de gran tamaño, los demás se detuvieron.

-¿Qué vas a hacer, matar a cien personas? -le gritó el profesor.

-¡No lo sé, dígame usted! -respondió Lucas, furioso, a todos-. ¡Díganme ustedes qué hacer!

Aidan Bell había permanecido callado y con la mirada en el suelo. Consideraba hasta qué punto podría intervenir en esa cuestión. Tal vez sólo con alguna idea.

-¿Puedo decir algo? -dijo, levantando sus manos.

Todos miraron al niño. Aidan no esperó que le otorgaran ese permiso.

-Tenemos hambre, es normal. Pero en vez de alimentarnos con animales en peligro de extinción, ¿por qué no alimentarnos con animales que NO están en extinción?

Lo miraban, y lo atendían como si fuese un santo aparecido. Aidan continuó:

-Acabamos de pasar por una estancia, tal vez no haya vacas, pero sí corderos o algún jabalí. Podremos tomar los caballos para ir a buscarlos. Mientras tanto el profesor puede proveerlos de leche y alimento para los niños. Luego les dejaremos el tanque de cien litros de agua, eso alcanzará para un día más, mientras tanto algunos de ustedes pueden ir hasta la intersección de las carreteras a pedir ayuda.

Geffroy asintió, Lucas guardó el arma, un suspiro de alivio se escuchó en todos los presentes. Aidan sonrió.

Y así fue como en algunas horas el campamento se hizo mucho más grande. La gente comió y bebió y algunos cantaron. Geffroy les hizo ver las especies a los niños y se entretuvieron con los animales como si les hubiesen traído un zoológico para ellos.

Una mujer que tenía varios niños llamó Aidan y le hizo probarse un pantalón que le holgaba un poco, pero el niño igual lo usó. Lucas los observó pensando cuántas bendiciones recibiría aquella mujer por este gesto.

Al día siguiente los dos campamentos se levantaron. Cada uno se dirigió a su destino.

* * *

Capítulo VIII

El Licnomante

Medianoche. Una hora llena de desventajas. Es difícil imaginar lo bueno entre las sombras. Mientras en las ciudades la noche corre sobre los campanarios y acaricia la pompa de los árboles, en un lugar lejano que nadie se atrevería a presumir ocurren los hechos. Vestido de negro y en la oscuridad, Oniro aguarda junto al gran caldero cuyo fuego será encendido inminentemente. Ha viajado mucho entre bosques y montañas, ha

cruzado marismas y lagos de fuego calcinante. Todo para entrevistarse con su más ambicioso rival, el Licnomante. Mientras espera puede observar la obra que ha realizado: la caverna exquisitamente tallada en la roca con motivos relacionando la historia de Hefesto, el dios del fuego. Era una verdadera obra maestra grabada en las paredes circulares de la estancia principal. Oniro se entretuvo llevado por el hilo de la leyenda conocida: Hefesto fue engendrado por Hera, quien al verlo feo lo arrojó del Olimpo. Le daba vergüenza que los demás dioses lo vieran tan horrible. Fue rescatado y criado por dos diosas del mar, Tetis y Eurínome en la isla de Lemnos y allí se convirtió en maestro artesano.

Oniro caminó siguiendo el hilo de la historia, allí estaba Hefesto fabricando armas y tronos para los dioses, siendo él mismo un dios. Estaban sus creaciones: las castañuelas de bronce de Heracles, el carro de Helios, el arco y las flechas de Eros, la coraza de Hades, el casco y las sandalias aladas de Hermes, la égida de Zeus, el famoso cinturón de Afrodita, la armadura de Aquiles, el cetro de Agamenón, el collar que regaló a Harmonía... Y más allá se lo ve abriéndole la cabeza a Zeus para liberar a su hermana Atenea. Oniro se detuvo un poco en aquel cuadro más dramático aún que muestra a Hefesto en la fragua construyendo su venganza: el trono mágico con que atrapará a su madre. Oniro estaba arribando al final, cuando Hefesto es llevado de nuevo al Olimpo y a cambio de la liberación de su madre pide casarse con la más hermosa, Afrodita, entonces comienza a sentir el calor envolviéndolo como un poderoso abrazo. Todo se iluminó de un color amarillo rojizo: El Licnomante salía a recibirlo.

El Licnomante ahora es un ser de fuego. Si bien guarda de su vida humana su aspecto, cualquier sobresalto en su ánimo lo hacen ver con un resplandor brillante. Cuando ríe o se irrita despiden un calor insoportable, también puede incendiar todo lo que toca, crear flamas poderosas y dirigirlas donde desee. En el gran caldero se producía más fuego, de él se alimentaba.

Oniro sonrió, ahora todo dependía de su genio y locuacidad, pues había comprobado que todas las vías de escape, enormes balcones con sus capiteles dorados, daban al continuo incendio. De allí sólo se marcharía ileso con la venia del anfitrión.

-¡Vaya! –exclamó a modo de saludo cordial-. Francamente imaginé que preferirías a Prometeo, quien robó el fuego del Olimpo para que la humanidad pudiese sobrevivir.

-¿Has venido a hablar de mitología griega? –inquirió El Licnomante.

Oniro lanzó una carcajada y se acercó todo lo que pudo, el calor era

apenas soportable.

-Claro que no, pero quiero decirte que estoy asombrado por la belleza de tu casa –dijo Oniro, con sinceridad.

El Licnomante aceptó el comentario inclinando la cabeza. Estaba desorientado. Generalmente las visitas de Oniro venían acompañadas de engaños, agresiones y propuestas oscuras.

-Esta casa –dijo, con orgullo- es una roca volcanoclástica del periodo jurásico.

Oniro mostró su asombro haciendo un gesto amplio con los brazos.

-¡Bellísima! Digna de ti.

Observaron los dibujos tallados.

-Hefesto me parece más cercano a la experiencia humana, más carnal –explicó El Licnomante, aceptando el son de paz.

-¡Oh, por supuesto! Un dios cojo y feo, rechazado... Mi venganza hubiese sido aleccionadora. Sin embargo él se contentó con la muchacha bonita –comentó Oniro.

-... Que luego acabó engañándolo... –terminó El Licnomante, satisfecho con el comienzo amable-. Es un final muy mundano, me gusta.

-Ah, la humanidad... –suspiró Oniro-, ¿cuándo se iluminará?

-Pronto. El tiempo se acerca.

-Eso dicen, pero sabes, se habla tanto... Hay demasiada confusión –dijo Oniro, yendo hacia el tema que le interesaba tratar-. La gente no distingue ya lo que es sueño o realidad...

-Sospecho que hablas de alguien en particular –dijo El Licnomante. Estaba al tanto de todo lo sucedido con el Libro del Destino.

-Ese joven, Lucas Egmont, debes cuidarte de él –murmuró Oniro-. He venido a advertirte.

Luego de un silencio El Licnomante comenzó a reír. Oniro sintió que su gruesa capa negra se derretía.

-¡Tú, advertirme! –El Licnomante lo rodeó con sus flamas, acercándose-.

¿Y a qué se debe semejante gesto noble de tu parte?

-¡Alto, alto, cálmate! –pidió Oniro, aflautando su voz.

El Licnomante se retiró un poco. El incendio se apagó. En definitiva probablemente Oniro tenía razón, debía preocuparlo la presencia de un nuevo joven soñador en las inmediaciones del Templo del Señor de los Sueños.

-Por eso no te aburres, Oniro –dijo-, existes desde la aparición del hombre y siempre te las arreglas para crear problemas.

Oniro se acomodó la vestimenta y se alejó prudencialmente.

-Tú lo has dicho –aceptó, como si recibiese el mejor cumplido-, por eso, porque existo desde el principio y siempre estaré allí.

-¿Qué te hace pensar eso? –inquirió El Licnomante-. ¿Por qué te crees imprescindible?

-Por una cuestión de equilibrio –respondió Oniro con naturalidad-. Nada es completamente bueno ni perfecto, ni en los sueños. Todo necesita un opuesto para justificar su existencia, la luz necesita la oscuridad, lo hermoso lo feo, lo bueno lo malo, y así...

-Entonces, ¿por qué el Señor me recibió a mí? Mi presencia resulta superflua.

-No –explicó Oniro, recuperando algo de autoridad-, como has dicho, conoces la naturaleza humana, serás necesario en los tiempos venideros. Pero mientras tanto el Señor podría elegir un mejor candidato que tú.

-¿Lucas Egmont?

-Ahá –murmuró Oniro, henchido de satisfacción, pues había logrado inquietarlo-. Está experimentando con las aguas. Imagina: si logra poder y quisiera enfrentarte tu flama se apagaría. Está instruyéndolo un maestro muy eficaz.

-¿Quién? –preguntó El Licnomante, ya con el ceño fruncido.

-Aidan Bell.

¡Rayos! ¿Cómo había logrado tal cosa? ¿Qué pretendía?

-Yo creo...-comenzó Oniro-. Es mi humilde opinión...

-¡Cállate! –bramó El Licnomante, su cuerpo brilló como una llamarada-, tú no eres humilde, Oniro. Has venido con esta información para conseguir algún trato, te conozco, dime cuál es ya mismo o saldrás de aquí hecho una gran tea encendida.

Oniro levantó las manos con un gesto sumiso.

-Ningún trato. Tú y yo somos los porteros del Templo, creo que debemos cuidarnos las espaldas, nada más.

Hubo un silencio. Se oía solamente la irrupción de la lava volcánica por los túneles subterráneos, buscando la salida. El Licnomante no entendía completamente la actitud de Oniro. No era bueno, no protegía a nadie, no respetaba esos códigos que ahora esgrimía.

-Solamente quisiera pedirte un favor... -dijo Oniro, con una timidez sobreactuada.

-Oh, aquí vienes, adelante –respondió el otro-. Lo sabía.

-Déjame ver tu Museo de las Cenizas –pidió Oniro suavemente.

El Licnomante explotó, hizo erupción. Todo el lugar se incendió, Oniro cayó, ya sin capa, intentando alguna magia para guarecerse de esa furia incendiaria.

-¡Acaso crees que soy tonto! –gritó El Licnomante, y de su boca salían llamaradas-. ¿Quieres asegurarte de que las cenizas del Libro están aquí? ¿Quieres desaparecer las evidencias?

-¡No, no, detente! –pidió Oniro, tratando de llegar al muro de los dioses tallados. El tenía la habilidad de materializar lo que tocaba y quizás... Eurínome era la diosa que estaba representada con torso de mujer y cola de pez. Oniro alcanzó a tocar la cola, sentir las escamas... y la estancia recibió una oleada de agua mar, muy fría, que dejó impertérrito a su rival. Las llamas retrocedieron y el aire se renovó, levantando finas humaredas. Oniro aprovechó el momento y corrió a materializar y colocarse la armadura de Aquiles.

Se plantó con una sonrisa irónica.

-¿Comprendes ahora el peligro que corres, amigo? –dijo.

El Licnomante chapoteó en el agua.

-¿Quieres llevarte las cenizas del Libro? –preguntó.

Oniro asintió con la compasión del vencedor. Pero El Licnomante multiplicó su furia. Toda la montaña pareció recalentarse.

-¿Y qué piensas hacer para lograrlo, eh? –gritó. Una nueva lengua de fuego vaporizó el agua formando brumas.

Oniro rebotó contra los muros una y otra vez. Alcanzó a poner sus manos sobre las sandalias aladas de Hermes y huyó hacia arriba, volando por un conducto que había descubierto al entrar, algunos segundos más adelante que la lava ardiente. Cayó en medio del bosque, con sus ropas aún incendiadas. Enseguida acudieron Leonardo y Marco Polo, a poner paños fríos y ayudarlo a regresar a La Quinta Esquina, donde había decidido establecer su templo. Los dos ayudantes se veían muy contrariados: estaban hartos de las bravuconerías del amo.

-No hagas el mal... -empezó uno.

-Y el mal no existirá –terminó el otro.

-Una frase muy conocida... -dijo uno.

-Por unos pocos atendida... -dijo el otro.

-¡A callar! –gritó Oniro-. ¡Leonardo, Marco Polo!

Al nombrarlos los dos hombres tomaron forma de aquellas aves maravillosas y volaron al infinito. Oniro necesitaría unos días para recuperarse, pero estaba satisfecho: había sembrado la semilla oscura en el mago del fuego.

Mientras, El Licnomante caminaba en su casa de un lado a otro, pensando, envuelto en llamas. Se dirigió hacia una galería hecha en la piedra que contenía miles de pequeñas vasijas alineadas en el suelo. Caminó entre ellas, calculó, contó sus pasos como si estuviese en un laberinto y al final se detuvo ante una. Se inclinó: en la tapa tenía grabada la letra D. Pensó en la situación extraña que lo rodeaba: conocía al niño, sus incursiones en los asuntos humanos eran exitosas y loables. En cuanto a Lucas Egmont, un hombre común buscando respuestas y soluciones para su vida, fácilmente podría identificarse con él. Pero ocupar su lugar, ¡jamás! ¡Nunca cedería el portal, ese privilegio tan costoso! Caminó con ímpetu a lo largo y ancho del museo, preocupado. ¿Se atreverían a venir hasta su propia casa? ¿Cómo lo harían? ¿Qué tenían planeado? El debía poseer, igual que Oniro, ayudantes y consejeros para estas ocasiones. Esos dos, Leonardo y Marco Polo, desperdiciados tras aquel monigote. Pensó que los reclamaría al Señor para él, puestos a trabajar en su fragua podrían inspirar e inventar maravillas para el mundo. Se detuvo, otra vez la inquietud sobre aquel libro: debía adelantarse. La inmovilidad era el papel de los cobardes. Tomó una

decisión: antes que ellos llegasen hasta allí, él les haría una cálida visita.

Papillon siempre exageraba. Contaba sus anécdotas con lujo de detalles e ingredientes sorprendentes, inesperados. No era un mentiroso, simplemente amante de las grandilocuencias. El hecho es que trasladaba estas maneras a su vida particular, transformándolo en un personaje que atraía problemas allí donde iba. Su apariencia también presentaba exageraciones: en el ancho de sus hombros, en lo recto de su mandíbula, en el largo de sus piernas, en su gran estatura, en la estridencia de su risa. Dejaba crecer su cabello negro hasta la cintura y luego tejía una o varias trenzas, prolijas pero que no dejaban de distinguirse. Papillon no pasaba desapercibido allí donde estuviese.

Lucas Egmont no regresaba y por algún motivo él había tenido aquel sueño. Se trataba de un mensaje, seguro. El bar era tal cual como lo había soñado: un típico Café en el Boulevard de Sabana Grande, en Caracas, allí donde dice la leyenda fundó su Café el personaje de la novela.

José del Río, alias Papillon, experimentó estar realmente dentro de ese lugar, olía a café y bebidas y otros aromas, se acercaba a esas míticas mesas donde según la historia el hombre había escrito sus memorias, las limpiaba una y otra vez. Pero volvía a limpiar y la escritura cambiaba. Y esto ocurría sólo en una de las mesas. Probaba en otras y nada anormal sucedía. Volvía a la misma pequeña mesa, pasaba suavemente el paño y la escritura cambiaba. Entonces comenzó a leer atentamente, pues era evidente que alguien deseaba comunicarse con él. Eso ocurría en su sueño. El primer mensaje decía: "Contacta a la familia de Lucas Egmont", pasaba el paño y aparecía un domicilio, pasaba el paño otra vez y leía: "Que abandonen la ciudad y esperen". El cuarto mensaje era más largo y lo preocupó: "Lucas necesita ayuda. Presentarse cuanto antes en este punto" y daba las coordenadas. Era un lugar en el sur del continente. Papillon dio una vuelta en la cama y cayó al piso. Se incorporó sin quejarse, recordaba cada uno de los mensajes con claridad. Fue al armario y preparó una desorganizada maleta. Puede que estuviese siendo exagerado, como siempre, pero por nada del mundo se quedaría allí dudando, mientras su compañero podía estar en peligro.

Subió a su automóvil y arrancó a toda velocidad, pero pronto tuvo que moderarse, envuelto en la marea del tránsito. En la ciudad había grandes tumultos, manifestaciones y protestas. Los medios de comunicación pregonaban cataclismos. El nivel del agua subía, era verdad, pero todo podría sobrellevarse mejor con organización, orden y solidaridad. Abandonar la ciudad, sí, era necesario, pero esta confusión se parecía más

a una estampida de animales.

Cuando al fin llegó al pequeño departamento que había rentado temporalmente Dorina vio la mudanza. Se tranquilizó, no debería convencerlas. Había un clima de gran tristeza. Rahué cargaba cajas y bolsas en su carro.

Ellas lo vieron y corrieron a saludarlo.

-¡José! -dijo Dorina.

-¡Papillon! -gritó Liz.

-¡Hola! -respondió-. Quería saber cómo estaban. ¿Se marchan?

-Sí. Siéntate -pidió Dorina.

Había dos sillas en la acera y ahí mismo tomaron asiento. En varias casas y departamentos de la vecindad observó Papillon que se preparaban mudanzas. Liz subió al carro y se entretuvo con una muñeca. Quería tatuarse una mariposa como él, pero sus padres no se lo permitían todavía.

-¿Crees que aún vive? -preguntó ella.

-Creo que sí -respondió Papillon.

-¿Cómo sabes?

-Es un presentimiento... ¿Adónde van?

-A casa de mis padres, en las sierras. No es lejos, pero son tierras altas. Luego se verá... -dijo Dorina. Debían comenzar de nuevo. En otro lugar, sin Lucas. Era difícil ser optimista.

-Persevera, todo se arreglará -comenzó Papillon-. Yo... también me voy.

Estaba ansioso. Dorina lo notó.

-¿Qué ocurre, José?

-Tuve un sueño.

-Ajjj, ¿sabes que eso mismo dijo un día Lucas? -se disgustó Dorina-. Así comenzó todo... Por favor, no hagas caso. Te meterás en problemas.

-Pero...

Dorina se puso de pie, le estrechó la mano. Papillon la imitó.

-Agradezco que hayas venido. Estaremos bien con Rahué. Cuídate, por favor.

Dorina y Liz apreciaban a Papillon, el amigo de Lucas. Era un hombre que había dejado atrás todo lo malo con una fuerza de voluntad increíble. Dorina le había obsequiado el dibujo de un típico café caraqueño, hecho por ella. Papillon lo guardaba como un tesoro.

Volvió a su casa un poco decepcionado. Para colmo era difícil transitar por la ciudad, la gente ya había iniciado el éxodo. La falta de organización dejaba al libre albedrío de cada uno las maneras, por ello reinaba la confusión. Se suscitaban discusiones y peleas entre automovilistas ansiosos por llegar a las carreteras. Todo estaba congestionado, y en medio del caos se producían agresiones y vandalismos. El orden había desaparecido. Estas escenas convencieron a Papillon de la gravedad que enfrentaban y la veracidad de su sueño. El lugar que le habían señalado quedaba muy lejos, a miles de kilómetros de allí, por lo tanto debería obtener un transporte aéreo que lo llevase en pocas horas, el mensaje decía "cuanto antes".

Pero, si en la ciudad era difícil transitar en tierra, lo era aún más conseguir un avión, aunque uno se presentase con un bolso lleno de billetes. Papillon no tenía dinero y sabía pilotear. Sería inevitable que intentase "tomar prestado" una de las avionetas privadas de la empresa. Sonrió. Aunque había renunciado aún tenía acceso libre, conocía a los guardias de seguridad. Entrar resultaría fácil. Al amanecer. Se prepararía.

Llegó a la casa. Reordenó sus cosas y agregó a su equipaje un arma: un desafilado cuchillo de cocina que lo hizo reír pero podría ser útil. Sumó unas latas de comida enlatada y algunas frutas. Una linterna. Se sentó en la cama. No tenía un plan, simplemente entraría, tomaría el ascensor simulando buscar algo, luego bajaría por el otro y saldría por atrás, hacia la pequeña pista. Allí estarían las naves, la empresa aún se resistía a desalojar el predio. Ese enorme edificio, como un cubo de cristal, poseía los cimientos inundados, la estructura presentaba grandes fallas. Dar a conocer esto significaría el quiebre de la firma. Pero ahora ¿a quién importaba eso? Muchos empleados lo habían seguido rumbo a la puerta aquel día. Habían reemplazado a Lucas sin consideraciones. El nuevo jefe los reunió en la sala. Papillon llevaba la voz cantante.

-Señor... Papillon, ¿así le llaman verdad?

-José Del Río, señor. Papillon para mis amigos solamente -aclaró.

-Señor Del Río: conozco el trabajo de Lucas Egmont en esta empresa. Pero lamentablemente como todos saben él no vuelve y nosotros debemos seguir adelante. La empresa me ha nombrado en su lugar, pero yo no soy él. He presentado mis propios proyectos y mis intenciones y he sido aceptado, espero que ustedes también puedan hacerlo. No les pido que olviden a Egmont porque sé la importancia de su presencia en la vida de algunos de ustedes, especialmente en la suya, señor..., pero él ya no está aquí y yo daré las órdenes de ahora en más. ¿Alguna otra pregunta?

Silencio. Papillon reunió sus cosas y salió de la sala. Tomó el ascensor directo al piso del directorio. El presidente se llamaba Kane, un hombre bajo y gordo de mejillas coloradas. Lo recibió con amabilidad, él también lamentaba la pérdida de Lucas y se inquietaba por el futuro.

-Mire, Papillon -dijo-, usted entró a esta empresa gracias a Lucas Egmont. Pero también gracias a esta empresa hoy es ingeniero. Convengamos en que de otra manera aún estaría en idas y vueltas a la cárcel. Puedo comprender su postura, créame. Pero le recomiendo que sea obediente y continúe trabajando, lo necesitamos a usted. Si desea ayudar a Egmont colabore en su búsqueda, apoye a su familia, haga lo mejor que pueda.

-Señor Kane -interrumpió Papillon, que era tan práctico y audaz como Lucas-: el nivel del agua está subiendo. No podemos ocultar esta información y seguir adelante con los contratos, Lucas ya se lo había advertido.

-¿Y usted cree que quizás por eso se accidentó? Porque lo dice en un tono...

-No acuso, señor. Recuerde los estudios que realizamos en el Delta. En el sur del continente ya hay islas completas bajo el agua. ¿Recuerda el episodio del verano pasado? Apareció un témpano, justo aquí enfrente ¿Cómo explica eso? Todos corrieron a sacar fotos, ¿acaso no ven las señales?

-Señor Del Río: deje eso para los hombres de ciencia, esta es una compañía que construye casas, por Dios.

-iPero hemos reunido información que puede resultar útil! Señor Kane: deben publicarla o presentarla a los organismos competentes. Si no lo hacen, renunciaré.

Renunció ese mismo día y con él todos los hombres que estaban a su cargo y conocían los motivos.

Pensando en su incursión del amanecer Papillon dormitó un poco. No obstante la levedad, volvió a soñar. Limpiaba las mesas del café, pasaba el paño y el texto decía: "Entrarás a un sueño real, pero deberás salir rápidamente." ¿Qué era esto? No entendía. Limpió pero el texto era el mismo. Sentía el inminente despertar y deseaba seguir allí, saber... Sintió sonidos, una descarga, cada vez más nítida y fuerte. Abrió los ojos. Se levantó. Caminó por la casa hasta la pequeña biblioteca. Desde allí venían los sonidos. En un pequeño escritorio guardaba el viejo aparato de radioaficionado. Estaba encendido y parecía que alguien trataba infructuosamente de comunicarse. Papillon quedó atónito, sólo con un amigo se comunicaba por radio, y no lo veía desde hacía muchos años.

-¿Geffroy? -murmuró, incrédulo.

¿Cuánto tiempo sin hablar con el profesor? Años. Se abalanzó sobre el aparato. LU3ADG, ¡era él! Primero con entusiasmo, luego fastidiado, luego cansado, intentó vanamente comunicarse. Al final pensó si en verdad no habría creído escuchar esos sonidos, que tal vez fueron parte de su sueño. Sólo fueron unas descargas, ni siquiera una voz.

Ya no volvió a la cama. Dormir le traía problemas. Preparó un temprano desayuno y esperó la hora. De todas maneras, si hubiese sido Geffroy, ¿qué relación tendría con aquellos mensajes? Ninguna.

Al amanecer marchó hacia la empresa constructora, tal como en un día normal de trabajo. Los guardias lo vieron llegar y se alegraron. Lo apreciaban mucho allí. Pensaron que se le había pasado el enojo y volvía a su puesto como siempre, a primera hora. Todas las puertas se abrieron, todos lo saludaron amablemente.

Papillon tomó el ascensor que llevaba a su oficina. No se cruzó con nadie. Al llegar tomó el otro ascensor para volver abajo, lo detuvo un piso antes y salió por la escalera. Atravesó la zona de servicios y la cocina. Cruzó el parque. Había una avioneta. Miró a todos lados: nadie. Cuando los agentes de seguridad de la empresa se percataron la avioneta se alejaba volando ante sus ojos.

En el aire, el audaz piloto descubrió demasiados instrumentos para su escasa instrucción. Debía esperar que el combustible fuese suficiente, volar a baja altura pues iba en un aparato robado, no podría comunicarse con las torres de control, no era factible pedir ayuda y necesitaba que en el lugar indicado de aterrizaje hubiese una pista o espacio adecuado. En el último de los casos, usaría el paracaídas.

* * *

Capítulo IX

Travesías

La tercera fue una noche estigia. La caravana había iniciado el ascenso a las montañas por un camino serpenteante, demasiado angosto. Debieron alinearse los vehículos y animales y carga, la columna se hizo más extensa. Aidan y Lucas cuidaban la retaguardia, ya no tenían contacto con el profesor Geffroy, quien marchaba adelante unos cinco kilómetros. Los dos hacían el trabajo de muchos hombres: alimentar, limpiar las jaulas y bebederos, algunos animales necesitaban ser bañados, otros curados. Todo lo realizaban en medio del resto de las especies que, si estaban sueltas venían a molestarlos y curiosarse, y si estaban encerradas gritaban y reclamaban atención. Lucas se quejaba continuamente. Los animales entraban en confianza y a veces una paloma se posaba en su cabeza o el pequeño mono se colgaba de su cuello. Dina, el yagareté hembra, lo miraba fijamente y le mostraba toda su poderosa dentadura. Geffroy le había dicho que era una señal amigable, pero él no le creía. Debían hacerla caminar algunas horas porque estaba preñada y el ejercicio era bueno para ella. Aidan reía. Todo aquello era pura diversión para él. "Esto es bueno", "mira qué lindo", era lo que continuamente le escuchaba decir. Lucas se preguntaba si el niño habría olvidado el asunto que los había traído hasta allí y por el que se dirigían a la zona de los volcanes. Dormían entre los animales, comían con ellos, se bañaban en los mismos lugares. Tenía la sensación de haber transcurrido mucho tiempo viviendo así y sólo era el tercer día.

Desengancharon los caballos, quitaron los arneses y recados y los dejaron ir. No se alejarían mucho, dependían del alimento que llevaban, los pastizales allí eran duros para ellos. Meterían la cabeza en los baldes de agua y luego se echarían a dormir. Al día siguiente era el turno de otros.

Lucas se recostó contra unas rocas. Había conducido el camión todo el día y cuando se bajó aún lo esperaban muchas tareas.

-¿Qué te sucede? –preguntó Aidan, siempre atento.

-No te preocupes, sólo es cansancio –respondió Lucas.

-Descansa. Yo armaré la carpa y prepararé la comida. Buscaré un lugar tranquilo –ofreció Aidan.

-Está bien, dormiré en el camión.

Aidan tuvo ganas de reír pero no era apropiado. Es que Dina había tomado la cama cucheta del vehículo para pasar la noche. No había mejor lugar para ella, ¿quién se atrevería a sacarla?

-Ya... ese lugar está ocupado -explicó el niño.

-¿Qué?... ¿Ella?... -Lucas estaba tan cansado que no pudo irritarse.

-Te quiere.

-¡La correría a latigazos!

-Va a tener un bebé -dijo Aidan, con una mirada reprensora.

-Aidan... -dijo Lucas, al borde del llanto-. Discúlpame si no puedo disfrutar esto como tú.

El niño se puso un índice sobre los labios para que callase. Prestaron atención. Se habían detenido en una pequeña meseta semicircular, con la idea de volver a encolumnarse al día siguiente. Se podría decir que estaban en un corral natural, es decir, ante cualquier ataque, acorralados.

-¿Qué es ese resplandor? -preguntó Lucas, señalando a las espaldas de Aidan.

Aidan frunció el ceño.

Primero fueron las gallaretas, pavos y otras aves asustadas. El avestruz pasó con sus zancadas como una exhalación. Y enseguida todos los animales se inquietaron y enloquecieron, golpeando las jaulas, corriendo, buscando una salida. Rodeándolos como para cocinarlos aparecía un perfecto anillo de fuego de unos cuantos metros de altura. Las llamas brotaban de la tierra y era imposible escapar. ¿Estaban acampando sobre un volcán? ¿No lo había previsto Geffroy, con todos sus mapas y cálculos?

-Conozco esta magia -dijo Aidan-. No te alejes de mí.

¡Por supuesto que no!

-¿Qué es? ¡Moriremos! -se desesperó Lucas. No era un hombre cobarde, pero el fuego ejercía un dominio terrible sobre él.

-Pregunta quién. El Licnomante -respondió el niño-. Ha venido a nosotros

antes que lo encontrásemos.

Muy cerca de ellos la pared de fuego se abrió como un telón y apareció El Licnomante, brillando en todo su esplendor. Lucas abrió la boca muy grande, a punto de echar a correr. Pero Aidan le había aconsejado quedarse con él.

-Bienvenido, señor del fuego –dijo el niño-. No era necesaria tal demostración, conocemos tu poder.

El Licnomante inclinó la cabeza saludando y las llamaradas se calmaron un poco. ¡Vaya, el niño era también todo un diplomático! Lucas quedó expectante.

Los animales sueltos se habían reunido en el centro del anillo, atemorizados.

-Aidan Bell... –murmuró-. He oído de tus hazañas. Podría decir que alimento una gran admiración por ti.

-Me honran tus palabras, señor –respondió Aidan.

-No obstante... –siguió, con su voz grave-, me pregunto qué haces con estos animales, ¿de los cuales aprecio su belleza!, pero ¿por qué viajas junto a este hombre intrascendente...?

-¿Te refieres a mí? –saltó Lucas, con su viejo genio.

-Cállate –ordenó Aidan. Sabía que El Licnomante deseaba enfrentarse a Lucas, no a él. Y Lucas moriría en cuestión de segundos en un duelo desigual.

-¡Déjame, niño! –se rebeló Lucas-. ¡Puedo defenderme!

Tonto. Tontísimo. Más que tonto, pensó Aidan. Pero no podía detenerlo. El Licnomante sonrió y una lengua de fuego les calentó las mejillas.

Aidan dio un paso al costado.

-Bien, es todo tuyo... –le dijo al oído.

-¿Qué dices? ¿Estás loco? ¡Él pudo haber incendiado mi casa! –reaccionó Lucas. Ahora se daba cuenta de su error, otra vez tarde.

-No –murmuró Aidan-, no acuses sin saber...

El Licnomante no se irritó ni escupió fuego. Se calmó y su aspecto fue el de un hombre corriente, vestido como un ciudadano, hasta con cierta

elegancia. Se acercó a Lucas y lo tomó del cuello.

-¡No preciso ninguna magia para darte una buena lección, muchacho!

Lucas pataleaba pero sus pies ya estaban en el aire. ¡Aidan, haz algo! No podía decir palabra, no lograba llevar aire a sus pulmones. El niño permanecía quieto, con el ceño adusto. De pronto escucharon una voz conocida para todos:

-¡Por mil demonios! ¿Quién podría causar semejante estrago? El Licnomante.

El nombrado soltó a Lucas que salió rodando tomándose del cuello. Observó fijamente a aquel que lo trataba como un viejo conocido. Y lo era. Lanzó una carcajada al reconocer a Geffroy.

-¡Geffroy! ¡Viejo loco! –exclamó El Licnomante. Y sin más fue a estrecharle la mano. Las llamas desaparecieron al instante. Los animales comenzaron a calmarse.

-¿Por qué haces este revuelo en mi granja? –se rió Geffroy.

-Yo... no sabía...

Rieron de nuevo.

-Venga –dijo El Licnomante-. Vamos a tomar unos tragos, me contará todo.

Geffroy se iba con él. Había logrado calmarlo.

-Alto –dijo Aidan, en tono serio. Parecía estar harto de tanta llamarada-. Hemos venido por El Libro del Destino. ¿Tienes las cenizas?

El Licnomante se detuvo, fijó su mirada en ese niño que iba al grano tan valientemente.

-Las tengo –respondió.

Era el momento de negociar o combatir. Ser hábil o perder, o simplemente hablar con la mayor sinceridad.

-Oniro te puso en nuestra contra, pero debe pagar por el error que cometió. Tú no intervengas, por favor, no es tu causa... –explicó Aidan y señaló a Lucas, que aún estaba en el suelo-: Míralo, has comprobado que él es un hombre común sin ningún poder, sólo desea reconstruir su vida.

El Licnomante escuchó atentamente, también Geffroy, y Lucas. Tres seres tan diferentes lograban hacer una tregua y atender una voz clara y razonable.

-Geffroy nos contó que has hecho grandes adelantos. ¿Puedes ayudarnos?
-terminó Aidan.

Hubo un largo silencio. Cualquiera diría que pedían seguir escuchándolo.

El Licnomante de pronto se consideró valorado en su real importancia. Quedó pensativo, por un momento lo envolvieron las llamas. Se tomaba su tiempo. Geffroy intercambió miradas con Lucas y el niño, expectantes. Lucas se puso de pie, sentía dolores pero era el momento de la gran revelación.

-No puedo regenerar desde las cenizas -explicó al fin El Licnomante-. Sé que es posible, pero el Señor aún no me ha permitido acceder a ese conocimiento.

Lucas se arrojó al suelo junto a la rueda de un carro, desconsolado. Estaba sucio, con las ropas maltrechas y sin fuerzas. Una macaca leonina lo miraba e imitaba su llanto. Estaba todo perdido. Un sentimiento de frustración los embargó a todos. El Licnomante, que un momento antes casi le quita la vida, sentía ganas de consolarlo. Geffroy bajó la cabeza y se volvió haciéndole una seña para que lo siguiera. El Licnomante obedeció, pero al despedirse de Aidan le dijo aquellas palabras que para él resultaron mágicas:

-Te saludo, Aidan Bell y bendigo tu genio. Recuerda: yo guardo las cenizas de lo que alguna vez existió.

-Buena vida, Licnomante -respondió Aidan.

El mago miró a Lucas e inclinó la cabeza y era bastante, considerando lo que había sucedido entre ambos.

Aidan se acercó a Lucas. Se veía dolorido y resentido con él.

-Ya me has dicho que soy un poco tonto -se adelantó Lucas-. No hice otra cosa que confirmarlo.

-Eres valiente -murmuró Aidan con dulzura.

-Casi me mata. ¡Pensé que me protegerías! -le reprochó Lucas. En verdad en esos momentos necesitaba que le dieran un abrazo y le colocasen un paño frío en la cabeza. Y Aidan lo hizo.

-Cuando desafíes a alguien presenta tus armas, no cuentes con los protectores que puedan salvarte.

-Ya entendí... ¿Ahora qué haremos?

Aidan sonrió:

-Ahora a cenar y descansar. Como se dice: mañana será otro día.

Lucas durmió profundamente esa noche, en el asiento de la cabina del camión, a pesar de los ronquidos de Dina. Aidan habló largo rato con el profesor Geffroy, luego se retiró a su carpa. Allí encendió una vela y meditó.

Geffroy se encargó de reorganizar a los animales luego del incendio mágico. Ese hombre era incansable, en verdad lo llevaba su espíritu laborioso y el amor por la naturaleza, sabía cuál era su misión y trataba de llevarla a cabo hasta el final.

Al amanecer, el niño despertó a Lucas con una jarra de café. Dina caminó sobre él y salió por la ventanilla del camión un poco apretada. Lucas no rezongó, se estaba acostumbrando y además se sentía mejor. Bebió, mirando atentamente a Aidan.

-Dime –dijo el niño-, ¿qué significa para ti “yo guardo las cenizas de lo que alguna vez existió”?

-No pienso bien por las mañanas –reconoció Lucas-, qué...

-Lo que hoy es cenizas alguna vez existió, completo...

-¿Y...?

-Bueno –propuso Aidan-, creo que en el presente el Libro no nos sirve porque está hecho cenizas, pero si lo buscásemos en el pasado...

Lucas tembló, temía no poder sostener la jarra de café.

-¡Lo encontraríamos intacto! –gritó Lucas.

-Sí –dijo el niño-. Comprenderás que es un viaje muy especial, no se compara con lo que has vivido hasta ahora.

-¿Hay un riesgo mayor? –preguntó Lucas, muy débil para encarar otra aventura complicada.

El niño asintió:

-Ahá. Además debemos decidir si abandonamos la caravana o no.

Lucas aplaudió.

-¡Genial! Nos vamos de aquí, sí señor.

Aidan frunció el ceño.

-¿De veras quieres dejar al anciano aquí con todo este trabajo por hacer? Un día más y encontraremos al primer aborigen baqueano que lo guiará y le ayudará. Entonces podremos irnos.

-¡Un día más! –exclamó Lucas-. Mi familia puede estar en peligro, yo mismo no sé dónde estoy... ¡y tú quieres que me quede a cuidar la granja!

-Es mucho más que una granja –sonrió Aidan-, ¿crees que tus metas y tu vida son más importantes que las del profesor? ¿Crees que nosotros somos más que estos animales? Escucha tu corazón, que es muy grande y noble.

Lucas guardó silencio.

-¿Me convidas un poco de café? –pidió Aidan.

-Toma, no quedó mucho –respondió Lucas-. Mientras tanto voy a preparar los comederos para las aves, pronto van a empezar a gritar como locas.

Lucas bajó del camión. Aidan sonrió. Le quedaba un día para pergeñar una incursión al pasado. Se permitía viajar en una dirección, por eso no podían fallar. Era un viaje con boleto sólo de ida.

Era una noche del año 1734. En una obscura taberna de un puerto groenlandés, Ravns, el capitán del Kraken –un buque de carga-, compartía mesa y bebida con un hombre misterioso. Alto, oscuro y de ojos chispeantes, el extraño se había presentado como Stor, mercader del continente. Todo en su apariencia así lo mostraba, pero Stor no era otro sino Oniro, quien bajo una máscara ficticia logró hacerse escuchar por Ravns, arrancarle información y promesas.

Una vez embriagados cerraron el trato. En un rincón de la taberna, con el

espíritu atormentado, estaba el tema objeto de aquel encuentro.

-¡Un brindis antes de zarpar, capitán Ravns! –gritó Oniro. Todos levantaron sus copas y respondieron. Ravns era un hombre muy popular y respetado. Era uno de los visionarios que había promovido el reinicio del contacto entre Escandinavia y Groenlandia gracias a sus continuos viajes, su audacia y perseverancia.

Bebieron. A causa del alcohol el capitán veía un crepúsculo nebuloso, pero aún así deseaba corroborar el reciente y extraño acuerdo.

-Dígame, Stor... Si entendí correctamente: usted me paga con media bodega de especias...

-Y es porque lleva ocupada la otra mitad, si no le cargaría el doble –comentó Oniro, con una voz agradable.

-Entienda, señor, tengo mis compromisos –cortó Ravns, que en el fondo deseaba llevar sus negocios de manera transparente. Aunque ebrio, no distinguía bien claro el motivo de tan singular trato. Ese desconocido acababa de transformarlo en un hombre rico.

Oniro asintió varias veces.

-Lo sé, hombre, lo sé.

Ignoraba qué otro gesto tener con Ravns para obtener su confianza, mostrarse agradable. En los sueños se ocupaba del trabajo sucio, aparecía tal cual era creando fabulosas pesadillas. El Señor de los Sueños lo dejaba maniobrar porque no veía mayor peligro en él. Pero ambicioso, Oniro lo había desafiado metiéndose en esta trenza peligrosa con el Libro del Destino. Ahora debía resolver el asunto, hacer que toda la responsabilidad del desastre cayese sobre aquel joven soñador, Lucas Egmont, o enfrentar al Señor. Y él no estaba preparado para rivalizar con su amo. El Licnomante lo había hecho y ahora poseía su propia casa de fuego, pero él... sólo era un cancerbero.

Puso su mejor cara a Ravns, que continuó hablando:

-Por esa cantidad usted me pide que transporte a un pasajero con su equipaje...

-Exacto.

-... Y ese equipaje, de una importancia superior, debe llegar en perfecto estado a destino.

-¡Sht! –cortó Oniro, con un gesto gracioso-, no pronuncie esa palabra, hombre...

-¿Cuál palabra?

-La última... está bien, no importa, olvídelo. Entonces, ¿puede hacerlo? ¿Debo considerar que tenemos un trato, capitán?

-Sí.

-¡Perfecto! -aplaudió Oniro, ansioso por retirarse.

Ravns lo retuvo.

-Stor, dos preguntas más.

-Adelante, capitán.

-¿Quién es el hombre? ¿Lo conozco?

-No lo conoce. Pero mire a su alrededor, lo descubrirá usted mismo. Yo me retiro ya, mis súbditos terminan de cargar su bodega y partimos. ¿La otra pregunta?

-¿Dónde? –murmuró Ravns-. ¿Dónde baja este hombre y su preciado equipaje?

-Usted va hacia el Labrador, avísele cuando arribe al primer puerto, nada más. Cuando el hombre pise tierra quedará cumplido nuestro acuerdo. ¡Que tenga un magnífico viaje, capitán Ravns!

Oniro estrechó la mano de Ravns y rápidamente desapareció.

El capitán miró a su alrededor, la taberna estaba como siempre, muy bulliciosa. En víspera de partida se cerraban tratos comerciales, se realizaban encargos, los hombres se despedían por mucho tiempo. Otros, recién llegados de lejanas latitudes, buscaban distracción.

Los navegantes del Kraken pronto se retirarían. El amanecer estaba próximo, hora de echar velas. Esperaban una señal de Ravns, pero el capitán se entretenía, primero con un mercader desconocido y ahora con la mirada fija en otro extraño.

Alejado de los demás, algo pálido, entogado, de mediana edad y aparentemente fuerte aún, el hombre estaba en un rincón de la taberna, observando todo con una mezcla en sus ojos de atención y temor. A sus pies un cofre construido del otro lado del mundo (calculó Ravns) le señaló

a su pasajero. Pues si no lo era, ¿qué hacía un reverendo en esa taberna?

Ravns caminó entre los demás hasta llegar frente a él.

-Yo soy el capitán del barco que lo llevará –se presentó.

-Soy el reverendo Egede –respondió el otro, levantándose-. Pero piense que el contenido de este cofre es más importante que mi propia vida.

-De acuerdo. Hay un sitio cómodo en mi camarote para el objeto, para usted en la bodega –dijo Ravns y lanzó una carcajada.

-Como usted diga –aceptó el reverendo Egede.

-Era una broma. Sígame.

Fueron hacia la puerta. Allí el capitán se volvió e hizo un gesto con la cabeza. Inmediatamente una veintena de hombres se levantaron de sus lugares y los rodearon.

-A la mar, muchachos –murmuró Ravns. Los hombres, con gran entusiasmo, intercambiaron abrazos y palmadas con su capitán y marcharon hacia el muelle.

Ravns y Egede también salieron. Al poco andar vieron venir presuroso a uno de los marineros, lleno de preocupación. Habló con su capitán haciendo amplios gestos con sus brazos.

Observándolo todo, desde las sombras, Oniro llamó a sus asistentes.

-¡Marco Polo, Leonardo! Hay tarea para ustedes en el barco, ¡a trabajar!

-¿Qué ha sucedido? –preguntó Marco Polo.

Oniro fue breve:

-Se le ha roto la contraquilla. Tú Marco, sabes del tema y tú Leonardo, podrías dibujar un nuevo modelo y colocarlo. El Kraken debe poseer una quilla poderosa, a toda prueba, romper el hielo si es necesario para abrirse camino! Quiero verlo cruzar raudamente el Mar del Labrador.

-Sin pérdida de tiempo... –dijo Marco Polo.

-Ni contratiempos –completó Leonardo.

-Muy bien –aprobo Oniro.

-Pero un viaje no es un sueño –interrumpió Marco.

-Tal vez resulte impropia nuestra intervención –apoyó Leonardo.

Oniro echó a andar hacia el embarcadero, Marco Polo y Leonardo lo siguieron. Los dos parecían avezados navegantes.

-¡Díganme, señores, cuál es la diferencia entre un viaje y un sueño y los relevaré de esta misión!

Se volvió y los enfrentó, su voz sonó como un trueno. Marco Polo y Leonardo se miraron.

-...-...

-¡A trabajar entonces! Les prometo que el Señor los premiará.

Los dos pidieron abordar el Kraken y ayudaron en la reparación. En algunas horas el barco se alistó para zarpar. Ravns estaba maravillado con esos dos hombres y deseaba llevarlos en el viaje, pero al momento de echarse a navegar ellos desaparecieron.

Oniro vio en el horizonte el velamen del barco que se alejaba rápidamente de la costa y suspiró aliviado. Su plan era sencillo, pero debía cumplirse a la perfección. El reverendo Egede llevaría el Libro al monasterio donde sería hallado años después por una caravana de mercaderes. En uno de esos camellos viajaría hasta caerse en medio de una tormenta, se abriría y sería leído ávidamente por Lucas. Fin de la historia. Pero en esta parte del viaje debía estar atento, pues el Libro viajaba expuesto a las imprevistas vicisitudes del mar, en un barco recién reparado, en manos de un reverendo temeroso... Aidan Bell no descartaría intervenir en este tramo del tiempo, tal vez ya hubiesen visitado al Licnomante y sólo les quedase esta opción como último recurso. Ese niño era muy atrevido y el Señor de los Sueños conocía el nombre de Lucas Egmont, lo había nombrado.

Marchando hacia el Sur existen carreteras que permanecen desérticas durante varias horas, a veces durante días, según el clima. Una de ellas eligió Papillon para aterrizar con la avioneta y cargar combustible para seguir el resto del viaje. Tuvo que caminar bastante hasta encontrar una gasolinera. Había hecho el cálculo “a ojo”, desde el aire las distancias se veían mucho más acotadas. Afortunadamente el dueño de la estación poseía un pequeño vehículo con tanque y una bomba para carga. Estaba acostumbrado a prestar este servicio a los ocasionales viajeros. En cuestión de minutos el hombre –de gesto adusto y pocas palabras- lo llevó hasta la avioneta, cargó el combustible, cobró su dinero y partió.

Excelente, pensó Papillon, lo que necesitaba, ninguna pregunta, él no había estado allí.

Llegó con las primeras horas de la tarde. No se veía ninguna pista o camino cercano: un monte intrincado, un hilo de agua y rocas. Voló en círculos oteando los alrededores y no encontró ningún lugar plano para intentar un aterrizaje. Dudaba. Deshacerse de ese medio de transporte lo dejaría solo en medio de la inmensidad. Dudaba, pues al fin y al cabo estaba siguiendo mensajes recibidos en sueños, esto no era muy normal. Dudaba aún cuando conectó el piloto automático y saltó.

Papillon era un hombre con suerte: cayó justo frente a la roca deslizante de Geffroy. Sacudió sus ropas, se quitó los arneses, recogió el paracaídas y en ello estaba cuando observó el deslizamiento de la roca. Pensó que alguien desde el interior le abría y entró.

Encendió la linterna, todo aquello le parecía enorme y tenía aspecto de haber sido abandonado recientemente. Revisó con rapidez, casi corriendo, llamó a Lucas, pero sólo le contestó el eco de su propia voz. Se inquietó más al hallar indicios de la existencia de animales, que tampoco estaban ya, ni un búho o ave de las montañas, una rata... Nada. Empezó a creer que se había equivocado de lugar cuando descubrió la escalera. No perdía detalle, movía el haz de luz rápidamente por todo el lugar, pero se convenció pronto de que estaba vacío. Subió la escalera y en la puerta de arriba vio la placa que le hizo exclamar por segunda vez en el día:

-¡Geffroy!

Ingresó despacio, cautelosamente. Igual que el resto, abandonado. Algunos cables colgaban en un muro y pensó que había hallado algo. En verdad era la evidencia de que allí había vivido alguien con ciertas comodidades, aunque en las galerías, ese olor a zoo... Estaba confundido. Salió de allí, bajó la escalera, a la derecha descubrió un pasadizo y lo tomó. Se estrechaba tanto que apenas podía pasar sus anchos hombros. Desembocó en una cueva y vio el aparato.

-¡Vaya, qué regio batiscafo! –gritó. Enseguida tuvo la idea de llevarlo hasta la costa y hacerse al agua con él. Esto si fuese posible, claro, aparentemente no había forma de sacarlo de allí. Además no observaba ningún sistema de propulsión, pero la idea lo entusiasmó. Descubrió en la misma roca una escalera hecha para subir. El haz de su linterna enseguida encontró la escotilla, se metió...

-Ey, profesor, ¿está usted aquí? –preguntó.

Allí había un panel de instrumentos. Nada perdía al intentar... Accionó el botón de luces... y encendieron. Papillon apagó su linterna: allí había lo necesario, era una especie de camarote, cabina de comandos y sala de

máquinas, todo junto, compacto y armónico, una nave. ¿Era un invento de Geffroy? Lo ignoraba. Pero lo habían hecho llegar hasta allí y allí esperaría hasta que alguien apareciese a explicarle. Era lo más lógico y seguro. Se quitó el abrigo, dejó el bolso en el piso y se recostó en la angosta cama marinera. A pensar y esperar. La avioneta ya se habría estrellado, o no, era difícil saberlo contando las fuertes ráfagas del viento. Apenas llegase el profesor le preguntaría el significado de esos mensajes: ¿Qué significaba “entrarás a un sueño real, pero deberás salir rápidamente”? Entrarás a un sueño real... Entrarás a un sueño...

Papillon se durmió. Sus ojos hacían un movimiento rápido. Aunque cerrados, parecían estar viendo. Y su cuerpo caminaba otra vez por entre las mesas escritas del Café del Boulevard y él las limpiaba y leía, pasaba de nuevo el paño y leía...

Promediaba el sexto día de marcha. La caravana enfrentaba una colina empinada y luego un pequeño valle reverdecido. Allí debían dejar los vehículos de motor, no estaban preparados para trepar la montaña que se presentaba adelante. De aspecto cambiante, presentando varios colores a medida que el sol transcurría, y precedida por varios cerros más pequeños color terracota, la montaña meta de Geffroy esperaba, con su dura falda desplegada frente a los vientos, con algunas motas de hielo aún en la cumbre.

Lucas no quitaba sus ojos de los binoculares. Expectante registraba lentamente cada metro del cerro, esperando que alguien apareciese. Geffroy puso una mano sobre su hombro, sobresaltándolo.

-Gira un poco más hacia el Oeste, muchacho -le dijo-, ¿eso es humo?

Lucas enfocó con atención donde le señalaba, pero no era necesario: a simple vista se veía que tenía razón.

-¡Sí! -gritó Lucas-. ¡Es humo, profesor! Allí está su baqueano... Y...

Lucas entregó los binoculares al profesor y llamó al niño. De pronto estaba preocupado.

-¡Vaya! -exclamó Geffroy-. ¡Toda la tribu debe estar allí! Míralos, debe ser la primera vez que esa gente sale a la superficie.

El profesor Geffroy estaba encantado, Lucas inquieto. Aidan llegó con su mansedumbre.

-¡Mira, niño! -lo invitó Geffroy.

Lucas no necesitaba binoculares, pero igual los tomó.

-Bailan... ¡Están vestidos para ir a una fiesta! –dijo Aidan, entusiasta.

-¡O a una guerra! –interrumpió Lucas. Buscó entre sus ropas-: ¿Dónde está mi revólver?

Aidan le dedicó una severa mirada.

-¡Nada de armas! –le ordenó. Y a Geffroy: -Profesor, nosotros nos despedimos aquí.

Lucas quedó asombrado. No comprendía esta actitud del niño: si el encuentro con los aborígenes no prosperaba, si no se entendían, ¿qué sucedería? ¿Abandonarían a Geffroy justo ahora? Sin embargo el viejo lo aceptó, estaba completamente de acuerdo y muy agradecido.

-¡Oh, muchachos, ¿cómo les agradeceré?! –exclamó el profesor, conmovido.

-A mi, cuidando especialmente a mi elefante –dijo Aidan, y le dio la mano.

-En fin... ayúdale a Dina con su cría cuando la tenga –completó Lucas, que había entablado amistad con el yagareté y era el único que podía acercársele. Profesor y alumno se dieron un abrazo.

-Buena suerte, muchachos.

Partieron hacia el noroeste para no cruzar con la comitiva que se acercaba. Iban corriendo, quizás para evitar despedirse de esos animales maravillosos. Y corrieron durante una hora, como gamos saltando sobre las piedras, hasta que Lucas pidió detenerse, agotado.

-Detengámonos un rato, por favor, estoy exhausto, niño –pidió Lucas.

-Está bien –aceptó el niño-. De todos modos, ya llegamos. Allí está el precipicio. Asómate.

Lucas dio unos cuantos pasos y lo descubrió. No se notaba a simple vista, por un efecto óptico quizás, pero calculó que si no hubiese detenido su carrera a tiempo hubiese caído. Aidan sonrió y explicó.

-Allí abajo hay unas cuevas. En ellas fueron encontrados restos óseos de más de 5.000 años.

-¿Humanos? –preguntó Lucas.

-Sí, y de animales –contestó el niño-. Eso significa que en este sitio el tiempo transcurre de una manera especial.

Lucas se inquietó.

-¡No dirás que saltaremos! –advirtió.

Aidan se echó a reír.

-¿Oh, es que quieres andar saltando de un lado a otro? No. Cuando se mira hacia abajo es como mirar atrás, quería mostrártelo.

-Ah –respondió Lucas más tranquilo-. ¿Y ahora?

-Nos vamos –dijo el niño-. El profesor Geffroy me contó que el Libro cruzó dos veces el océano, primero hacia América, luego un mercader se lo llevó al desierto africano donde transcurrió tu sueño.

-¿Entonces?

-Trataremos de interceptarlo. Confía en mí. Voy a poner mis manos sobre tu pecho –dijo el niño, y lo hizo-. Trata de no respirar por unos segundos.

-Mira... –balbuceó Lucas-... si... esto no llegase a... funcionar, agradezco todos tus esfuerzos y...

Aidan le sonrió. Lucas sintió que una descarga eléctrica lo fulminaba. Era verdad, no podía compararse con lo que había vivido, sólo con la muerte.

* * *

CAPÍTULO X

Naufragio

6 de Julio de 1734, estrecho de Davies, Groenlandia. Una soberbia tormenta se cernía sobre el Kraken, un barco escandinavo en expedición hacia el Mar del Labrador. La noche parecía haber caído sobre el mundo y mil dioses y demonios haber declarado una guerra en el grado 57 del Círculo Polar Ártico.

En el pequeño camarote de popa el reverendo Egede rezaba con ferviente devoción, aunque los sonidos y el movimiento de afuera lo persuadían del inevitable fin del viaje.

Asido al timón con todas sus fuerzas, el dueño y señor del barco, el capitán Ravns disparaba órdenes, insultaba y pedía el favor de varias divinidades, entre ellas el viejo Odín. Había enfrentado varias tempestades en su vida y conseguido sendas victorias, pero sospechaba que esta era diferente. Las velas se habían arriado como banderas vencidas y veinte marinos musculosos se disponían a luchar cuerpo a cuerpo con el mar. Su tripulación era el mayor orgullo de Ravns. La embarcación parecía un juguete arrojado a las olas gigantescas y sin embargo avanzaba en un peligroso vaivén entre los témpanos flotantes que poblaban el océano.

Egede, sin poder mantenerse de pie en el camarote y sintiéndose descompuesto abrió la angosta puerta y trepó laboriosamente la escalerilla hacia la cubierta. Con los ojos desorbitados vio el cuadro apocalíptico: los negros nubarrones por entre los que se veían fugaces luminiscencias parecían rozar el mástil del barco. El mar desaparecía por la proa y reaparecía como un enorme muro de agua oscura por estribor cayendo en lluvia furiosa sobre la cubierta.

Los marinos corrían de un lado a otro, rodaban castigados por el agua helada y quedaban agotados o heridos tomados de alguna cuerda providencial. Otros caían como muñecos por la borda. Gritos, aullidos, truenos y ruidos de maderas resquebrajándose eran los sonidos que se sumaban al movimiento continuo, una especie de danza mortal, vertiginosa e irremediable, que los llevaría a los abismos.

Egede no pudo ver más, en aquel momento más que su vida le preocupaba aquel objeto que debía llegar a destino y era su responsabilidad. De pronto un ramalazo de agua lo echó con violencia hacia atrás y su figura negra dio contra la puerta del camarote abriéndola. Fue a parar, empapado y sin sentido, al mismo rincón donde unos momentos antes había estado rezando.

Afuera, la tormenta multiplicó su fortaleza. La estructura del camarote comenzó a ceder y numerosos grifos de agua pronto llenaban la estancia hasta la mitad. Uno de ellos dio justo en la cabeza del reverendo y lo despabiló. Pestañeó varias veces para observar a esa extraña pareja de aparecidos que a su vez lo miraban.

Ya nadando, Aidan Bell se acercó a la puerta e hizo una seña a Lucas Egmont, aún desorientado.

-¡Ven, sólo contamos con algunos minutos! –gritó.

-¡Un barco a punto de hundirse! ¡A quién se le ocurre! –se quejó Lucas. No comprendía, pero obedeció.

-Vamos a la bodega –dijo Aidan, con la mayor serenidad.

-¿Qué? ¡Debe estar inundada!

Aidan sonrió.

-Nadaremos.

Lucas abrió la puerta y una oleada de agua los echó hacia atrás. Derribaron al reverendo, quien un poco apretado y apenas respirando les habló.

-¿Quiénes son ustedes? ¿Qué buscan en este barco?

-Soy Aidan Bell, buscamos el Libro –respondió el niño muy resuelto.

El reverendo palideció. Aidan y Lucas intercambiaron miradas, entendieron que la presencia de ese hombre debía estar relacionada con el objeto que buscaban.

Lucas intentó averiguar más, presionándolo.

-¡Debemos llevárnoslo, o se perderá en el naufragio!

-No puedo hacer eso, yo soy su custodio –afirmó el reverendo.

Aidan endureció el tono de su voz:

-Morirás, reverendo Egede, y el Libro desaparecerá.

-¿Cómo sabes mi nombre? –preguntó con recelo Egede.

-Sé muchas cosas... –sonrió el niño- Y otras no...

Lucas decidió terminar la conversación antes que el barco se fuese a pique. Tomó al reverendo por los hombros y le habló muy cerca del rostro.

-Escuche, Egede, el barco se hunde, estamos lejos de la costa, ¿cómo piensa resguardar ese Libro? ¿Cómo te salvarás?

El hombre titubeó, sus mejillas se colorearon.

-Yo... espero una señal.

-¡Ahá! –dijo Lucas- ¿Acaso no somos nosotros esa señal?

El reverendo los miró a ambos. El joven tenía razón, pero él se debía a sus obligaciones, no se desprendería de esa responsabilidad ni ante la muerte. Lo había jurado. Suspiró y dijo:

-Está bien: el Libro irá conmigo, yo iré con ustedes.

-¡De acuerdo! –gritó Aidan satisfecho- ¡Búscalo y salgamos de aquí!

El reverendo se dirigió a un rincón del camarote y desapareció bajo el agua por algunos minutos. Lucas, impaciente, miraba al niño con insistencia. Aidan sonreía.

El reverendo emergió sosteniendo el cofre. No se detuvieron a comprobar el contenido. Tomaron al hombre por los brazos y salieron a cubierta.

Lucas seguía al niño, pero no imaginaba forma alguna de vencer esa tempestad. El barco se hundía indefectiblemente. Gritos, órdenes y contraórdenes poblaban el aire de desesperación. De pronto uno de esos gritos se dirigió a ellos.

-¡Eh, ustedes! –bramó el capitán Ravens-. ¿Dónde creen que van con ese cofre?

Ravns se deslizó por una cuerda y con gran saltó cayó frente a ellos, de pie. Luego se apoyó en su larga espada.

El reverendo tuvo una rápida respuesta:

-Me voy, capitán. Me llevo la carga, es evidente que usted no podrá llevarme a tierra firme.

Ravns sonrió. La situación era grave, pero recordaba el trato. Si salvase su vida en el naufragio aquel misterioso mercader, Stor, podía perseguirlo y reclamar el cumplimiento de su parte.

-¡Egede! –dijo Ravens-. ¿Haz rezado a tu dios?

-Sí, señor –respondió desconcertado el reverendo. Lucas y Aidan aún lo sostenían por los brazos.

-¿Y qué te ha contestado?

-Nada, capitán.

-Ahá –respondió Ravns-. Si tu dios no te contesta y yo no te he pedido que abandones el barco –estalló-: ¡¿Adónde crees que vas?!

Lucas se puso en guardia, pero Aidan acercó su cabeza y murmuró:

-Salten y aléjense cuanto puedan. Yo me encargo.

Lucas y Egede obedecieron: los dos tomados fuertemente del cofre corrieron hacia la proa que se inclinaba y brincaron al agua. Algunos marineros los siguieron.

Aidan Bell esperó que el capitán tomase con su espada la posición de ataque y entonces hizo brillar aquella daga de luz que parecía una aguja y destrozaba toda oscuridad que hallaba a su paso. El niño puso una rodilla en tierra e inclinó la cabeza como si orase y el rayo se extendió por todo el largo del barco que se hundía, calcinó la espada de Ravns y ante los ojos desorbitados de los presentes brilló en toda la nave. Brilló y comenzó a reflotarla. La tormenta empezó a amainar y el barco se enderezó. Ravns perdió el sentido, algunos hombres acudieron a socorrerlo. Aidan cerró el puño y allí escondió la luz. Luego se incorporó y corrió hacia la proa. Lucas y Egede no se veían por ningún lado, sólo trozos de madera y parte de la carga, restos del “casi naufragio”. A estribor observó algo que lo preocupó mucho más: a una velocidad vertiginosa se acercaba aquel pulpo con escamas y extremidades de serpiente, el monstruo marino del que todos pensaban era una leyenda, el Kraken, cuyo nombre irónicamente le había puesto el capitán Ravns a su propio barco.

Aidan, quien no se amedrentaba ante nada, tuvo tiempo de pensar si aquel monstruo no sería obra de Oniro, pues él era así, muy probablemente se divertía de esta manera con los navegantes supersticiosos. Estas eran historias que se contaban en las tabernas y se transmitían a través del tiempo, enriquecidas y a veces distorsionadas por el traspaso oral de la leyenda. Pero enseguida lo descartó: Oniro no deseaba la muerte de esos hombres, el Libro debía llegar intacto a tierra, hasta las manos de aquel mercader...

-¡Atención! –gritó Aidan con todas sus fuerzas, dirigiéndose a los hombres del barco-. ¡Todos a sus puestos! ¡Serpiente marina a estribor!

Se produjo un gran alboroto. Hasta Ravns despertó y siguió las órdenes aferrándose al timón. Aún no lograba creer que estuviesen navegando.

-¡Maniobra de escape! –gritó Ravns, quien ya había avistado en otra

ocasión a ese monstruo, pero nadie le daba crédito-. ¡A toda vela!

Esta aventura sería contada y transformada en una leyenda más. Aquellos hombres referirían el milagroso salvataje del naufragio, la aparición de un niño que hizo reflotar el barco y luego de dar algunas órdenes bajó por la proa y caminó sobre las aguas.

Aidan caminó sobre las aguas hasta encontrarse suficientemente cerca del monstruo como para hacer contacto. Logró que se detuviese. Era realmente una serpiente con escamas, muy poderosa pues levantaba olas al moverse. Curiosa, dio vueltas alrededor del niño que se mantuvo impertérrito y de soslayo miraba como el barco se alejaba del peligro y mantenía la calma a pesar de que el cofre y los dos hombres no aparecían. El monstruo se calmó y volvió a sumergirse. Entonces la vela del Kraken era una mancha en el horizonte.

Lucas Egmont y Egede se hundían rápidamente. El cofre no flotaba y ninguno de los dos quería deshacerse de él. Ya no lograban respirar, pero ellos seguían forcejeando y cayendo hacia la oscuridad helada del mar. De pronto Lucas vio que el otro abría las manos y los brazos, su mirada se congeló y comenzó a alejarse. El reverendo estaba muerto. Lucas apretó el cofre entre sus brazos. Sentía un profundo dolor, allí tenía el objeto tan buscado y ahora iba a morir... No podía ser así el final. Debía resistir. Escuchó sonidos extraños, vio peces enormes, un lugar iluminado, sintió mucho frío... y perdió el conocimiento.

Despertó violentamente, tosiendo, el aire le hacía doler los pulmones al respirar, sin embargo aún aferraba con fuerza el tesoro entre sus manos. Inclínados sobre él Aidan Bell y Papillon le sonreían con alivio.

-¿Dónde estamos? -preguntó Lucas.

-En el batiscafo -respondió Papillon-. A veinte metros bajo el agua.

-No es un batiscafo, es una casa submarina -corrigió.

-¿Te encuentras mejor? -quiso saber Aidan.

-N-no lo sé...

-El tuvo una buena idea -concedió el niño.

-¡No me creerán cuando lo cuente! -dijo Papillon.

-Gracias, Papillon -murmuró Lucas.

-Ya, está bien, levántate, quítate esto de encima, nadie se lo llevará

-respondió Papillon, tomando el cofre y colocándolo a un lado.

-Además -dijo Aidan-, ha llegado el momento de la lectura. No tenemos mucho tiempo, ¿sabes?

Hubo un silencio. De pronto Lucas dio un salto: en uno de los paneles de la casa, bien visible, estaba colgada la mochila azul que le habían arrebatado en aquel avión. Las primeras imágenes que tuvo al despertar ese día junto a Aidan en las rocas, del hombre furioso con un arma en la mano que lo empujó al vacío, se presentaban ahora de nuevo. ¿Quién era ese hombre y qué había allí? ¿Por qué iba a matarlo? Se levantó y se acercó al objeto como hipnotizado: era la misma mochila, con seguridad, con varios cierres, igual marca y color... Estiró la mano pero Aidan lo detuvo con su vocecita.

-No la toques. Este no es el momento.

-¿Qué dices? ¿Recuerdas cuando nos encontramos, en las montañas...?
-empezó a referir Lucas.

-Recuerdo muy bien -contestó Aidan, serio.

-Ahora resulta que encuentro esa mochila aquí, en la casa de mis padres. ¡Puede contener algo valioso, un mensaje! Debo saber.

-Otra vez la curiosidad...

-¡No es curiosidad, son mis padres! -gritó Lucas.

Aidan caminó y se interpuso entre el objeto y él. Papillon se impacientó.

-Escucha: este objeto no pertenece a este momento, ¡estamos en el año 1734 a veinte metros bajo el mar! -dijo el niño.

-No lo digas de esa manera, niño -se quejó Papillon, que aún no se explicaba cómo había llegado hasta allí, pero había encontrado a su amigo y no se despegaría de él-. ¡Dios mío, la estructura no soportará mucho más!

-¿Lo oyes? -siguió Aidan-. Podrás buscar esa mochila si quieres, en otro momento de tu vida. Ahora debes leer el Libro o fracasaremos, ya no hay opciones.

Lucas pensó un poco. El Libro era prioritario. Aceptó, disconforme pero resuelto. Sus padres eran el pasado, algún día podría bucear en él para conocerlos mejor, ahora debía pensar en Liz y Dorina, en ellos mismos, salvarse, marchar de una vez hacia la salida de aquel sueño infausto. Miró otra vez aquella mochila: sería en otra ocasión. Se arrodilló frente al

cofre: poseía un sistema muy simple para abrirse. Lo accionó, levantó suavemente la tapa... y allí estaba, brillante con sus delicados nervios de oro y la faja platinada, como recién encuadernado en una mágica imprenta. Lucas pasó sus dedos sobre él, a Papillon no le parecía algo extraordinario y Aidan sonreía.

-Muy bien –aplaudió Papillon-, a leer, amigo...

-No veo cómo haremos eso –dijo Lucas, ante un nuevo problema-. El Libro se incendia con la lectura.

Papillon completó el cuadro de crisis:

-Si se produce un incendio aquí dentro, moriremos.

Los tres intercambiaron miradas perplejas. Estaban atrapados.

* * *

Capítulo XI

El Libro del Destino

1.

Encendieron los reflectores. Funcionaban. Del otro lado de la mampara, que era transparente como el visor de una escafandra, Aidan Bell sostenía aquel libro extraordinario, sumergido en el agua. Se podía leer perfectamente, pero debía hacerse rápido, antes que comenzase a deteriorarse o borronearse. Algunos peces indiferentes pasaban. En el interior del habitáculo Lucas y Papillon aguardaban nerviosos.

Lucas, aunque exaltado y conmovido, comprendiendo la importancia suprema de ese momento, se preparaba para una lectura definitiva y restauradora.

Papillon se retiró un poco, pero no pudo dejar de participar en la experiencia. No consideró que su intervención podría cambiar todo.

-No existe tal cosa como el Destino, Lucas –murmuró.

-¿Qué? –Lucas se volvió hacia su amigo.

-Cada uno construye su propio destino, amigo mío -explicó Papillon-. Esta

aventura que estás corriendo la has escogido tú mismo.

-¡Cállate! –respondió Lucas-. Me confundes. Debo concentrarme.

Papillon no calló.

-Cada día, cada vez que decidimos hacer algo o no, estamos eligiendo entre miles de destinos, pero nosotros creemos que tenemos sólo una o dos opciones. Sin embargo nuestros pequeños actos son el aleteo de la mariposa que puede cambiar el mundo.

Lucas miró al niño nadando en las aguas del océano, haciendo gestos, animándolo a leer.

-¿Por qué me hablas de este modo, Papillon, justo en este instante?
–preguntó Lucas, conmovido.

-Porque puedes elegir. Puedes elegir ahora leer la versión que desees sobre tu vida.

-¿Pero qué dices? ¡Este libro es único, su contenido no puede modificarse!

-Lo hiciste una vez, Lucas. Pero si eso es lo que crees, eso será –dijo Papillon, muy seguro-. Permítete creer en algo más... tómate esa libertad.

-¡Oh, lo arruinaré todo! Ya no hables –respondió Lucas, atormentado. ¿No estaría Oniro, el muy maldito, inspirando a Papillon en ese momento, para mandarlo a la ruina? Pero su amigo siempre hablaba de esa manera, no era ilógico... ¡Dios mío! ¿Qué hacer?

Aidan se tocaba los ojos con los dedos “Lee”, decía.

-Lee, Lucas –repitió Papillon-, atrévete a creer y soñar una vida mejor para ti y también para los demás, pon esos buenos sentimientos que tienes, amigo.

Tenía razón. En ese instante estaban allí su amigo y Aidan, utilizando ese aparato construido por sus padres. Esto significaba una emoción fuerte para él. Liz y Dorina lo aguardaban esperanzadas en algún lugar, ellas le provocaban la mayor ternura. Estaba rodeado por sus seres queridos y sus recuerdos y deseaba lo mejor. Deseaba una vida sencilla, una felicidad menos esquiva, sueños buenos y realizables, la capacidad de reparar los errores a tiempo, un mundo pacífico y pleno de belleza... Nada imposible: un hombre, un mundo. Fijó la mirada en el niño, desesperado y agradecido. Aidan le sonrió. Luego se concentró en el libro, en principio con precaución y temor, pero luego avanzó con seguridad. Lo invadieron sentimientos magníficos que parecían adormecerlo, pero Lucas

permaneció de pie, con una fortaleza ahora inquebrantable. Y leyó.

Leyó la historia de un mundo extraordinario, cuya vida comenzó hace millones de años en un rincón iluminado del universo, y que desde entonces fue capaz de albergar a millones de especies y millones de pequeñas historias humanas. Un mundo erosionado por los elementos y por los actos de cada día, sin embargo dispuesto al constante cambio, a la evolución. Leyó historias de tribus, reinos y países. Historias de hombres y mujeres. Historias de niños. Los inventos, los descubrimientos, las creaciones. Los intentos. Los fracasos. Los remedios y las contraindicaciones. Leyó las pruebas y los errores. Leyó los sueños, las ilusiones. Todo eso era bueno, al final, para haber llegado hasta aquí. Y deseó decir su parte, comenzar a escribir su microscópico capítulo de una vida entre las vidas, empezar por el principio y con su propia voz:

-“Mi nombre es Lucas Egmont. Soy un ejemplar de la especie humana, único e irrepetible. Soy un hombre y en principio quiero dar las gracias, porque luego de tantas maravillas aparecidas en este mundo se me ha dado la oportunidad de vivir mi pequeña y gran vida. Agradezco el sol, la luna, las estrellas, las nubes, el viento. Los árboles y los animales, especialmente los pájaros. Los mares, las playas. La lluvia y la nieve. Agradezco la semilla y la tierra, el aire, el agua. Los desiertos y las montañas, los bosques y las sabanas. Agradezco los eclipses. Las mareas. El tiempo. Agradezco el fuego. Agradezco este cuerpo en que habito. El corazón y la cabeza. Agradezco este latido que me lleva...”.

2.

Lucas abrió los ojos sin dificultad. Sintió frío, se había quedado dormido en ese viejo sillón del living. Le dolía el cuello y sentía calambres en una pierna que había quedado colgando. Unos segundos después se incorporó de un salto, ¡estaba en casa! ¿Era el día de aquel sueño nefasto? No, era el día que él había elegido: una tarde de domingo apacible. Escuchó aquella melodía en el piano y su corazón se alborotó. Su pequeña Liz estudiaba como siempre y tocaba esa canción... La ternura se agolpó en sus ojos. Dio unos pasos. La casa estaba estupenda. Se asomó al pasillo: allá al fondo, donde había querido su esposa, estaba el estudio donde ella dibujaba y recibía a sus alumnos. Ahora la veía inclinada sobre un trabajo, muy concentrada y no quiso interrumpirla. Nada más iba a decirle cuánto la amaba, pero esperaría después de la cena, cuando estuviesen solos. Reía. Se reía y sentía en las mejillas cómo rodaban sus lágrimas.

Desembocó en la sala del piano con mucho sigilo, pasó frente al gran ventanal que daba al jardín y creyó ver una figura, pero sería el reflejo de él mismo. Se detuvo. Volvió. Con mucho cuidado de hacer ruido abrió la ventana... y allí estaba Aidan Bell, mirando fijamente a la niña del piano, escuchando la música con una mezcla de asombro, dolor, incredulidad, alegría... Lucas no sabría describir ese gesto de magnífica tristeza en un

niño. ¡Era Liz! Aquella niña enferma que debió cuidar (¿Por qué no lo recordó entonces?) era su pequeña Liz. Se había recuperado de tal modo que significaba para ellos lo que una anécdota. Sin embargo había estado grave cuando era bebé.

-¿Crees que no saber algunas cosas puede salvarnos del dolor? –preguntó Aidan, articulando las palabras lentamente.

-No lo sé –murmuró Lucas con el llanto en la garganta-. Eres un gran hombre, Aidan.

Aidan no respondió. Eran los últimos instantes. La música infantil los envolvió y sus corazones se consolaron. Como la palmada tranquilizadora de una madre, las teclas del piano tocado por la niña los aliviaron y hasta lograron sonreír.

-¿Misión cumplida? –dijo Lucas.

-Sí –contestó Aidan.

-¿Te llevas mi abrigo?

-Si no te importa...

-Claro que me importa, quiero que lo tengas. Hace frío.

-Muy bien. Adiós, que tengas una buena vida, Lucas Egmont –dijo Aidan. Lo nombró por primera vez. Decir su nombre fue sellar el fin de la historia, Lucas lo advirtió.

-También tú, Aidan –respondió y cerró los ojos. El piano se detuvo. El aire comenzó a secar sus mejillas. Escuchó una voz conocida y abrió los ojos. Era Rahué que lo saludaba. Aidan Bell se había marchado.

-¿Qué dice, don Lucas? –gritó su vecino, montado en su carro.

-Buenas tardes, Rahué.

Lucas observó el jardín: era hermoso. ¡Vaya! Nunca se había fijado en eso, debía felicitar a Dorina por tanto esmero. Sintió unas manos pequeñas y suaves que lo abrazaban, se volvió y tomó a Liz en sus brazos, la abrazó con fuerza. Dorina se acercó, atraída por tanto cariño. Y aprovechó para anunciar, sin perder el buen humor:

-Ya que están los dos: ¿les cuento el desastre que ha hecho en la cocina ese perro que han traído...?

Rieron. Dorina también le refirió a Lucas que habían venido los técnicos de la empresa de gas, pues habían descubierto una falla en la instalación de la casa. En esa semana volverían para realizar los arreglos y las pruebas correspondientes. Ella se quejó por el corte del suministro por tantos días, pero Lucas sonrió y le dijo:

-Afortunadamente encontraron la pérdida de gas a tiempo, nuestra casa pudo haberse incendiado, ¿no crees? Vamos, ten paciencia y alégrate.

En uno de los árboles del jardín, dos aves observaban atentas y agitaban las alas con ánimo festivo. Luego levantaron vuelo, con un brillo deslumbrante y a gran velocidad, pues el amo se encontraba en serios problemas.

3.

Papillon caminó por entre las mesas de su Café del Boulevard. Tenía esa costumbre de repasarlas aunque estuviesen limpias, unos minutos antes de abrir al público. Estaba contento: pronto comenzaría la temporada de turistas y, si todo iba bien, podría comprar un pasaje a Ciudad Esmeralda para visitar a su amigo Lucas y su familia.

4

Mientras tanto, el Libro del Destino navegaba en las aguas frías del mar. Era muy factible que, llevado por las corrientes, se acercase a las costas y alguna ola lo arrojase a una playa...

F I N